Jennifer Bohnet

Secretos bajo el cielo de la Riviera

El mejor viaje es el que te lleva de vuelta a casa…



ODISEA

Jennifer Bohnet

Secretos bajo el cielo de la Riviera

El mejor viaje es el que te lleva de vuelta a casa...

Traducción de
Isabel Fuentes



«No puedes volver atrás, pero puedes seguir adelante».

Ernest Hemingway

Capítulo 1

Agnes contemplaba el jardín empapado por la lluvia mientras la voz de Theo le comunicaba —con la solemnidad apropiada, aunque sin un «siento darte esta triste noticia»— la muerte de su marido, el hermano de él. La frase «Oscar ha muerto» quedó suspendida en el silencio de la línea durante varios segundos y no llegó a provocarle la emoción adecuada.

—¿Estaba enfermo? —logró preguntar al fin, cuando ya se había rehecho un poco.

—*Non.* Se cayó de su barco y se ahogó.

La voz desapasionada de Theo, con tono comedido, no denotaba ni una pizca de tristeza o arrepentimiento. ¿Sería la llamada la que ocultaba sus emociones? Al fin y al cabo, era su hermano mayor, aunque se peleasen constantemente. Agnes sabía, sin embargo, que ella y Theo compartían los mismos sentimientos hacia Oscar Agistini. Por suerte, y al parecer dando por hecho que ella no saldría corriendo hacia Francia, le dijo que él se encargaría de los preparativos del funeral y que la volvería a llamar con los detalles.

—¿Quieres que llame a Francine para contárselo? —preguntó por último Theo.

—*Non, merci.* Ya se lo diré yo.

Sabía que su hija reaccionaría igual que ella ante la noticia. Cuando colgó, a Agnes le resultó imposible recordar la conversación con detalle. En realidad, había sido una charla extraña, casi un monólogo: ella, incapaz de expresar una pena que no sentía; Theo,

simplemente cumpliendo con su deber de informarla de los hechos. Sin duda, hablarían más adelante sobre el asunto.

¿Cómo se suponía que debía sentirse por la muerte de un hombre al que no veía desde hacía tantos años que había perdido la cuenta?, se preguntaba Agnes. La verdad era que no sentía absolutamente nada: ni tristeza por su muerte, ni remordimiento por cómo habían acabado las cosas, ni culpa alguna por su parte en… nada. Aún llevaba su apellido, pero Oscar había dejado de tener una presencia significativa en su vida hacía más de cuarenta años. Había deseado durante tanto tiempo que estuviera muerto y enterrado que le costaba asimilar la inesperada noticia, por muy bienvenida que fuera.

Si los pensamientos homicidas tuvieran auténtico poder, los que ella había albergado y dedicado a su marido a lo largo de los años deberían haber sido suficientes para acabar con él hacía mucho tiempo. Lo mismo que la muñeca de paja que había guardado oculta en el cajón del tocador y a la que le había clavado alfileres de vez en cuando durante años. Aliviar la frustración de sus circunstancias con aquella muñeca de paja, apuñalándola una y otra vez con un viejo alfiler y golpeándola con fuerza contra la pared, le había resultado tan terapéutico… Hasta que todo terminó de forma abrupta hacía una década. Tras una discusión especialmente dolorosa con Oscar, se había pinchado el dedo en lugar de clavar la aguja en la muñeca y la manchó de sangre. Trató de limpiarla sumergiéndola en agua templada, pero fue un error, ya que se desintegró, así que tiró los restos a la basura.

Por suerte, el paso del tiempo había ido limando su frustración ante ciertos acontecimientos de su vida, y rara vez sentía ya la

necesidad de liberar su ira clavando alfileres en muñecos. Si lo necesitaba, se limitaba a dar unos pisotones como una niña caprichosa durante medio minuto antes de servirse una copita de jerez y dejar pasar el enfado. Jerez. Le vendría bien uno ahora. Sacó del frigorífico una botella de su jerez seco favorito, se sirvió una copa y dio un sorbo.

El día que se marchó de Francia, tanto tiempo atrás, había jurado no volver a la Riviera mientras Oscar siguiera vivo. Ahora que había muerto, podía regresar. Bebió un trago, pensativa. ¿Acaso no sería ya demasiado tarde? Si al menos hubiera muerto treinta o cuarenta años antes, todavía habría tenido sentido volver: el tiempo habría jugado a su favor. Pero ahora… Agnes se encogió de hombros en su interior.

El mundo había seguido su curso, ella era oficialmente una anciana y, aunque regresara, todo sería tan tan distinto. Su vida en Dartmouth, en el sur de Devon, se había estabilizado con los años y era agradable. Volver solo serviría para arrastrar el pasado hasta el presente, trayendo consigo un conjunto de remordimientos que la hundirían en lugar de animarla.

Y, sin embargo, lo más absurdo era que no estaba segura de poder negarse una última oportunidad de hacer las paces con su pasado.

Capítulo 2

Francine aprovechó enseguida la tregua cuando por fin dejó de llover para salir al jardín y podar el rosal que crecía por el enrejado lateral. Sostenía las tijeras por encima de la cabeza, estirándose para alcanzar una rama rebelde, cuando su madre salió a la terraza desde su habitación.

—¿Te apetece una taza de té dentro de cinco minutos? —la llamó Agnes—. Necesito hablar contigo.

—Sí, por favor. Hay un bizcocho de limón en la lata, por si te apetece un trozo.

Francine miró hacia su madre, pero Agnes ya había vuelto a entrar en casa. Mientras cortaba la parte inferior de la descuidada maraña de tallos del rosal, los pensamientos de Francine vagaron hacia su madre y su preocupación por ella. Hacía varios años que no percibía ese tono de tensión en su voz. Desde luego, no desde que se había mudado con Edwin a la casa donde ella había crecido para vivir con Agnes, catorce meses atrás. ¿Estaría enferma? Tal vez habían llegado los resultados de un análisis reciente y había algún problema. No, por favor. La idea de que su madre estuviera enferma le revolvía el estómago. Reunió los restos de la poda en una bolsa verde para desechos de jardín y la arrastró hasta la verja para que Edwin se encargara de ella.

Agnes salió a la terraza con la bandeja del té, las tazas con sus platillos de porcelana floreada y las porciones de bizcocho de limón en platos a juego. Se sentó a esperar. Antes de unirse a ella, Francine fue a la cocina a lavarse las manos. Le sorprendió ver una

copa de jerez enjuagada sobre el escurreplatos. ¿Agnes bebiendo a las cuatro de la tarde? Algo debía de haberla alterado de verdad.

Agnes sirvió el té cuando Francine se sentó en la silla de hierro forjado con el cojín escarlata.

—Qué gusto da poder volver a sentarse aquí fuera. Creo que la primavera ha llegado por fin, después de tanta lluvia —comentó Francine—. Una pena que no llegara a tiempo para Semana Santa. Entonces, ¿de qué querías hablar conmigo, *Maman?* —preguntó antes de dar un sorbo al té—. ¿Son los resultados del análisis?

—*Non.* Están bien.

Agnes murmuró algo entre dientes, en un francés rápido que Francine no alcanzó a entender, y se le encogió el corazón. Su madre tenía la costumbre de volver a su lengua natal siempre que estaba nerviosa o agitada por algo. Fuera lo que fuese, estaba claro que el asunto era serio. Francine esperó.

—Tu tío Theo me ha llamado esta tarde.

—¿Cómo está? —preguntó Francine con cariño. Le tenía mucho aprecio a su tío. En las múltiples ocasiones que se habían visto a lo largo de los años, siempre había sido muy amable con ella.

—Está bien. Llamaba por tu padre —dijo Agnes en voz baja.

—Como si no pudiera llamar él mismo —replicó Francine.

—En este caso no podía. Ha tenido un accidente.

Al ver la expresión de su madre, Francine se contuvo de hacer otro comentario sarcástico. Bastó con observar cómo Agnes inspiraba hondo para comprender al instante por qué había necesitado beber esa tarde.

—Ha muerto, ¿verdad?

Agnes asintió.

—Sí.

Francine guardó silencio, en un intento de analizar sus sentimientos. Su padre había muerto. El padre al que apenas conocía; el padre al que no veía desde que cumplió dieciocho años, hacía ya treinta y cinco. Sus recuerdos de la infancia, cuando él formaba parte de su día a día, se habían ido difuminando y deformando hasta quedar convertidos en imágenes imprecisas de aquel tiempo en Francia, antes de que la palabra «separación» y todas sus consecuencias se instalaran en su vida. Miró a Agnes.

—*Ça va, Maman?* —preguntó con suavidad.

¿En qué estaría pensando su madre? Su matrimonio había terminado hacía mucho, pero era inevitable que una noticia así provocara algún tipo de reacción instintiva. Francine sospechaba que sería parecida a la suya: indiferencia; aunque, en el caso de Agnes, mezclada con amargura. La conocía lo bastante para saber que el amor entre sus padres —si es que alguna vez lo hubo— había muerto hacía bastante tiempo, dejando paso al odio de Agnes hacia Oscar Agistini. Aunque hubiera intentado ocultarle ese odio a su hija durante años. El lema vital de Agnes siempre había sido: «El pasado pasado está; lo que importa es el futuro».

Francine y su madre tenían una relación estrecha en la actualidad, pero sabía poco de su vida antes de que ambas llegaran a Inglaterra. Agnes siempre había sido muy reservada. La costumbre de algunas personas de volcar sus pensamientos íntimos en las redes sociales le parecía inconcebible y detestable. «A mí me educaron para sonreír al mundo y ocultar cualquier pena que pudiera sentir». Ese código moral se lo había inculcado a Francine

desde niña. Ella, sin darse cuenta, lo había hecho suyo y, como Agnes, lo seguía al pie de la letra.

Agnes asintió y murmuró en voz baja:

—*Ça va, merci.* Me alegra que por fin se haya terminado todo. Theo se ofreció a llamarte, pero pensé que debía ser yo quien te contara la noticia.

—¿Cómo murió?

—Theo dice que, al parecer, le dio un infarto cuando salía de su barco, en el puerto deportivo, después de una noche de copas con otro hombre, y cayó entre su barco y el de al lado. Murió antes de que pudieran sacarlo de allí.

—¿Vas a ir al funeral?

—*Non* —respondió Agnes con brusquedad, negando con la cabeza.

—¿Crees que debería ir yo? —preguntó Francine.

Agnes la miró, sorprendida.

—¿Quieres ir?

—No. Pero quizá Theo agradecería que una de las dos estuviera allí, o las dos.

—Se lo preguntaré cuando me llame con los detalles —dijo Agnes tras una pausa—. Habrá que decírselo a Jasmine.

Como siempre, llamó a su nieta por su nombre completo en lugar de por el apodo que la muchacha insistía en usar desde la secundaria: Zazz.

—La llamaré luego. Oscar podrá haber sido su abuelo, pero como nunca formó parte de su vida, dudo que el hecho de que haya muerto le afecte lo más mínimo.

—Qué hombre más difícil —murmuró Agnes.

Francine asintió. De todos los adjetivos que podían describir a su padre, «difícil» era probablemente el más cortés y menos ofensivo. Déspota, mezquino, arrogante, tirano… la lista seguía y seguía. Era todo eso y más. Recordó la última vez que había hablado con él, unos nueve meses atrás. Irónicamente, compartían fecha de cumpleaños, y aquel día ella cumplía cincuenta y tres y él ochenta y cuatro…

Francine, Edwin y Agnes estaban celebrándolo en su restaurante favorito cuando sonó su móvil. Había estado a punto de no contestar. Zazz, que se había ido a Ibiza con unas amigas durante un puente, ya la había llamado antes para felicitarla, y no esperaba ninguna otra llamada. Pero tenía tiempo antes de que llegara el siguiente plato, así que echó un vistazo. De forma inusual, en la pantalla aparecía el nombre de Oscar. Con cierta vacilación, Francine aceptó la llamada.

—Hola.

El ruido de fondo revelaba una fiesta en pleno apogeo. Tal vez se oyó un «feliz cumpleaños», pero era imposible asegurarlo. Oscar estaba borracho: sus palabras eran incoherentes y las arrastraba al gritar por teléfono. Al final, Francine colgó sin haber podido pronunciar una sola frase. Hablar con Oscar sobrio ya era difícil; con Oscar borracho, imposible.

Aquella llamada había sido tan inesperada como indeseada, y Francine siempre había sospechado que escondía algún motivo oculto que nunca llegó a descubrir. Ahora que estaba muerto, probablemente jamás sabría la verdad.

Francine se levantó y empezó a recoger las tazas y los platillos para volver a colocarlos en la bandeja.

—Tengo que empezar con la cena.

—Te ayudo —dijo Agnes.

Mientras las dos volvían a la cocina, oyeron la puerta principal cerrarse.

—Edwin ha llegado —dijo Francine, aliviada—. Creo que le pediré que llame él a Zazz.

Capítulo 3

A media tarde del día siguiente, Theo llamó para contarles los detalles del funeral. Pero resultó que no habría funeral. En su lugar se haría una cremación directa y sin asistentes al cabo de dos días. Al parecer, explicó Theo, era lo habitual en estos tiempos, sobre todo cuando apenas quedaban familiares ni dolientes.

—Espero estar haciendo lo correcto al aceptar esto —dijo Theo—. No creo que ninguna de vosotras quisiera venir al funeral. Y con la ley francesa que obliga a celebrar la cremación o el entierro en un plazo máximo de seis días tras el fallecimiento, no estaba seguro de que pudierais dejarlo todo y venir en los próximos días.

Theo hizo una pausa.

—Has hecho lo correcto, sin duda —dijo Edwin, que se había unido a la conversación para escuchar los detalles.

Agnes soltó un suspiro de alivio. No habría funeral al que asistir ni mención de celebrar un servicio conmemorativo o, Dios no lo quiera, una fiesta de despedida en el futuro.

—Aunque quizá deberíais empezar a planear una visita para dentro de una semana o dos.

—¿De verdad? ¿Por qué? —preguntó Francine.

—Los testamentos franceses son famosos por su complejidad —continuó Theo, como si no hubiera oído la pregunta—. El *notaire* me ha pedido que me reúna con él mañana. Como pariente más cercano designado de Oscar, hay ciertas gestiones legales que debo cumplir. Mañana, después de la reunión, sabré más.

Cuando la llamada terminó unos minutos después, Francine se volvió hacia su madre.

—No entiendo por qué Theo cree que deberíamos empezar a planear un viaje, ¿tú sí?

Agnes negó con la cabeza y la miró fijamente durante varios segundos antes de dejar escapar un leve suspiro.

—Eres hija única, así que supongo que heredarás la mayor parte del patrimonio de Oscar. En Francia es imposible desheredar a los hijos. Imagino que habrá una o dos condiciones de Oscar incluidas en la herencia que el *notaire* debe explicarte.

Edwin y Francine la miraron boquiabiertos.

—¿Quieres decir que probablemente he heredado la antigua casa familiar en Le Suquet, en Cannes? ¿La casa donde vivíamos antes de venir aquí? —preguntó, mientras su voz se apagaba al ver a Agnes sonreír y asentir respondiendo a sus preguntas.

—Sí, la casa y posiblemente todo lo demás, salvo quizá algún legado menor que Oscar haya dejado a otras personas. Como dijo Theo, los testamentos franceses pueden ser muy complicados. Pero sospecho que tiene razón. Es bastante probable que haya que ir a Francia.

—¿Crees que te habrá dejado algo de dinero? Quiero decir, apenas te pagó un céntimo de pensión durante toda mi infancia. Sé lo duro que tuviste que trabajar para alimentarnos y mantener un techo sobre nuestras cabezas. Te corresponde algo de su patrimonio, sin duda. ¿Qué sientes al pensar que yo heredaré algo, ya sea dinero o la casa?

Agnes soltó una risa ahogada.

—No siento nada. Es una casa en la que viví una etapa difícil de mi vida, y los buenos recuerdos quedaron ahogados por los malos. En cuanto a aceptar su dinero… —Negó con la cabeza—. Nunca quise nada de él, sobre todo después de marcharme. Lo único que quise de aquella vida fuiste tú.

—Como su exmujer, sigo pensando que te corresponde algo de la herencia —insistió Francine—. Y, si puedo, intentaré por todos los medios que recibas algo.

—De verdad, no necesito ni quiero nada. Solo lamento que no se me ocurriera advertirte de lo estrictos que son los franceses con sus leyes de sucesión.

—Decir que esto ha sido un *shock* se queda corto —murmuró Francine, frotándose la frente. En ese momento sonó su teléfono. Era Zazz.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien. Cuando papá me llamó para contarme lo de Oscar, me dijo que Theo se encargaba de los preparativos del funeral. ¿Sabes ya cuándo será?

—Theo ha organizado una cremación directa —respondió Francine en voz baja—. Así nadie tiene que preocuparse de viajar a Francia con prisas.

—¿Qué quieres decir? ¿No vais a ir la abuela y tú? —interrumpió Zazz—. Sé que entre los tres no había cariño precisamente, pero se ha muerto. —Su voz se elevó hasta alcanzar un tono histérico—: ¡Mostrad un poco de respeto, por el amor de Dios!

—¡Cómo te atreves! —exclamó Francine. Respiró hondo—. ¿Cuándo te has vuelto tan moralista y santurrona? Y, para que quede claro: no le tuve ningún respeto en vida, así que no pienso

fingirlo en su muerte y asistir a un funeral hipócrita solo por aparentar algo que nunca he sentido. Y estoy segura de que hablo también en nombre de la abuela.

Silencio. Francine apartó el teléfono del oído y lo miró.

—Zazz me ha colgado —dijo, frunciendo el ceño mientras miraba a Edwin—. ¿Qué demonios le pasa a nuestra hija? Oscar nunca formó parte de su vida y ahora quiere rendirle homenaje como si hubiera sido el abuelo perfecto.



Esa noche, ya en la cama, incapaz de concentrarse en la lectura, Agnes se descubrió pensando en Jasmine y en su reacción ante la muerte de un abuelo al que jamás había conocido. Francine no había hecho más que decir la verdad: sería pura hipocresía que ambas fueran a rendirle falso homenaje. En realidad, Agnes no recordaba un solo momento en que le hubiera caído bien Oscar, y mucho menos que lo hubiera respetado. En cuanto al amor… si alguna vez lo había sentido por él, había desaparecido más rápido que los copos de nieve bajo el sol. Tampoco podía recordar que él le hubiera dicho «te quiero», jamás. La mente de Agnes retrocedió a los comienzos de su relación con Oscar, tantos años atrás…

Recordaba lo halagada que se había sentido con su atención. Era diez años mayor que ella y le había dado la bienvenida a un mundo que sabía que existía en la Riviera, pero del que ella nunca había formado parte. Oscar la llevaba a los casinos de Juan-les-Pins, Niza y Mónaco. La invitaba a bailes en Montecarlo y a las veladas del Hôtel Provençal, donde la deslumbraban las celebridades que veía:

Josephine Baker, un envejecido Maurice Chevalier, Brigitte Bardot, Ella Fitzgerald… muchos famosos. Nunca olvidó la noche en que la llevó al estreno de Los paraguas de Cherburgo en el Palais des Festivals de Cannes. Desde entonces había sido una gran admiradora de Catherine Deneuve.

Pero, aunque disfrutaba de la vida social que él le había enseñado, sabía que su relación no tenía futuro. Él era demasiado anticuado; creía que las mujeres debían someterse a los hombres. Una vez, cuando Agnes comentó cuánto le habría gustado ir a la universidad y obtener un título, él sonrió y dijo:

—El lugar de la mujer está en el hogar.

El destello de ira que cruzó su rostro cuando ella replicó «Estamos en los sesenta, no en la Edad Media» la asustó, al igual que su negativa a hablar del movimiento de liberación de la mujer que recorría Europa.

A sus padres, sin embargo, les encantaba Oscar. Afirmaban que era «todo un caballero» y alentaban la relación, diciendo que sabían que ella estaba segura cuando salía con él. Despreciaron sus temores sobre la mentalidad anticuada de Oscar asegurándole que le aportaba estabilidad y que cuidaría de ella cuando ellos faltaran. Pero sobre todo estaban decididos a evitar que siguiera los pasos de su hermana mayor, Denice, y deshonrara a la familia huyendo a París para convertirse en actriz. Después de aquella conversación, Agnes decidió que la próxima vez que saliera con Oscar le diría que sería la última. No quería «hacer un Denice», como decía su padre, y escapar para ser actriz, pero tampoco quería pasar el resto de su vida con Oscar. Qué ironía que aquella fuera la noche que él eligió para pedirle matrimonio.

Había reservado una mesa en el Hôtel Provençal de Juan-les-Pins para una de sus habituales cenas con baile y se mostró más atento de lo normal durante toda la velada. «¿Está la comida a tu gusto?», «¿Quieres bailar?», «¿Te sirvo más vino?».

Entre plato y plato, cuando Agnes rechazó la invitación a bailar diciendo que necesitaba hablar con él, Oscar se arrodilló de improviso y la tomó de la mano. El murmullo del restaurante se apagó mientras la orquesta pasaba a una melodía lenta y romántica.

Agnes se quedó paralizada. Por favor, no. No podía estar a punto de hacer lo que ella temía. ¿Había adivinado lo que pensaba decirle? ¿Había escogido adrede un lugar tan público, sabiendo que era poco probable que lo rechazara y provocara una escena? Tembló cuando Oscar, antes de que ella pudiera retirar la mano, deslizó en su dedo el anillo de tres diamantes que había pertenecido a su madre. Debió de susurrar «no», porque él frunció el ceño con furia y le apretó la mano con fuerza.

—¿Te casarás conmigo?

Las lágrimas que todos tomaron por lágrimas de felicidad corrían por sus mejillas mientras asentía en silencio y Oscar se ponía en pie. Llegó el champán, las parejas los felicitaron, aparecieron sus padres. La presencia de estos lo decía todo: sabían lo que iba a ocurrir y habían dado su bendición.

En cuanto se quedaran a solas, se quitaría el anillo y se lo devolvería. Le dejaría claro que no podía casarse con él. Pero, claro, decirle que no a Oscar resultó una tarea imposible, y lo máximo que consiguió fue aplazarlo con un compromiso de seis meses. Agnes se consoló pensando que, en ese tiempo, podría romper con él…

Reprimió un suspiro. Estaba claro que la noticia de su muerte había removido vivencias que creía enterradas en lo más hondo. Las próximas semanas serían difíciles y traerían a la superficie más recuerdos de los que desearía. Acarició el colgante celta que llevaba al cuello y que apenas se quitaba ya. Tenía que confiar en que al final todo saldría bien.

Capítulo 4

Zazz avanzaba con furiosas zancadas por el parque de su barrio, enfadada consigo misma. No debería haber presionado a su madre con lo del funeral. Y, desde luego, no debería haberle colgado el teléfono. Como si no supiera de sobra que Francine, igual que Agnes, tenía una paciencia nula cuando se trataba de Oscar. Evitaban mencionar su nombre siempre que podían y jamás hablaban de él con ella, por mucho que fuera —hubiera sido— su único abuelo vivo.

En cuanto a ese asunto del no funeral, no era que fuese una santurrona, como su madre la había llamado, ni mucho menos devota; simplemente le resultaba triste y deprimente que a nadie le importara lo suficiente como para asistir a la última despedida de otro ser humano.

Que su madre y su abuela hubieran dado por hecho que no le afectaría la noticia solo porque nunca había conocido a Oscar era un error. Sí le afectaba. Sabía que era un anciano que se había granjeado más enemigos que amigos a lo largo de su vida, pero seguía siendo su abuelo, aunque nunca les hubieran dejado verse. Sus padres y su abuela siempre habían insistido en que los cuatro formaban una familia, y que como familia siempre se cuidarían unos a otros; pero Oscar nunca fue considerado parte de esa pequeña unidad familiar. Para ellos era *persona non grata.*

Con los años, esa falta de comunicación con la rama francesa de la familia había generado un profundo resentimiento en Zazz. Era medio francesa, por el amor de Dios; tenía derecho a conocer sus

raíces, aunque no fueran motivo de orgullo. Su abuelo no podía haber sido tan terrible. Hubo momentos, de niña, en los que anheló estar con él. Sus padres la habían llevado a Francia en varias ocasiones durante su infancia: vacaciones de *camping* en diversas islas del Atlántico, una casa rural en Provenza rodeada de campos de lavanda, el valle del Loira con sus castillos, e incluso una vez estuvieron casi una semana en París. Todos eran recuerdos felices de vacaciones familiares en Francia, pero ninguno en el sur. Zazz nunca se atrevió a remover el tema preguntando por qué no podían ir a la Riviera, consciente de que eso alteraría a su madre y a su abuela.

Tras comprar un café en la pequeña caseta de madera del parque, Zazz se sentó en un banco cercano y pensó en su futuro. La nueva vida que planeaba comenzar aquel verano era algo de lo que no había hablado con nadie, incluidos sus padres. Ni siquiera con su novio, Rufus. Ella sola había sopesado los pros y los contras, lo había meditado bien —como su padre le habría aconsejado—, había ahorrado algo de dinero —lo suficiente para vivir nueve meses— y había decidido que era el momento de lanzarse. Si resultaba ser un error monumental, aún era lo bastante joven para recomponer su vida y empezar de nuevo. Pero confiaba en que todo saldría bien.

El día que le contó a su compañera de piso, Iris, que se mudaba en un par de semanas, fue el mismo en que presentó su renuncia a la pequeña editorial digital de Bath donde había trabajado durante el último año. Marcus, su jefe directo, al principio había intentado convencerla de que se quedara, pero acabó deseándole suerte y pidiéndole que mantuvieran el contacto.

Ayer había sido su último día de trabajo, y la nueva inquilina de Iris se mudaría el lunes. Por suerte, como el piso amueblado pertenecía a Iris, solo tenía que empaquetar sus pertenencias en una gran maleta. Los objetos de mayor valor —ordenador portátil, pasaporte, teléfono— los guardó en una mochila. Así que, en teoría, todo estaba listo para comenzar su nueva vida. Volvería a casa, como había planeado, pasaría unos días con sus padres y su abuela Agnes, les contaría sus planes de futuro, los tranquilizaría asegurándoles que sí, sabía lo que hacía, y se marcharía la semana siguiente.

Antes, sin embargo, debía hablar con Rufus y contarle sus planes, que había decidido ocultarle deliberadamente por varias razones. La principal era que no tenía ni idea de cómo reaccionaría al saber que su relación, ya de por sí esporádica desde que ella había decidido convertirse en *influencer* hacía unos nueve meses, se volvería aún más intermitente. Había estado tan ocupada tratando de hacer crecer sus redes —Instagram, Bluesky, su blog de estilo de vida y ahora su canal de YouTube— para que todas comenzaran a generar ingresos en su nueva etapa, que había cancelado varias citas con él.

Zazz observó cómo un par de urracas se peleaban ruidosamente en el sendero frente a ella por un mendrugo de pan, hasta que un pico logró arrebatárselo al otro y el trozo se partió en dos. Triunfante, una de las aves voló con su botín hacia un roble cercano.

¿Por qué estaba tan nerviosa? La muerte inesperada del abuelo Oscar solo iba a alterar sus planes los primeros días, pero, por triste que le pareciera, era improbable que tuviera un impacto real en su vida después de tantos años de haberse mantenido a distancia. Ya no era posible estrechar lazos con el abuelo del que la habían

apartado, aunque, en cierto modo, esa falta de recuerdos compartidos hacía más fácil aceptar su muerte.

Capítulo 5

Francine, aún molesta por la forma en que su hija le había colgado, agradeció que Edwin propusiera salir a cenar los tres juntos a su restaurante favorito junto al río aquella noche.

Sentada con una copa de *chardonnay* mientras esperaban la comida y observaban la actividad en el río a través del enorme ventanal del local, Francine pensó en cuánto habían cambiado sus vidas en los últimos catorce meses. El despido de Edwin había sido el detonante para vender la casa de Bath y, siguiendo la sugerencia de Agnes, mudarse con ella a la gran casa victoriana adosada de Dartmouth, donde Francine había pasado la mayor parte de su infancia y que había funcionado como una concurrida casa de huéspedes durante años.

—Ahora que prácticamente he cerrado, me sobra espacio, y solo recibo alguna visita de viejos conocidos de vez en cuando —había dicho Agnes—. Hay sitio de sobra para que podamos vivir juntos, aunque cada uno tenga su vida.

No había mencionado que le agradaría tener compañía, pero Francine se dio cuenta enseguida de que esa era una parte importante, aunque tácita, de la propuesta. Agnes se sentía sola.

La sugerencia había sido totalmente inesperada y, sin duda, resolvería un problema importante para ellos, aunque Francine dudó al principio. Como hija única, siempre había sabido que acabaría heredando la casa familiar. Habían llegado a hablar en alguna ocasión de mudarse a Dartmouth más adelante, cuando Agnes envejeciera, e incluso de jubilarse allí algún día, pero el despido no

era una jubilación. Aún les quedaba al menos una década de trabajo antes de llegar a eso.

Francine y Edwin debatieron largo y tendido la invitación. ¿Sería lo correcto para ellos a largo plazo? Edwin y Agnes siempre se habían llevado bien, pero pocos hombres acogerían con entusiasmo la idea de vivir con su suegra. Edwin, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros cuando Francine le preguntó qué le parecía la idea.

—No creo que haya problema. Como dijo Agnes, la casa es lo bastante grande para los tres, una auténtica casa familiar. Además, hay sitio para Zazz si decide venir con nosotros, aunque sospecho que querrá quedarse en Bath.

Y así se tomó la decisión: lo venderían todo y se instalarían con Agnes.

Aunque Francine se alegraba de la idea de «volver a casa», le entristecía dejar Bath y la vivienda que tanto había querido. Habían tenido mucha suerte al encontrar la «antigua vicaría» veinticinco años atrás, mucho antes de que los promotores empezaran a derribar las casas vecinas con jardín para levantar dos o tres en cada solar. Ahora, rodeada por una pequeña urbanización «exclusiva», aquella casa de diseño victoriano clásico y gran jardín era una rareza, algo que jugó a su favor cuando decidieron venderla.

La indemnización de Edwin había sido generosa tras veinte años en la empresa, pero la incertidumbre económica pesó sobre Francine durante semanas, meses incluso. Con cincuenta y cinco años, Edwin se encontraba en la situación menos favorable del mercado laboral y había decidido trabajar por su cuenta. Aunque era un diseñador gráfico bien considerado y con muchos contactos, ¿querría alguno

de ellos contratarlo como autónomo? Ella, por su parte, como correctora y editora, podía vivir y trabajar en cualquier lugar del país. Pero le preocupaba que ambos dependieran de ingresos irregulares.

Catorce meses después, todo se había estabilizado. En muchos sentidos, los veinticinco años que Francine había pasado viviendo fuera se habían desvanecido, y se sentía de nuevo adaptada a la vida de pueblo en la que había crecido. Varias de sus antiguas compañeras de escuela, casadas con hombres del lugar, la recibieron con los brazos abiertos, y pronto ella y Edwin volvieron a tener una vida social tan activa como antes. Edwin había conseguido varios encargos de diseño, colaboraba como voluntario en el museo y llevaba una vida más tranquila y feliz. Las preocupaciones económicas de Francine desaparecieron cuando el dinero de la venta de la casa de Bath estuvo a buen recaudo en el banco junto con la indemnización.

Su propio trabajo no había sufrido interrupciones y seguía tan ocupada como siempre. El manuscrito que tenía en su despacho, en la planta superior de la casa, debía entregarse en dos días, y aún le quedaban cincuenta páginas por revisar antes de la lectura final. Sería su prioridad al día siguiente, lo acabaría y lo enviaría, de modo que estaría lista para ir a Francia si se confirmaba que su presencia y la de Agnes eran necesarias. Irónicamente, el libro trataba sobre los placeres de vivir junto al río Dart, el mismo junto al que se había criado y que ahora contemplaba desde el restaurante.

El puerto de Dartmouth siempre había sido muy activo y en la actualidad contaba con dos o tres puertos deportivos; además, su

fondeadero, profundo y seguro, era muy popular entre los propietarios de yates privados.

El alegre tono de «I Do Like to Be Beside the Seaside» sonó de pronto desde el bolso de Agnes, lo que hizo que Francine sacudiera la cabeza, divertida, mientras su madre contestaba.

—Salut, Theo. Tu as des nouvelles?

La camarera llegó con los platos en ese momento, y Francine no alcanzó a oír el comienzo de la conversación, aunque no se perdió la fugaz expresión de preocupación que cruzó el rostro de su madre. Dos minutos después, cuando Agnes colgó y bebió un sorbo de vino, Francine la miró, expectante.

—El *notaire* ha cancelado la reunión con Theo de mañana y la ha aplazado a finales de la semana que viene.

—¿Le ha dado alguna razón?

—Tiene que asistir a un juicio imprevisto de uno de sus clientes, y la semana que viene es el primer hueco que puede ofrecerle. Se ha disculpado, pero ha dicho que, como el caso Agistini es un asunto familiar sin urgencia, esperaba que el retraso no causara demasiadas molestias. Theo no ha tenido más remedio que aceptar.

Agnes bebió otro sorbo antes de mirar a Francine con gesto serio.

—Pero el *notaire* también ha pedido que tú, yo y Jasmine estemos presentes en esa reunión debido a una complicación que ha encontrado en el testamento.

—¿Las tres tenemos que ir a Francia? —preguntó Francine, desconcertada—. ¿Por qué? Entiendo que vayamos tú y yo, pero ¿Zazz también?

—Theo cree que probablemente Jasmine aparezca en el testamento —respondió Agnes con un leve encogimiento de

hombros—. Dijo que el *notaire* no ha querido explicárselo por teléfono, pero le ha asegurado que era una complicación habitual en materia de herencias francesas. Simplemente quiere asegurarse de que todos comprendamos las implicaciones.

—¿Y cómo te sientes con la idea de volver a Francia después de tanto tiempo, *Maman?*

Agnes se mordió el labio.

—Será más fácil, ahora que sabemos que Oscar no podrá hacer acto de presencia, eso está claro, pero… —Se encogió de hombros —. No sabría decirte cómo me sentiré. Aunque, siendo sincera, espero que sirva para echar el cierre definitivo al pasado. Eso tendría su lado positivo.

—Ir *en famille* ayudará, creo yo —dijo Francine—. Llamaré a Zazz cuando lleguemos a casa. Me comentó que se pediría unos días libres si se celebraba el funeral, así que seguro que no tendrá problema.

Agnes apenas registró las palabras de su hija, perdida de pronto en sus propios pensamientos sobre el calvario que la esperaba en las próximas semanas. ¿Cómo iba a sortear los problemas desconocidos que se avecinaban? Oscar estaría muerto, pero aquella complicación con su testamento prometía causarle dificultades y desestabilizarla, igual que lo había hecho en vida. Casi podía ver su sonrisa altiva y cruel al imaginarlo planeando esta última jugarreta. ¿Sería capaz de poner el pasado en su sitio, como le había dicho a Francine? Tal vez, aunque no podía evitar pensar que las personas podrán morirse, pero sus actos crueles permanecen para siempre en forma de recuerdos.



Al volver a casa tras la cena, Edwin subió al despacho que había montado para preparar el presupuesto de una página web que le habían encargado. Agnes dijo que iba a ver la televisión en el salón, y Francine, con la esperanza de que Zazz estuviera de mejor humor, fue a la cocina para llamarla.

—En cuanto hable con Zazz, voy contigo —le dijo a Agnes.

Zazz contestó con cautela.

—Hola, mamá. Iba a llamarte más tarde. Siento haber colgado antes. Sé que he sido borde.

—Pues sí —admitió Francine—. Y además, así de repente y sin venir a cuento; no es propio de ti. ¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿O con Rufus?

—No, con Rufus todo va bien —respondió enseguida—. Ha sido el *shock* de lo de Oscar, y que nunca había oído eso de las cremaciones directas. Me parece supertriste que haya gente que no tenga a nadie que la llore cuando ya no está.

—Supongo que la mayoría tiene algún velatorio o acto conmemorativo después —dijo Francine, y guardó silencio un momento—. Theo nos ha llamado esta noche. El *notaire* ha pedido una reunión para hablar del testamento a finales de la próxima semana. También ha solicitado que, además de la abuela y de mí, estés tú presente. ¿Puedes pedirte unos días libres? ¿Una semana, quizá?

—No hay problema con el trabajo —respondió Zazz de inmediato —. Iba a bajar de todos modos para quedarme unos días.

—De acuerdo. Reservaré los billetes y concretamos los detalles cuando llegues.

—Nos vemos pronto, entonces —dijo Zazz antes de colgar.

Francine se reunió con Agnes en el salón.

—Zazz vendrá a casa unos días y puede ir a Francia con nosotras. Mañana buscaré los vuelos y haré la reserva. —Se dejó caer en el sofá con un bostezo—. Qué vueltas da la vida, ¿verdad? —dijo con tono resignado.

Agnes asintió, pero no respondió. No tenía intención de contarle a Francine que sospechaba que aquella vuelta, en particular, estaba a punto de resultar desastrosa para su pequeña familia, y en más de un sentido.

Capítulo 6

La mañana de la cremación de Oscar, Agnes estaba sentada en el jardín, absorta en sus pensamientos, escuchando a medias el canto del amanecer y observando cómo el cielo se volvía azul mientras los tonos rosados y rojizos del alba se desvanecían con la salida completa del sol. Recordaba mañanas como aquella en las que, a lo largo de los años, se había sentado allí: a veces para armarse de valor y afrontar su vida tal como era, y otras, las mejores, simplemente para disfrutar del silencio matinal antes de comenzar un día ajetreado. Aquella, sin embargo, no era una mañana de «darse ánimos». Era más bien una de respirar aliviada; un alivio que ya no esperaba sentir. Debía aferrarse a la certeza de que tenía a Francine, el orgullo y la alegría de su vida, y de que por fin se había librado de Oscar, el mayor error que había cometido.

La conversación con Theo de la noche anterior, cuando Francine y Edwin ya se habían ido a la cama, regresó a su mente. Su querido Theo era el mayor apoyo que había tenido a lo largo de los años. Incluso había hecho frente a su propio hermano. Los dos hermanos eran como el día y la noche, el bien y el mal. Tener a Theo en su vida, aunque fuera en la distancia la mayor parte del tiempo, había significado mucho para ella. Esperaba que él pudiera contarle algo más, aparte de lo que le había dicho en su llamada anterior; algo que quizá no quisiera que le contase a Francine. Pero, por una vez, Theo no logró tranquilizarla, insistiendo en que no sabía nada más.

—El *notaire* nos lo explicará todo —repitió una y otra vez—. Es mejor así.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Tengo muchas ganas de veros a las tres la semana que viene —añadió en voz baja—. Aunque sé que será *très difficile* para ti volver después de tanto tiempo. Para Francine y Zazz no tanto, pero espero que sepas que os ayudaré en todo lo que pueda.

Agnes le dio las gracias antes de despedirse suavemente y colgar. Se había quedado con la firme impresión de que Theo sí sabía más de lo que quería admitir, pero por alguna razón que se le escapaba no estaba dispuesto a confiar en ella como antes. En su día habían sido tan íntimos…

Apenas hacía un par de semanas que ella y Oscar se habían comprometido cuando Theo regresó a Cannes tras una gira con su banda por toda Europa. Los hermanos no podían haber sido más distintos, ni en aspecto ni en carácter. Oscar, el mayor, había heredado el negocio inmobiliario familiar, una empresa próspera y consolidada que continuó creciendo varios años bajo su mando; Theo, en cambio, era un músico talentoso que tocaba el piano y el saxofón, miembro de un exitoso grupo de rock, y pasaba meses fuera, actuando. Llevaba una vida nómada, y Oscar no ocultaba que, en su opinión, ya era hora de que su hermano menor sentara la cabeza y encontrara un trabajo de verdad.

Agnes se dio cuenta enseguida de cuánto le gustaba Theo y de que tenía más en común con él que con el propio Oscar. Theo iluminaba la estancia nada más entrar, algo que Oscar nunca conseguía. Al tener edades similares, entre ellos pronto nació una sólida amistad. Agnes incluso llegó a desear casarse con Theo. Un pensamiento que apartó de inmediato, decidida a repetirle a Oscar

que no quería casarse con él y a romper el compromiso. La primera vez que intentó devolverle el anillo, él se limitó a decir:

—No seas tonta.

De algún modo tenía que hacerle entender que hablaba en serio. También se prometió pasar menos tiempo con Theo: no quería correr el riesgo de que la acusaran de coquetear con él mientras estaba prometida con su hermano.

Tras una velada especialmente aburrida con unos amigos de Oscar, en la que había pasado el rato planeando en secreto devolverle el anillo cuando la llevara a casa, otra pareja los acompañó casi todo el camino y le resultó imposible decir o hacer nada. Contuvo un suspiro: había vuelto a perder la ocasión. Oscar se volvió hacia ella cuando se despidieron en la puerta de la casa de sus padres.

—Te espera un mes muy ajetreado. Tengo que ausentarme una o dos semanas, pero ya he fijado la fecha de la boda, así que tendrás mucho que hacer para mantenerte ocupada y no meterte en problemas. Dentro de un mes serás mi esposa. Tus padres están encantados. —Le dio un beso rápido—. Buenas noches. Duerme bien.

Y se marchó antes de que ella pudiera abrir la boca para protestar.

Agnes se quedó mirándolo, sin habla. ¿Por qué todos tomaban decisiones sin consultarla? ¿Qué había pasado con los seis meses de compromiso? Apenas llevaba uno. ¿Por qué sus padres no lo habían hablado con ella antes? Era su vida la que estaban despreciando sin miramientos. ¿No les importaba su felicidad futura? Todo lo que a su

padre parecía importarle era casarla lo antes posible con un hombre aparentemente exitoso y disfrutar de su estatus.

Entró en casa aturdida, prometiéndose hablar con sus padres a la mañana siguiente. Seguro que la escucharían y comprenderían si les explicaba cuánto la angustiaba aquella boda inminente, que no amaba a Oscar y necesitaba su ayuda para romper el compromiso. Incluso con su ayuda, sabía que sería difícil detener aquella carrera hacia el altar. La única persona con la que deseaba charlar del tema y a la que deseaba pedirle consejo era Theo, y, por supuesto, era imposible que pudiera hablar con él.

Pero lo que resultó imposible, finalmente, fue detener la boda.

Capítulo 7

Tras una noche de sueño inquieto, Francine se despertó temprano y bajó a la cocina. Ella y Edwin habían hablado la noche anterior y habían decidido que no tenía sentido que él las acompañara a Francia de inmediato. Tenía un par de proyectos que terminar y volaría unos días más tarde. Sin embargo, una vez acostada, el sueño la había eludido: su memoria parecía empeñada en recordarle cosas del pasado que preferiría olvidar. Al ver a Agnes en la terraza, preparó dos cafés y salió al exterior.

—Buenos días, *Maman.* ¿Cuánto llevas ahí sentada?

—Pierdo la noción del tiempo —respondió Agnes, aceptando con gratitud la taza que Francine le tendía—. ¿Has dormido bien?

Francine negó con la cabeza.

—Demasiados recuerdos rondándome. Sobre todo aquella horrible última visita en verano, cuando tuve esa discusión tan fuerte con Oscar.

Aun ahora, treinta y seis años después, Francine se estremecía al recordar lo terrible que había sido. Desde aquel día no lo había vuelto a llamar «papá» ni había regresado a Cannes ni a ningún otro lugar del sur de Francia. Toda comunicación posterior con Oscar se había limitado a llamadas telefónicas, correos electrónicos y alguna brevísima sesión por FaceTime. Al ver la expresión preocupada de Agnes, Francine bebió un sorbo de café y se obligó a mantenerse serena y en el momento actual. Nunca le había contado a su madre los detalles de aquel espantoso día del último verano con su padre, y no pensaba hacerlo ahora.

—En cuanto termine el café, me pondré con el ordenador para reservar los billetes —dijo, devolviendo la conversación al presente —. Seremos solo nosotras tres. Edwin se queda aquí defendiendo el fuerte y se reunirá con nosotras dentro de unos días. ¿Te parece que salgamos a comer hoy? ¿A Totnes y Dartington Hall? Podemos dar un paseo por los jardines y luego almorzamos en nuestro restaurante de siempre. Así nos distraemos un poco.

Agnes asintió.

—Me parece bien. ¿Sabes a qué hora llega Jasmine?

—No. Supongo que a última hora de la tarde, como de costumbre. —Francine apuró el café y se levantó.

—Me pregunto —dijo Agnes en voz baja— qué hará Theo con las cenizas cuando las recoja del crematorio.

Francine se quedó inmóvil.

—Ni idea. Tal vez las arroje al Mediterráneo. No creo que las quiera sobre la repisa de la chimenea. En fin, voy a reservar los billetes y luego preparo el desayuno.

En su despacho, Francine buscó rápidamente vuelos disponibles de Bristol a Niza en distintas fechas, eligió uno por la tarde e introdujo los datos de su tarjeta. Ya de por sí le resultaba extraño pensar que, en pocos días, volvería al sur de Francia y tendría que enfrentarse a los recuerdos de una vida que apenas permanecía en su memoria, pero que de vez en cuando la sorprendía con una punzada dolorosa. Y si ella se sentía así, quién sabía cómo debía de sentirse Agnes en realidad.

Mientras esperaba el correo de confirmación, sus pensamientos volvieron a la pregunta de su madre sobre las cenizas. ¿Qué haría Theo con los restos de su hermano? Quizá sería buena idea

organizar un pequeño acto conmemorativo y que los cuatro pudieran esparcir las cenizas de Oscar en algún lugar apropiado, para cerrar ese capítulo del pasado y seguir adelante. Tal vez lo propusiera cuando estuvieran allí, para ver qué opinaban los demás.



Zazz se recostó en su asiento con un suspiro mientras esperaba que el tren saliera de la estación. En unas pocas horas estaría en casa, en Dartmouth. Los últimos días habían sido frenéticos, por no decir difíciles. Rufus no había reaccionado nada bien dos noches atrás, cuando por fin le contó sus planes durante la cena en su bistró favorito. Sabía que había obrado mal al no comentárselos antes, pero estaba convencida de que, en cuanto la gente lo supiera, intentaría disuadirla. Era mejor planearlo todo y presentarlo como un *fait accompli.* Rufus, sin embargo, no lo vio así.

—No puedo creer que lo hayas planeado en secreto, sin ni siquiera pedirme opinión. Pensé que significábamos algo el uno para el otro —le había dicho.

Zazz suspiró. Habían pasado un buen año juntos. Le tenía cariño a Rufus, pero ninguno de los dos había pronunciado la palabra *amor.* La expresión «amigos con derecho» describía perfectamente su relación. Ella nunca la había considerado algo serio y creía que Rufus opinaba igual. Por lo visto, se equivocaba.

—Claro que significas algo para mí —le replicó entonces—. Eres la primera persona a la que se lo cuento. Ni siquiera se lo he dicho aún a mis padres. Necesitaba aclarar las cosas sola. No quería que nadie me dijera que era una tontería.

—Y ahora tu tontería va a hacer que rompamos.

—No es una tontería y, sí, supongo que sí, vamos a romper… aunque podemos seguir siendo amigos y mantener el contacto por Facebook, WhatsApp, correo… También puedes venir a verme cuando me haya instalado. Yo volveré a visitarte y a ver a mis padres: me voy a Europa, no a Australia. Además, tu vida va a cambiar en unas semanas, cuando termine tu contrato actual. Quién sabe dónde acabarás tú.

Pero Rufus no se dejó ablandar.

—No puedo creer que me hayas dejado al margen y hayas organizado una nueva vida sin consultarme. Si me lo hubieras dicho y hubieras esperado tres meses, podríamos habernos ido juntos. Yo nunca te habría apartado de mi vida de esa manera.

—Pero de eso se trata precisamente. No me voy de viaje, me voy a vivir allí. Quiero integrarme en la sociedad francesa. Y quiero hacerlo ahora, no dentro de tres meses, cuando acabe tu contrato.

Zazz respiró hondo. Se dio cuenta con culpa de que, en efecto, lo había dejado al margen, con la esperanza de que entendiera sus motivos, cosa que no había ocurrido. Quizá porque no le había contado toda la verdad, la razón real por la que había mantenido sus planes en secreto.

—Rufus, lo siento. No quería hacerte daño ni molestarte, pero esto es algo que necesito hacer. Seguro que podemos seguir siendo amigos.

El silencio fue su única respuesta.

La velada terminó sin que apenas se dirigieran la palabra. Rufus le dio un beso de despedida en la mejilla y, a regañadientes, le deseó suerte antes de marcharse. Triste, Zazz lo vio alejarse, esperando

que algún día la perdonara y su amistad sobreviviera al golpe que ella misma le había asestado. Pero pasaría lo que tuviera que pasar.

Mientras el tren arrancaba, Zazz miró por la ventana, pensativa. La primera incursión en su nueva vida estaba a punto de comenzar, y cruzaba los dedos para que todo saliera bien.

Capítulo 8

Francine estaba en la cocina, hablando por teléfono con Theo para darle los detalles del viaje —él había insistido en ir a recogerlas al aeropuerto— cuando Zazz llegó a casa. Francine le sonrió a modo de bienvenida mientras terminaba la conversación.

—¿Seguro que quieres venir a buscarnos? Podemos coger un taxi y así no te damos la lata —dijo, sonriendo ante algo que Theo había respondido—. De acuerdo, entonces nos vemos pasado mañana, a las cuatro, en el aeropuerto de Niza. Gracias. —Colgó y se volvió hacia su hija para abrazarla—. Bienvenida, cariño. ¿Maleta grande para una visita tan corta?

Zazz devolvió el abrazo, pero ignoró la pregunta implícita.

—Qué alegría estar en casa. ¿Papá está?

—Es su tarde de voluntariado en el museo. Volverá dentro de una hora más o menos.

—¿Cómo lleva la abuela lo de Oscar?

—Es difícil saberlo. Parece que está bien —respondió Francine—. Está ocupada preparando las maletas y, como siempre, ocultando sus verdaderos sentimientos.

—En eso somos todas unas expertas —bromeó Zazz, y enseguida deseó no haberlo hecho al ver la mirada que su madre le lanzó.

—¿Y eso qué se supone que significa? —preguntó Francine, con tono cortante.

Zazz se encogió de hombros.

—Nada en particular. Es solo… la forma de ser de esta familia. —Cogió la maleta y la mochila—. Subo mis cosas y voy a saludar a la

abuela. Si quieres, te ayudo con la cena más tarde.

Y desapareció escaleras arriba antes de que Francine pudiera interrogarla más.

Francine se quedó quieta unos segundos, deseando saber qué le pasaba a su hija. Estaba claro que algo le rondaba por la cabeza; llevaba meses sin ser la misma, sin esa naturalidad alegre que la caracterizaba. Quizá le pidiera a Agnes que tanteara el terreno con suavidad para averiguarlo: siempre había tenido la habilidad de sacarle a Zazz lo que le preocupaba. El viaje a Francia sería también una buena oportunidad para que hablaran las tres. La reunión con el *notaire* era la razón principal del viaje, pero habría tiempo para pasear y relajarse; serían una especie de minivacaciones cuando hubieran resuelto el asunto del testamento. Había reservado billetes flexibles, por si decidían quedarse unos días más.

Oyó los pasos de Zazz bajando de nuevo y luego la puerta que daba a la terraza, donde Agnes estaba sentada leyendo y tomando el sol. Desde la ventana de la cocina, vio cómo se acercaba para abrazar y besar a su abuela antes de sentarse a su lado. Agnes dejó el libro y, enseguida, ambas se enfrascaron en una conversación animada. Francine contuvo un suspiro.

¿Cuándo había sido la última vez que ella y Zazz se habían sentado a hablar así, con tranquilidad? En la última visita no, ni en la anterior. Al retroceder mentalmente, se dio cuenta de que, desde que se habían mudado de Bath a Dartmouth, Zazz solo había venido a casa un puñado de veces, y siempre eran visitas breves. Ni siquiera había conseguido venir por su cumpleaños, solo hizo una escueta llamada que en su momento la había decepcionado, aunque aceptó las disculpas y el precioso pañuelo de seda que su hija le

regaló sin hacer el menor comentario. Al fin y al cabo, Zazz tenía ya veintitrés años, era una mujer independiente y con una vida ajetreada; tenía derecho a disfrutar del tiempo con sus amigos. Cuando se alejó de la ventana, Francine decidió que, una vez en Francia, haría un esfuerzo consciente por reparar la relación algo resquebrajada entre madre e hija.



La noche antes de partir, los cuatro disfrutaron de una cena sencilla de *fish and chips* que Edwin insistió en pagar. Zazz se ofreció a ir a recoger el pedido a su puesto favorito de comida para llevar, y lo saborearon en la terraza del jardín, con los forros polares puestos, deleitándose con el aire fresco de la tarde.

—Me alegro de que vayas con tu madre y tu abuela —dijo Edwin —. Y que no hayas tenido problemas para pedirte unos días en el trabajo.

Zazz estuvo a punto de contarles que había presentado la dimisión, pero, a sabiendas de que su madre la acribillaría a preguntas, se contuvo. En su lugar, sonrió.

—Tenía días acumulados —respondió, lo cual no dejaba de ser cierto—. Es una pena que no vengas con nosotras. Habrían sido nuestras primeras vacaciones familiares en el sur de Francia.

—Papá se unirá después. Si Oscar no hubiera muerto, no iríamos. No es que lleváramos tiempo planeando unas vacaciones allí —explicó Francine—. Sospecho que serán unos días difíciles para mamá y, probablemente, también para mí —añadió en voz baja. Luego miró a Edwin—. Ya sé que dijiste que tenías algunos encargos

que terminar esta semana, pero todavía puedes cambiar de opinión y venir con nosotras desde el principio.

—A ver cuánto tardará todo en resolverse —contestó Edwin con calma—. Agnes siempre nos ha dicho que la burocracia francesa es muy enrevesada. Mientras tanto, estoy seguro de que las tres tendréis tiempo de descansar y… —hizo una pausa— de crear recuerdos más felices para Agnes y para ti —dijo, mirando a Francine. Luego se volvió hacia Zazz—. Y tú, jovencita, podrás disfrutar de tu primera visita a la Riviera francesa.

Zazz se removió en su asiento. Decir que empezaba a sentirse incómoda sería quedarse corto. No estaba mintiendo exactamente, pero sabía que su padre podría acusarla de mentir por omisión. Había planeado volver a casa a contarles todo esa semana, así que ¿por qué no abría la boca y empezaba a contarlo? Porque sabía que su madre y su abuela no se lo iban a tomar bien cuando por fin se armara de valor para decírselo. No, era mejor esperar a estar en Francia, cuando su plan secreto de mudarse allí ya estuviera en marcha, al menos en parte.

Capítulo 9

Agnes escudriñaba la sala de llegadas del aeropuerto de Niza, ansiosa por distinguir el rostro familiar de Theo entre quienes aguardaban a familiares y amigos. No resultaba difícil reconocerlo: con su metro noventa, solía sobresalir entre la gente, aunque aquellos hombros que antaño fueron rectos ahora se inclinaban ligeramente. Lo localizó enseguida, apartado del gentío, con un perro que esperaba pacientemente a sus pies. En cuanto sus miradas se cruzaron, ambos sonrieron y Agnes sintió que todo su cuerpo se relajaba. Estar con Theo siempre era reconfortante: compartían muchos recuerdos desde que se conocieron hacía tantos años.

Tras los abrazos y besos de rigor, Theo presentó a Cerise, la perrita a la que Zazz ya estaba acariciando, arrodillada junto a ella.

—Era la perra de Oscar, así que me he hecho cargo de ella desde el accidente —explicó Theo con una sonrisa resignada—. No puedo dejar que se la lleven a la perrera. No da ningún problema, lo cual, teniendo en cuenta su triste historia, es casi un milagro. Pero yo nunca había tenido perro antes.

—Parece encantada con Zazz —observó Francine, viendo cómo Cerise, moviendo el rabo frenéticamente, intentaba subirse al regazo de su hija—. ¿Qué raza es? ¿Y cuál es esa historia tan triste?

—Es un terrier tibetano —respondió Theo—. Oscar la encontró una noche en la autopista, volviendo de Niza, hace unos nueve meses. Sin collar ni chip.

—Es adorable —exclamó Zazz—. Imagino que echará de menos a Oscar. —Le dio otra caricia antes de levantarse—. ¿La llevo yo? —preguntó, tendiendo la mano hacia la correa.

—*Bon.* Busquemos el coche y volvamos a Cannes —dijo Theo, haciéndose cargo del carro con las tres maletas y la mochila de Zazz.

El aroma dulce, casi medicinal, de los altos eucaliptos que rodeaban el aeropuerto hizo que Agnes dejara escapar un suspiro de placer. Hacía tantos años que no inhalaba ese olor, antaño tan familiar para ella. Cruzaron hacia el aparcamiento bajo un cielo despejado, y el calor, ya sofocante a finales de abril, la envolvió enseguida. Zazz ayudó a Theo a cargar las maletas mientras Agnes se acomodaba en el asiento del copiloto y Francine se sentaba atrás. Cuando Zazz colocó la mochila sobre su maleta, Theo le dijo en voz baja:

—¿Les has contado lo que has hecho? ¿Y lo que tienes planeado?

Zazz negó con la cabeza.

—*Non.* —Y, al ver la mirada de reproche de Theo, añadió rápidamente—: Pero lo haré pronto, lo prometo.

—Si tú no lo haces, lo haré yo. La noticia les va a disgustar, pero tienen derecho a saberlo. —Cerró la puerta con un golpe apenas contenido.

Al salir del aeropuerto, Theo condujo por la *bord de mer,* mucho más transitada de lo que Agnes y Francine recordaban. El Mediterráneo, brillante a su izquierda, ofrecía, en cambio, una imagen tranquilizadora: las playas, salpicadas de sombrillas y cortavientos, pero sin las aglomeraciones del verano.

Cuarenta minutos más tarde, al pasar frente al Palm Court y entrar en el inicio de la Croisette de Cannes, Theo echó un vistazo al

retrovisor para mirar a Francine y Zazz, y luego giró la cabeza hacia Agnes, que viajaba a su lado.

—Agnes, ¿recuerdas mi casa en el casco antiguo, junto al puerto? Creo que preferiréis quedaros allí conmigo antes que en… —titubeó —, antes que en la casa de Oscar, al norte, en Le Suquet.

Agnes asintió con alivio.

—*Merci.* Prefiero quedarme contigo.

Francine, que sabía cuánto temía su madre volver a la casa donde había vivido con Oscar, también respiró aliviada. Así ella tampoco tendría que hacerlo. Estaba a punto de aceptar la oferta cuando Zazz habló primero.

—Si a nadie le importa, me gustaría quedarme en la casa de Oscar —dijo, abrazando a Cerise, que se había encaramado a su regazo y se negaba a bajarse—. Puedo llevarme a esta pequeña conmigo, claro.

Sus palabras dejaron un silencio tenso. Theo, a punto de responder que le parecía bien, se contuvo al ver el reflejo del rostro de Francine en el espejo retrovisor.

Francine miró a su hija fijamente antes de decir:

—Gracias por la oferta, Theo, pero iré con Zazz a la casa de Oscar.

—Sé que te resultará duro quedarte allí, así que no lo hagas solo por mí —protestó Zazz—. No necesito compañía.

—Lo sé, pero me quedaré contigo de todos modos.

—Como quieras —murmuró Zazz, encogiéndose de hombros y girando la cabeza hacia la ventanilla.

—Tengo una idea —intervino Theo, rompiendo el silencio incómodo que se había instalado—. Aparcamos, tomamos un café o

una copa de vino en mi casa, y luego las dos subís caminando por detrás hasta la de Oscar. Agnes puede descansar un poco si lo necesita antes de salir a cenar esta noche.

—Suena bien —masculló Francine con los labios apretados.

Diez minutos después, tras aparcar junto al puerto, Theo las guio unos doscientos metros, cruzando la carretera principal y adentrándose en un laberinto de callejuelas flanqueadas por viejas casas altas, elevadas sobre el muelle. Se detuvo ante una puerta amarilla, al final de una hilera.

—*Bienvenue chez moi* —dijo, abriendo y haciéndolas pasar.

La planta baja de la antigua casa de pescadores había sido reformada con esmero y transformada en un espacio diáfano de cocina y salón. Unas puertas francesas al fondo daban paso a un pequeño patio exterior, presidido por una buganvilla de tronco grueso, cuyas brácteas magenta resplandecían al sol. El suelo estaba conformado por baldosas de terracota; las paredes, color crema, estaban rematadas por un zócalo de azulejos provenzales en azul y amarillo sobre el fregadero. Bajo la encimera de mármol colgaban unas cortinas color crema con estampado de aceitunas verdes que ocultaban tanto estanterías como cestos, y una nevera pequeña quedaba en el extremo. Junto a la ventana se situaba una cocina de gas. Una barra de desayuno con estanterías también cubiertas por cortinas separaba la cocina del amplio y acogedor salón comedor.

Una mesa con cuatro sillas, un sofá mullido de tres plazas y una mesita baja ocupaban el espacio frente a la chimenea. Contra una pared se alzaba un piano negro vertical Steinway, impecablemente pulido. Librerías repletas de libros, adornos y fotos enmarcadas cubrían casi todo hueco disponible.

—Es preciosa —dijo Agnes, mirando a su alrededor con admiración—. La has reformado de maravilla. Recuerdo que estaba en un estado lamentable cuando la compraste. Es justo el tipo de casa en la que siempre imaginé que vivirías.

—*Merci.* Soy feliz aquí —respondió Theo con una sonrisa.

—No veo tu saxofón —comentó Agnes, echando un vistazo.

—Ahora solo toco el piano. En verano me surge mucho trabajo en esos bailes vespertinos tradicionales que están volviendo a ponerse de moda. *Bon!* ¿Vino, té o café?

—Té, por favor —dijeron Agnes y Francine al unísono.

—Yo prefiero café —dijo Zazz—. Pero tomaré lo mismo que todos.

—¿Nespresso te vale? —preguntó Theo, señalando la máquina, y Zazz se acercó asintiendo con una sonrisa.

Cuando su cápsula estuvo lista, sacó la taza y salió al patio, mientras Theo subía la maleta de Agnes y le mostraba la habitación que había preparado para ella. Francine preparó tres tés, los llevó fuera y los colocó sobre la mesa de hierro forjado antes de dejarse caer en una de las sillas. Zazz dio un sorbo a su café, esperando que los que faltaban no tardaran mucho.

—¿Por qué tienes tanto empeño en quedarte en la casa de Oscar? —preguntó Francine en voz baja.

Zazz contuvo un suspiro. Sabía que tendría que hablar con su madre pronto, pero no quería empezar esa conversación allí, con Theo y Agnes a punto de unirse.

—Mamá, hay un par de cosas que tengo que contarte, pero ¿podemos hablar luego, cuando estemos solas?

Francine la miró durante unos segundos antes de asentir brevemente, justo cuando los otros dos salían al patio.

Capítulo 10

Media hora más tarde, Theo sacó una llave de un tablero oculto en un rincón de la cocina y se volvió hacia Francine y Zazz.

—¿Listas para subir a la casa?

—Estoy segura de que podemos encontrarla —dijo Francine—. No recuerdo que Le Suquet fuera tan grande; quizá hasta reconozca el camino.

Zazz abrió la boca para secundarla, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

Theo negó con la cabeza.

—Os acompañaré por el camino corto, al menos esta primera vez. —Se agachó para engancharle la correa a Cerise, lo que provocó un torbellino de movimientos y coletazos de entusiasmo en el animal, antes de que se la entregara a Zazz—. Cerise y tú podéis ir delante. Si te encargas de la mochila, yo llevo la maleta.

—Me quedaré fuera, disfrutando del sol mientras vais —dijo Agnes, agradecida por la oportunidad de quedarse sola y poner en orden sus pensamientos. Pensamientos que eran un amasijo de sensaciones contradictorias. ¿Se sentía feliz de volver al sur de Francia? Sí, creía que sí. Pero ¿qué problemas la esperaban en los próximos días? ¿Cómo se las arreglaría para hacerles frente cuando llegaran, como sin duda ocurriría? De algo estaba segura: agradecía alojarse allí con su querido Theo y no tener que enfrentarse aún a su antigua casa, saturada de recuerdos infelices. Puede que Oscar ya no estuviera en cuerpo, pero Agnes sabía que el aire mismo

estaría impregnado de él. Apartó la idea de que, tarde o temprano, tendría que volver a entrar en esa casa.

Sentada en aquel tranquilo patio, con el calor del sol acariciándole el cuerpo, sus pensamientos viajaron una vez más hacia la boda que había intentado detener con desesperación…

La mañana después de que Oscar le anunciara la fecha del enlace por sorpresa, Agnes había intentado hablar a solas con su madre. De mujer a mujer. Pero ella no dejaba de negar con la cabeza.

—Lo único que queremos es que te cuiden, que tengas seguridad. Oscar tiene dinero, él se encargará de ti.

—Pero yo no lo amo, y él tampoco me ama de verdad —protestó Agnes.

—Quiere casarse contigo. Aún eres menor de edad. ¿Qué va a decir tu padre si rompes el compromiso?

Al final, Agnes se rindió. No logró atravesar la muralla de incomprensión de su madre. Pertenecía a otra generación, una que se sometía a su marido en todo. No tenía sentido pedirle ayuda para convencer a su padre, ni esperar que la apoyara al intentar explicarle por qué no podía casarse con Oscar. Más que nada, lamentaba haberlo conocido y maldecía el día en que aceptó aquella cena por puro halago.

Theo apareció a media mañana con gesto grave, diciendo que necesitaban hablar.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó ella, horrorizada al ver el hematoma multicolor que lo rodeaba.

—Oscar me ha dado un puñetazo.

—¡Qué! ¿Por qué?

—No le ha gustado que le dijera que te está obligando a casarte. Ha dicho que era una tontería, que no era asunto mío, y que me metiera en mis cosas.

—Lo siento mucho.

—Tú no me has pegado. Ni se te ocurra disculparte por el matón de mi hermano. Ha adelantado la boda porque… —Theo le cogió las manos— porque sabe lo que siento por ti. No te ama, pero no quiere que seas mía. Cometerás un error terrible si te casas con él. No lo hagas. Cásate conmigo.

Agnes lo miró, atónita.

—Te amo, Agnes. No te lo había dicho antes porque esperaba que, si nos veíamos mucho, acabaras dándote cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. Pensé que teníamos más tiempo, que podríamos conocernos mejor. No esperaba que Oscar adelantara la boda. Tienes que romper el compromiso.

—No me lo permitirán —susurró Agnes—. Lo he intentado. Papá está decidido a que me case con Oscar.

—Iré a hablar con él. Le diré que quiero casarme contigo. Si dice que no… ¿te escaparías conmigo?

Agnes cerró los ojos.

—Si conseguimos convencer a mis padres de que cancelen la boda, entonces tú y yo podremos tener un futuro juntos. Pero no creo que sea lo bastante valiente para huir contigo.

El sonido de la puerta de entrada, cuando Theo regresó a casa, arrancó a Agnes de su ensoñación.

Capítulo 11

Al salir de la casa, Theo guio a Francine y Zazz por un tramo cercano de escalones bajos y luego por una calle apenas lo bastante ancha para que pasara un coche pequeño. A ambos lados se alineaban casas altas y estrechas del siglo xviii, cuando Cannes no era más que un pequeño e insignificante puerto pesquero del Mediterráneo. Algunas fachadas le resultaban vagamente familiares a Francine, aunque quizá fuera simplemente porque, con los años, se había acostumbrado a las imágenes estereotipadas del sur de Francia que tanto gustaban a los medios: buganvillas trepando por muros de tonos pastel y gatos durmiendo en los alféizares, como el gato naranja que Cerise se detuvo a inspeccionar antes de recibir un zarpazo en el hocico.

Al ver a Zazz tan feliz con Cerise trotando a su lado, Francine sintió una punzada de culpa. De niña, Zazz había pedido muchas veces tener un perro, pero nunca había parecido el momento adecuado, y ella y Edwin siempre se habían negado. Aunque, siendo honesta, más de una vez Edwin intentó hacerla cambiar de opinión: él se había criado con un perro en casa y decía que sería bueno para su hija. Tal vez deberían ofrecerse a quedarse con Cerise si Theo no quería conservarla. Así Zazz podría verla los fines de semana. No, qué tontería: Zazz apenas pasaba por casa últimamente. La perrita acabaría siendo suya.

En ese momento, Zazz y Cerise giraron una esquina y desaparecieron por una callejuela adyacente.

—He perdido el sentido de la orientación —admitió Francine, mirando a Theo—. ¿Va Zazz en la dirección correcta?

—Cerise sabe el camino a casa —respondió él con una sonrisa, y ella asintió.

—Claro.

—La casa —dijo Theo en voz baja— ya no es como cuando Agnes y tú vivíais allí, ni siquiera como era en vuestras visitas de verano. Ahora está diferente. Un poco descuidada en algunos rincones.

Francine lo miró, intrigada por sus palabras, pero el momento pasó enseguida, porque acababan de alcanzar a Zazz y Cerise, que esperaban ante una puerta azul desvaída por el sol. Francine contuvo el aliento: reconocía aquella puerta. Habían pasado treinta y seis años desde la última vez que la vio, cuando Agnes la llevó allí al salir del hospital de Cannes.

Theo abrió con la llave y se la tendió a Francine cuando entraron.

—*Je suis désolé* de no haber preparado las camas —se disculpó—. Pensé que os quedaríais conmigo.

—No pasa nada, nos las arreglamos —respondió Francine en voz baja, abrumada de repente por la carga simbólica de aquel momento.

—¿Estás bien? —preguntó Zazz—. Te has quedado pálida. Si quieres, vuelve con Theo. Puedo quedarme sola.

Francine negó con la cabeza.

—No. Me quedo. Si sirve de algo, que sea para sacar los fantasmas de mi cabeza.

Unos fantasmas dormidos que ahora sentía agitarse dentro de ella como demonios furiosos.

Theo la miró con inquietud.

—Como tú veas. He reservado mesa temprano —a las siete y media— en el mesón de la rue Saint-Antoine. ¿Nos vemos allí? ¿O preferís venir antes a tomar un aperitivo?

—Nos vemos allí —se adelantó Zazz con decisión, sin consultar a su madre.

Cuando Theo se marchó, llevándose a Cerise para que no se alterara al volver a su antigua casa, Francine y Zazz subieron las maletas.

—Esa era la habitación de Oscar —dijo Francine al pasar ante la primera puerta—. No creo que ninguna de las dos quiera dormir ahí. El baño está aquí; puedes alojarte en la habitación de al lado si quieres, y yo me quedaré con la de enfrente. Si no recuerdo mal, arriba hay otra —señaló una escalera de caracol al final del pasillo—, pero puede que ya no se use.

Abrió la puerta que estaba junto a ella y arrastró su maleta dentro antes de que su hija reaccionara.

Zazz caminó hasta el final del pasillo, pasando junto al gran armario antiguo que ocupaba media pared. Se aseguró de que su madre hubiera cerrado la puerta y subió despacio la escalera de caracol con su equipaje. El amplio desván al que llegó era perfecto, con un techo de vigas inclinado y ventanas desde las que se adivinaba el Mediterráneo. Los muebles eran escasos: había una cama doble, una cajonera, una barra para colgar ropa en un hueco del muro, un pequeño escritorio y una cómoda silla junto a la ventana. Zazz suspiró de satisfacción, dejó la maleta y la mochila junto a la cama y bajó de nuevo con ligereza.

Abrió el gran armario del pasillo y se alegró de verlo lleno de toallas y de la ropa de cama que esperaba encontrar. Sacó fundas

nórdicas, sábanas y almohadones, cogió un par de toallas y decidió no bajar los edredones del estante superior: hacía suficiente calor para dormir solo con una sábana. Cogió un juego de sábanas para su madre también y se dirigió a la habitación que esta había escogido.

—Te ayudo a hacer la cama, ¿vale? —Su voz se apagó al ver a Francine sentada en el borde, mirando al vacío.

—Mamá, ¿qué pasa?

Francine dio un respingo y se levantó.

—Nada. Solo me he dejado llevar por los recuerdos. Gracias por traer las sábanas —dijo, tendiendo las manos para coger una parte de lo que traía.

—Es una habitación bonita —comentó Zazz.

Francine asintió.

—Sí. Era donde solía quedarme de adolescente, cuando venía en las visitas obligatorias. La que tú estás usando era la mía antes… antes de que *Maman* y yo nos marcháramos.

—He decidido dormir arriba, en el desván —le comunicó Zazz—. Sigue siendo una habitación y tiene una vista preciosa. Y hay que subir una escalera de caracol para irse a la cama, ¿a quién no le gusta eso? Anda, terminemos la tuya antes de que empieces a interrogarme por mi elección.

—Gracias.

Pocos minutos después, Zazz alisaba la colcha y decía:

—Voy a deshacer la maleta y luego me daré una ducha. A menos que quieras ducharte tú primero.

—No, ya iré después. Quizá me tumbe un rato con el Kindle cuando termine de colocar mis cosas.

—Vale. Te veo luego. —Zazz cerró la puerta tras de sí.

Arriba, en el ático, hizo la cama con rapidez, luego deshizo la maleta, colgó la ropa en la barra, guardó el resto en la cómoda y dejó el portátil sobre el escritorio. Envió un mensaje rápido a Rufus por WhatsApp para avisarle de que había llegado y colocó el móvil junto al ordenador.

Poco después, Zazz se encontraba en el moderno cuarto de baño bajo la ducha de efecto lluvia, disfrutando del agua caliente que le aliviaba la tensión acumulada en los hombros durante el día. Mientras se relajaba, pensó que aquella noche durante la cena en el mesón podía ser el momento adecuado para hablar con su madre y su abuela, con Theo presente para mantener la calma. Se había enfadado con ella en el aeropuerto, pero tenía la esperanza de que la ayudara a que ambas entendieran por qué había hecho lo que había hecho. Al menos, eso esperaba. Zazz presentía que Theo no estaba del todo conforme con sus decisiones de los últimos meses. Y, como los demás, aún desconocía la mitad de ellas, y era poco probable que las aprobara cuando las conociera.

Capítulo 12

Cuando Zazz la dejó sola, Francine volvió a tirarse sobre la cama ya hecha e intentó racionalizar sus pensamientos. Por extraño que resultara estar de vuelta en Le Suquet y en aquella casa, tenía que afrontarlo. Habría sido más fácil quedarse en casa de Theo, pues allí no tenía malos recuerdos asociados, pero nunca se le habría pasado por la cabeza permitir que Zazz viniera a alojarse allí sola. Al menos, Agnes se había librado del trauma de regresar a la casa de la que había huido casi medio siglo atrás. Francine cerró los ojos y, al instante, le vinieron a la mente todas las veces que había dormido en aquella habitación…

Cómo odiaba dejar sola a Agnes en verano en la pensión, sin ayuda, y detestaba la manera en que Oscar le sonreía y alzaba las cejas con irritación cada año cuando ella lo mencionaba. Ya tenía doce años cuando su madre cedió por fin a las exigencias de Oscar de que se quedara con él dos semanas cada verano y le permitiera ir. Así, durante los seis años siguientes, cada verano siguió la misma rutina.

Agnes siempre la llevaba en coche al aeropuerto de Bristol, la registraba como menor no acompañada y se aseguraba de que entrara sana y salva en la zona de embarque antes de darse la vuelta y regresar a casa. Francine aún recordaba el sabor de la bilis en la boca de aquella primera vez, las náuseas que sintió al ver a Agnes alejarse tras decirle que Oscar la estaría esperando en Niza. En los veranos siguientes, a menudo era Theo quien la esperaba en el aeropuerto, porque Oscar estaba ocupado con sus negocios.

Aquel primer verano en el que viajó sola a Francia marcó el inicio de un rápido proceso de crecimiento en su vida. No le contó a Agnes algunas de las cosas que sucedieron en Francia, porque sabía que no le gustarían. Incluso a esa edad, ya era consciente de los sentimientos de su madre y le contaba «solo lo imprescindible», para no disgustarla. Casi todos los días bajaba caminando por Cannes para ver a Theo, que por entonces seguía ocupado reformando la vieja casa que había comprado unos años antes. Theo la trataba como si fuera su persona favorita en el mundo: siempre se alegraba de verla, a cualquier hora. Oscar, aunque insistía en que fuera cada verano, a veces la hacía sentir como un estorbo, una molestia. Tras el primer verano, comprendió enseguida que Oscar simplemente estaba ejerciendo su derecho a la par que trataba de complicarle la vida a Agnes.

Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de que aquellos veranos adolescentes en el sur de Francia no habían sido del todo malos. Practicar francés todo el día, cada día, le hizo hablar mejor su lengua materna. Agnes y ella siempre hablaban en francés, pero el inglés era el idioma principal en su vida diaria: en el colegio y con sus amigos. Oscar rara vez tenía tiempo para entretenerla y, aunque Theo siempre se alegraba de verla, había momentos en que también estaba ocupado, y la dejaba sola durante una o dos horas.

A medida que fue creciendo, pasó más tiempo con Theo que con Oscar. Theo la presentó a unos amigos suyos que tenían hijos adolescentes, de modo que pronto formó un círculo de amistades para las vacaciones. Fue también Theo quien le enseñó a jugar al tenis, quien la llevaba al teatro, quien se encogió de hombros

cuando ella le preguntó por qué Oscar quería que estuviera allí si luego no se molestaba en pasar tiempo con ella.

—Es que él es así —le había dicho—. Y supongo que tiene muchas cosas en la cabeza. Los negocios y… otras cosas.

Nunca preguntó por esas «otras cosas»; simplemente aceptó que Oscar tenía sus secretos. No fue hasta mucho después cuando Francine empezó a comprender que sus secretos siempre implicaban a una mujer.

Theo siempre la acompañaba de regreso al Reino Unido al final de las vacaciones; decía que pasar unos días en Devon con ella y con Agnes era su pequeño capricho anual…

Francine volvió en sí, sobresaltada, cuando la puerta del baño se cerró de golpe y oyó a Zazz subir corriendo al dormitorio del ático. Cuando la reunión con el notario hubiera terminado y pudieran empezar a hacer lo que fuera que tuvieran que hacer, se sentiría aliviada. Lo siguiente sería decidir si había algo que Agnes quisiera conservar de la casa, aunque era poco probable. Ella misma, desde luego, no quería absolutamente nada. Preparar la casa para ponerla en venta sería el próximo paso. Supondría un trabajo enorme sacar todas las pertenencias de Oscar: ropa, libros, muebles y todos los demás objetos personales que había acumulado a lo largo de los años. Y luego, por supuesto, habría que deshacerse de su barco. Theo sabría a quién acudir para eso. Por un momento, Francine pensó en la embarcación. ¿Dónde estaría ahora? ¿Qué clase de nave sería? Quizá un pequeño velero, una lancha motora o incluso un yate de los de verdad…

Francine se levantó y cogió una toalla. Todas esas preguntas iban a empezar a tener respuesta al día siguiente; ahora necesitaba una

ducha. Diez minutos después, mientras estaba frente al espejo del dormitorio secándose el pelo, vio un mensaje de texto de Edwin en el móvil. En lugar de contestarle por mensaje, lo llamó, y sonrió alegremente cuando él respondió.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —preguntó Edwin—. ¿Qué se siente al estar de vuelta en Cannes?

—El vuelo ha ido bien. Pero ahora mismo todo me resulta extraño. Y que nos alojemos en la casa de Oscar no ayuda.

—Pensaba que os ibais a quedar en casa de Theo —dijo Edwin, sorprendido.

—Zazz insistió en quedarse aquí arriba, y no podía dejarla sola. Al menos Agnes está feliz abajo, con Theo… Algo es algo.

—¿Cómo está Zazz?

—¿La verdad? No estoy segura. Esperaba que cuando se le pasara la edad del pavo volviera a comunicarse con nosotros, pero… —Francine hizo una pausa—. Estoy segura de que hay algo en su vida que no quiere que yo… Bueno, que nosotros sepamos. Desde que nos fuimos de Bath es como si no la conociéramos.

Hubo un breve silencio.

—Quizá unos días juntas en Cannes os ayuden a que volváis a estar unidas.

—Eso espero —asintió Francine—. Ahora tenemos la reunión con el notario; después deberíamos ver qué podemos hacer en esta visita. Creo que vamos a tener que volver un par de veces para arreglarlo todo. Lo primero es vaciar la casa, antes de poder venderla.

—Una vez hayáis visto al notario, ya os haréis una idea de todos los trámites necesarios, y podréis saber más o menos cuánto

tardaréis. Podemos venir juntos más adelante y organizarlo todo. Podríamos contratar una empresa de mudanzas si es necesario.

—Es verdad. No tenemos que hacerlo todo nosotros solos.

—¿Qué vais a hacer esta noche?

—Cenaremos en un restaurante de por aquí y, con suerte, nos iremos pronto a la cama.

—Pues disfrutad. Te llamo por la mañana.

Un rato después, cuando Francine bajó las escaleras, lista para salir hacia el restaurante, Zazz estaba en el salón, acurrucada en el sofá, escribiendo un mensaje de WhatsApp.

—¿Lista? —preguntó Francine, mientras la observaba con cierto desconcierto, como si le sorprendiera lo cómoda que parecía Zazz allí sentada.

—Dos segundos —dijo Zazz—. Tengo que enviar esto a una amiga.

Pulsó «enviar» y se levantó.

—Vamos.

—Creo que la rue Saint-Antoine está por aquí —dijo Francine. Cerró la puerta principal con llave tras ellas y señaló a su izquierda.

—Sí, seguro —dijo Zazz, y luego, al ver que Francine se volvía a mirarla, añadió—: ¿Qué?

—¿Cómo puedes saberlo?

—Me lo ha dicho mi amigo, el señor Google.

Zazz soltó una risita antes de corretear para adelantar a su madre y esquivar a otro peatón. La rue Saint-Antoine, con sus numerosos restaurantes, *boutiques* y joyerías, era popular tanto entre los lugareños como entre los turistas. La estrechez de la calle, sumada a la multitud que la abarrotaba, les impedía caminar una al lado de la

otra. Francine comprendió que no iba a ser posible hablar con Zazz mientras paseaban como había esperado, así que se entretuvo mirando escaparates de las tiendas por las que iban pasando. Zazz, un par de metros por delante, regresó para reunirse con ella cuando se detuvo un momento frente al escaparate repleto de joyas de una elegante *boutique.*

—¿Qué te ha llamado la atención? —preguntó Zazz.

Francine señaló un sencillo collar de plata con varios pequeños diamantes colocados a lo largo de la cadena.

—Es precioso, pero, madre mía, ¡qué caro!

—¿Le digo a papá que lo quieres por Navidad? —sugirió Zazz mientras ambas se apartaban del escaparate.

Francine se rio y negó con la cabeza.

—No merece la pena. Se nos va de presupuesto.

Capítulo 13

Theo y Agnes ya estaban sentados a la mesa cuando ellas llegaron, y Theo se levantó para saludarlas mientras el *maître* las acompañaba hasta su sitio.

Una vez acomodadas, un camarero colocó un plato de aperitivos en el centro de la mesa y otro descorchó una botella de champán que descansaba en una cubitera y llenó las copas una a una.

Francine alzó una ceja.

—¿Champán?

—Quería celebrar que estemos todos juntos otra vez en Le Suquet —dijo Theo en voz baja—. Así que brindemos por el futuro.

Alzaron las copas y repitieron:

—Por el futuro.

Zazz, consciente de la mirada de Theo, con ese brillo inquisitivo que le advertía de que no podía seguir callada, decidió que aquel era el momento de contarles a su madre y a su abuela lo que había hecho. Bebió varios sorbos largos para armarse de coraje antes de mirarlas.

—Mamá, abuela… Lo que voy a deciros probablemente os moleste, pero, como me ha recordado el tío Theo, sería peor si siguiera guardándolo en secreto.

Francine la miró fijamente.

—Sabía que te rondaba algo por la cabeza.

Zazz esbozó una media sonrisa.

—Supongo que eso es el instinto maternal —dijo, y bebió otro sorbo de champán—. Hace un año vine a Le Suquet y conocí a mi

abuelo.

Francine fue la primera en romper el silencio tras su declaración.

—¿Viniste tú sola a conocer a Oscar?

Zazz asintió.

—¿Sin avisar? ¿Así, de repente?

—Sí. Oscar se alegró mucho de conocerme, nos llevamos bien, y a mí me cayó bien. —Zazz sostuvo la mirada de su madre y su abuela con gesto desafiante.

—¿Por qué no nos lo contaste antes? —preguntó Francine.

—Porque sabía cuál iba a ser vuestra reacción.

—Si él no hubiera muerto, ¿tenías intención de seguir en contacto? —preguntó Agnes en voz baja—. ¿De venir a verle con regularidad? ¿O fue solo una visita para saciar la curiosidad?

—He venido un par de veces… —Zazz vaciló— y pensaba venir más y quedarme más tiempo.

Por sus expresiones, comprendió que no era el momento de confesar que en realidad había venido tres veces en total. Y su verdadero plan, desde luego, no podía revelarlo aquella noche. Rezó en silencio para que Theo tampoco lo hiciera.

Agnes se volvió hacia él.

—Tú sabías lo de estas visitas, ¿verdad?

Theo asintió una vez.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Zazz quería contároslo ella misma, y me pareció bien. Me prometió que lo haría… cuando llegara el momento oportuno.

—Mi encuentro con Oscar no cambia nada para vosotras —dijo Zazz—. Está muerto. —Terminó su copa y la dejó en la mesa.

—Deberías habérnoslo contado —replicó Francine—. No entiendo por qué sentiste la necesidad de engañarnos de esta manera.

—Lo siento. Pero sabía que no lo aprobaríais y trataríais de impedírmelo. Para vosotras, Oscar estaba fuera de vuestra vida, y por tanto yo tampoco podía tener contacto con él. Pero nunca me habéis explicado por qué ni qué ocurrió. Como nunca ibais a llevarme a conocer a mi abuelo, decidí hacerlo por mi cuenta. Me alegro de haberlo hecho antes de que fuera demasiado tarde, aunque siento haberos molestado.

—¿Oscar te dio su versión de los hechos? —preguntó Agnes con calma.

En ese momento apareció el camarero con los menús y se llevó las copas vacías y los restos de los aperitivos. Zazz aprovechó la interrupción para concentrarse en la carta, aliviada por poder esquivar la pregunta.

Tras pedir y entregar los menús, un silencio incómodo se instaló alrededor de la mesa. Zazz se mordisqueó el labio inferior, indecisa. ¿Era el momento de contarles también sus planes de futuro? No, aún no. Estaban demasiado dolidas, quién sabía cómo reaccionarían si añadía otra bomba a la velada.

Francine la observó con atención.

—Así que por eso Cerise estaba tan encima de ti antes: te recordaba.

—Probablemente —respondió Zazz, antes de mirar a Theo—. Se me ha olvidado cuándo es la reunión con el *notaire.*

—Mañana por la tarde, a las dos —le recordó él—. Pensaba ir por la mañana a recoger las cenizas de Oscar. Si queréis

acompañarme… —Miró a su alrededor—. ¿No? *D'accord,* iré solo. Pero habrá que decidir qué hacer con ellas cuando las tenga.

A pesar de la buena comida y del vino, la velada no logró recuperarse del desconcierto causado por la confesión de Zazz. Theo intentó aliviar la tensión contando algunas anécdotas de Cannes y de los eventos a los que había asistido últimamente: una obra en el Palais des Festivals, una exposición de arte en uno de los grandes hoteles de la Croisette, una muestra de coches clásicos.

—Espero que podamos hacer algunas excursiones mientras estéis aquí —dijo con optimismo—. Crear nuevos recuerdos felices para vosotras.

Pero ni Agnes ni Francine lograron responder con entusiasmo sincero. Zazz, consciente de que era la causa del mal ambiente, optó por callarse para no empeorar las cosas.

Nadie pareció querer alargar la cena, y en cuanto Theo pagó la cuenta salieron del mesón. Acordaron encontrarse al día siguiente por la mañana para recorrer un poco la ciudad y quizá almorzar juntos, y se despidieron. Francine y Zazz emprendieron en silencio el camino cuesta arriba hacia el Suquet alto, mientras Theo y Agnes tomaron la dirección opuesta, bajando hacia el puerto viejo.

De vuelta en la casa de Oscar, Zazz esperó a que Francine cerrara la puerta con llave, luego se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Buenas noches, mamá. Tengo algunos correos que responder, así que subiré directamente. Mañana quiero salir a correr temprano. Traeré unos cruasanes para desayunar cuando vuelva. Nos vemos entonces. —Y antes de que Francine pudiera responder, Zazz ya subía corriendo las escaleras hacia el desván.

—Buenas noches —repitió Francine.

Obviamente, no habría charla madre e hija aquella noche, pero ¿acaso esperaba que la hubiera?

Capítulo 14

La calle se había despejado un poco cuando salieron del restaurante, y cuando Theo le ofreció el brazo, Agnes no se opuso; caminaron así, como una pareja, descendiendo hacia el puerto viejo sin ser empujados por la multitud. Todavía había luz, y mientras esperaban para cruzar junto a la estación de autobuses, Theo se dio cuenta de que Agnes observaba el gran mural que decoraba la fachada.

—*Incroyable* —murmuró ella, admirando los numerosos trampantojos que representaban la historia del cine en Cannes.

—Esa pintura celebra los cien años de cine aquí en Cannes —explicó Theo—. ¿Has visto ya a Fred Astaire y Ginger Rogers? Sé que por ahí están Jean-Paul Belmondo y también Minnie Mouse, pero no soy capaz de reconocerlos a todos.

—Es muy bonito. Ahí veo a Lauren Bacall —respondió Agnes sin apartar la mirada.

—Encontrarás murales así por todo Cannes —le explicó Theo—. Empezaron a pintarlos después del cambio de milenio. Iremos a dar algún paseo y te enseñaré los otros. Todos celebran la estrecha relación de Cannes con el cine.

Al cruzar la calle hacia el Quai Saint-Pierre, caminaron despacio junto a los restaurantes y pizzerías alineados frente al mar antes de adentrarse en la callejuela que conducía a la casa de Theo.

—¿Tomamos una copa antes de dormir? —propuso él—. ¿O prefieres acostarte ya?

—Me encantaría una copita —respondió Agnes.

—*Bon.* Tengo un licor de Saint-Honorat que reservo para las grandes ocasiones. Esta noche lo es. Ve al patio; yo lo traigo y lo tomaremos bajo las estrellas.

Sentada junto a la buganvilla, Agnes dejó vagar sus pensamientos mientras esperaba. La confesión de Jasmine aquella noche la había sorprendido, pero reconocía la verdad de lo que su nieta había dicho al quejarse de que se le hubiera negado conocer a su abuelo. Sabía, además, que ella —más que Francine— había sido la principal responsable de mantener viva la ruptura familiar, negándose durante años a reconocer la existencia de Oscar desde el día en que llegó a Inglaterra, hacía ya cuarenta y seis años. Con el tiempo tuvo que aceptar que Francine lo visitara una vez al año: era su padre, ningún tribunal le habría permitido negarle el contacto indefinidamente. Pero con Jasmine era distinto.

Agnes no veía razón alguna para que se conocieran y había convencido a Francine de que era lo mejor. «No querrás que le llene la cabeza a la niña con las tonterías que intentó venderte a ti. No tiene cabida en la siguiente generación». Todavía podía oírse repitiendo esas palabras. ¿Había hecho bien imponiendo su voluntad de esa forma? Recordaba a Theo, en una de sus visitas, intentando persuadirlas de dejar el pasado atrás, pero para ella aquella idea era simplemente impensable.

Su querido Theo. Un amigo mucho mejor de lo que ella merecía. Nunca podría compensarle todo lo que había hecho por ella y por Francine. Agnes suspiró. Ya era tarde para poner remedio. Ojalá pudiera. Theo apareció en ese momento, como si lo hubiera invocado con el pensamiento, y ella le sonrió con un esfuerzo.

Theo le tendió una pequeña copa de licor, de un dorado intenso.

—*Santé.* —Brindaron suavemente.

—Jamás pensé que llegaría a ver este día —dijo él en voz baja—. Me he sentado aquí tantas veces, deseando que estuvieras conmigo… Y al fin, aquí estás.

—*Oui,* aquí estoy —asintió Agnes—. Me hubiera gustado que me dijeras que Jasmine había venido a ver a Oscar.

—No podía hacerlo sin romper mi promesa a Zazz. Además, ya estaba hecho. ¿Todavía la llamas Jasmine? Zazz le pega más.

Ante el silencio de Agnes, Theo bebió un sorbo.

—Oscar cambió un poco en el último año —dijo con cautela, como temiendo su reacción al oír el nombre de su hermano—. La llegada de Zazz a su vida le afectó mucho, tal vez fuera por eso. Oh, seguía siendo irascible y difícil de tratar, pero había algo distinto en él. Recientemente le sorprendí en más de una ocasión con una expresión rara, como si quisiera decirme algo y luego se echara atrás, mirándome de una forma extraña y sonriendo. Empezaba a inquietarme, la verdad. —Theo la miró con inseguridad—. No sabía cómo reaccionar. Su genio seguía siendo impredecible.

—¿Y si todo era una farsa? —replicó Agnes—. Siempre disfrutó haciéndonos sentir incómodos. Era un excelente actor cuando le convenía. Cada vez que se mostraba amable conmigo, sabía que pronto habría un precio que pagar.

—*Je suis vraiment désolé, ma chérie,* por todo lo que sufriste con él —dijo Theo con ternura.

—Todo eso quedó atrás, por suerte —respondió Agnes—. Y en gran parte gracias a ti.

—Me pregunto si los remordimientos por lo que hizo, o por lo que no hizo, se le empezaron a acumular con el paso de los años, como

a los demás —reflexionó Theo, llevándose la copa a los labios—. A mí, desde luego, sí.

—Nadie pasa por la vida sin arrepentimientos —murmuró Agnes —. Yo tengo unos cuantos, grandes y pequeños, pero todos cuentan. Hay personas incapaces de reconocer sus propios errores, y creo que Oscar fue una de ellas. No creo que llegara a pronunciar la palabra «perdón» en toda su vida. Desde luego, a mí nunca me la dijo. —Se levantó despacio—. Creo que estoy lista para acostarme. Ha sido un día largo.

—¿Hablaste con Francine y con Jasmine sobre la reunión con el *notaire?* —preguntó Theo, poniéndose también de pie—. Quizá podrías advertirles del posible problema.

Agnes negó con la cabeza.

—No. Ambos podemos imaginar qué clase de complicación ha encontrado el *notaire* en el testamento. Será mejor que lo oigan directamente de él.

Theo se acercó a ella.

—La cita con el *notaire* va a ser difícil, pero sabes que haré cuanto esté en mi mano para ayudaros a ti, a Francine y a Zazz a afrontar lo que sea que revele. —Se inclinó y le besó suavemente la mejilla—. *Bonne nuit, ma chérie.* Que duermas bien.

Capítulo 15

Zazz salió de la casa tan silenciosamente como pudo y dobló la esquina hacia la rue Saint-Antoine. Qué distinta se veía aquella mañana la misma calle por la que habían caminado la noche anterior: apenas la llenaban unos pocos peatones y algún que otro dueño de café que colocaba mesas y sillas en la acera para el desayuno. Ella las esquivó mientras bajaba corriendo. Al llegar al final, cruzó la carretera principal y sacó el móvil para hacer una foto de los barcos del puerto viejo.

Rufus había respondido a su mensaje del día anterior —en el que le contaba que ya había llegado— con un simple pulgar arriba. Quizá al enviarle aquella foto del puerto y contarle que en unos minutos iba a encontrarse con su amiga Mel para salir a correr, le mostraría que esperaba seguir siendo su amiga, y tal vez le animaría a contestar de verdad. Mientras pulsaba el botón de enviar en WhatsApp, Mel apareció a su lado.

Se habían conocido en la penúltima visita que Zazz le había hecho a Oscar y enseguida habían congeniado. Mel, apenas seis meses mayor que ella, había puesto en marcha su propio negocio de alquiler vacacional hacía un par de veranos y gestionaba tanto villas como apartamentos a lo largo de la costa, entre Cannes y Cagnes-sur-Mer. Se sintió intrigada cuando supo de la existencia del blog de estilo de vida de Zazz y de los miles de seguidores que acumulaba en las redes sociales, y desde entonces se convirtió en su gran defensora. Al enterarse de que Zazz soñaba con mudarse allí, le había dicho: «Hazlo. Es el trabajo perfecto para esta zona. La Riviera

adora a sus influencers». Tras la muerte de Oscar, Zazz le había escrito contándole que sus planes de pasar el verano en la Riviera estaban en el aire, pero que iría de todos modos para intentar arreglar algo una vez allí.

—*Bonjour,* Zazz. Ya estás aquí. Vamos hacia el Quai Laubeuf. —Mel sonrió, y juntas echaron a correr por el estrecho paseo del Quai Saint-Pierre. Pasaron ante los barcos amarrados y siguieron hasta el Quai Laubeuf, donde atracaban los ferris turísticos que llevaban de excursión a las islas de Lérins.

Se detuvieron en el aparcamiento contiguo al muelle e hicieron unos estiramientos. Frente a ellas, en la bahía de Cannes, las islas de Sainte-Marguerite y Saint-Honorat brillaban bañadas por la luz del amanecer. Zazz suspiró, feliz.

—No puedo creer que esté aquí de verdad.

—¿Cómo van las cosas con tu madre? —preguntó Mel—. ¿Les has contado ya tus planes?

Zazz negó con la cabeza.

—Les he hablado de que vine a ver a Oscar, pero no de lo que pienso hacer este verano. Creo que se van a volver locas cuando se enteren. A lo mejor hasta me desheredan. No lo sé.

—Ya te lo he dicho: tienes una cama en mi casa cuando quieras —dijo Mel—. No hay problema, de verdad.

—Gracias. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo que revisar una villa en Juan-les-Pins para asegurarme de que esté lista antes de recoger a los huéspedes en el aeropuerto esta tarde. Entre medias, papeleo, algo de promoción en Instagram y organizar un par de reservas para cenar más adelante en la semana. —Sonrió—. Todo bien. ¿Y tú?

—Pensaba recoger algunos folletos turísticos, hacer algo de investigación sobre los lugares que merezcan la pena y escribir una entrada para el blog, algo tipo «Cambiar de vida». Llevo semanas insinuándoselo a mis seguidores. Es hora de comenzar mi nueva vida, tal y como tenía planeado. —Miró el reloj—. Prometí que llevaría cruasanes para el desayuno, así que será mejor que me ponga en marcha.

—Vamos juntas —dijo Mel—. ¿Te apetece una *pizza* esta noche? ¿A las siete en el puerto?

—Allí estaré.



El sueño le había sido esquivo a Francine casi toda la noche. Se durmió hacia las cuatro, pero volvió a despertarse a las seis, al oír a Zazz bajar de puntillas y salir para correr. Suspiró. Su hija estaba muy… arisca, esa era la palabra. Algo ocurría en su vida, algo de lo que no quería hablar.

Apartó el edredón y se levantó. No tenía sentido seguir en la cama. Se puso unos vaqueros y una camisa; mientras Zazz estuviera fuera, aprovecharía para explorar la casa. Tal vez así lograra espantar algunos fantasmas. Empezaría por arriba y bajaría después.

Al subir la escalera de caracol hacia el desván, recordó la última vez que había subido por ella, treinta y seis años atrás…

—Hemos reformado el ático y ahora será una habitación, solo para ti —le había dicho Oscar, sonriendo mientras subía delante de ella—. Un regalo adelantado por tu decimoctavo cumpleaños. Un sitio

donde tus amigos y tú podáis reuniros, poner vuestra música pop. Pero nada de fumar, ¿eh? —Y había agitado un dedo frente a ella.

La adolescente que era entonces se había sentido emocionada. Hasta que conoció las condiciones del regalo. No era una habitación solo para las vacaciones de verano: quería que se mudara a vivir a Le Suquet de forma permanente.

Su primera reacción fue soltar:

—No puedo dejar sola a Maman*.*

La expresión de Oscar se había ensombrecido.

—Claro que puedes. Pronto serás adulta. Vivirás conmigo, irás a la universidad aquí en Francia y no te faltará de nada. Es tu derecho de nacimiento. Ese es el trato. Mientras decides, puedes quedarte en tu antiguo cuarto. Tú eliges. —Y, tras decirlo, cerró de golpe la puerta y casi la empujó escaleras abajo, obligándola a bajar delante de él.

Aquel episodio no solo marcó el rumbo de la última semana de sus vacaciones, sino que rompió definitivamente la frágil relación que apenas existía entre ellos.

Theo la miró con tristeza cuando ella le pidió consejo con cautela.

—Je suis désolé *de que tu padre te haya puesto en esa situación. Hagas lo que hagas, vas a herir a alguien: a tu madre, a Oscar o a ti misma. Pero la verdad es que debes hacer lo que sea mejor para ti. Puede que sea una de las decisiones más importantes de tu vida, y tienes que estar segura de que tomas la correcta. Estoy seguro de que lo harás. No dejes que te intimide.*

Durante los días siguientes, Francine evitó a Oscar tanto como pudo mientras trataba de decidir qué hacer. Hizo listas de pros y contras, una y otra vez. Sentada en la nueva cama del desván,

soñaba con la vida que podría llevar si aceptaba su oferta. Vivir en la Riviera sonaba emocionante, incluso glamuroso. Otra parte de ella, que estaba muy a gusto en Dartmouth, tenía que reconocer que su vida podría ser muy diferente en Francia… quizá incluso mejor. Sus vacaciones allí ya le habían dado cierto prestigio entre sus amigas; mudarse definitivamente elevaría aún más su estatus. Quería contárselo a su madre, pero Agnes era la única a la que no le podía pedir consejo.

Solo quedaban tres días de vacaciones cuando Oscar apareció una mañana mientras ella preparaba café y tostadas.

—¿Te has decidido ya?

Francine negó con la cabeza.

—No lo sé. Vivir aquí, ir a la universidad… suena muy bien, y me tienta mucho, pero no dejo de pensar en Maman, *sola.*

La voz se le apagó al ver la expresión exasperada de Oscar, que se acercó y la miró con una intensidad que la hizo retroceder.

—Te ayudaré a decidir —dijo con voz helada—. Tengo que ir a San Remo por negocios y volveré mañana al mediodía. Si cuando regrese sigues aquí, entenderé que aceptas mi oferta y llamaré a tu madre para decirle que no vuelves con ella. Si decides no quedarte, quiero que hayas salido de esta casa antes de mi vuelta. Puedes regresar a tu triste vida y a tu patética madre en Inglaterra y lamentar tu decisión el resto de tus días. ¿Entendido? —Al escupir la última palabra, alzó la mano y le propinó un bofetón en cada mejilla.

Fueron aquellas palabras, «tu triste vida y tu patética madre», las que encendieron la furia de Francine más que el dolor de los golpes. Ni su vida era triste ni su madre patética. Al mirarlo, por fin lo vio como realmente era: un hombre que proyectaba una imagen pulida

ante el mundo, pero que, de puertas para adentro, no era más que un matón mezquino. Vestía impecablemente —esa mañana llevaba un traje safari beige *y un maletín de cuero—, pero debajo de la ropa cara y el reloj de oro de Cartier solo había un hombre ruin y prepotente, convencido de poder imponer su voluntad.*

—Entendido —dijo, devolviéndole la mirada sin pestañear, ignorando el escozor de sus mejillas—. Si tratabas a mamá así, no me extraña que te dejara. Me iré esta misma mañana.

Oscar la fulminó con la mirada antes de girarse y marcharse a zancadas. Francine gritó tras él:

—Y mi madre no es patética. No sé qué vio en ti. No eres nada comparado con ella. ¡TE ODIO! ¡Eres un hombre despreciable!

El único sonido que recibió como respuesta fue el portazo de la puerta principal. Se le había quitado el hambre. Tiró las tostadas, vació el café por el fregadero y fue directa a ducharse. Después de aplicarse una toalla fría en las mejillas para aliviar el ardor, hizo la maleta, la arrastró hasta el rellano y subió la escalera de caracol para echar un último vistazo al desván que podría haber sido suyo. Pero la puerta estaba cerrada con llave.

Apareció en la puerta de Theo diez minutos más tarde. Al verla con el rostro aún húmedo de lágrimas, él no dijo nada; la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Al día siguiente cambió sus billetes y la llevó al aeropuerto. Su infancia había terminado.

Capítulo 16

Francine recorrió con la mirada el desván actual y se preguntó qué habría hecho Oscar con aquellos muebles modernos de estilo sueco, blancos y relucientes, con los que había intentado sobornarla tantos años atrás. Las pertenencias de Zazz estaban esparcidas sobre los pocos muebles sólidos y funcionales que quedaban en la habitación. Francine se fijó en el portátil, los cuadernos y archivadores, la cámara y su trípode. Las cortinas del hueco que hacía de armario estaban abiertas y la ropa de su hija colgaba apretujada en la barra; en los estantes, una sudadera con capucha y ropa interior se amontonaban sin orden.

Sonriendo para sí, Francine bajó de nuevo las escaleras. Zazz, sin duda, había heredado de ella esa costumbre. Edwin siempre le había tomado el pelo por el tamaño de su maleta cada vez que viajaban: siempre metía demasiadas cosas por miedo a necesitar otra blusa, un cárdigan extra o incluso un sujetador sin tirantes para esa blusa con los hombros al descubierto que acababa echando en el último momento. El arte de hacer un equipaje minimalista, pensó, no formaba parte del ADN familiar.

En el rellano del primer piso pasó junto al baño antes de detenerse, apoyando la mano en el pomo de porcelana blanca de la puerta del dormitorio que habían compartido sus padres.

Los recuerdos que conservaba de aquella habitación prácticamente estaban teñidos de color sepia, ya que pertenecían a su tierna infancia, anterior a la huida de Agnes con ella a Inglaterra. Recuerdos en su mayoría felices, de ella y su madre leyendo o

tomando chocolate caliente, acurrucadas en la gran cama cuando Oscar no estaba. Momentos que, lo sabía bien, debían mantenerse en secreto ante su padre, que habría considerado aquello una debilidad. Muy pocos recuerdos de entonces incluían a Oscar: había sido un mero espectador de su niñez, nunca un participante activo, pese a los intentos de Agnes por convencerlo de que se relajara y jugara con su hija.

Durante sus visitas en la adolescencia, Francine había comprendido instintivamente que aquella habitación siempre le estaría vedada, aunque Oscar nunca se lo hubiera dicho abiertamente. La única vez que se atrevió a asomarse, todos los toques femeninos —las cortinas y el cubrecama de *toile de Jouy* que su madre había elegido— habían desaparecido. En su lugar, se encontraba un espacio austero y masculino, con paredes grises y sábanas oscuras.

Francine apretó el pomo y lo giró lentamente, empujando la puerta con cautela, sin saber qué iba a encontrar.

La gran cama estaba deshecha; la lámpara de araña que colgaba del techo se encontraba cubierta de mugre, y el tocador, de polvo. Todo desprendía un aire de abandono y dejadez. Francine cerró de nuevo la puerta y se dio la vuelta. ¿Dónde habría dormido Oscar en los últimos años? Solo quedaba una habitación más.

Abrió la puerta de su antiguo dormitorio, aquel en el que había sugerido que durmiera Zazz. Para su sorpresa, esa estancia —sencilla, con muebles prácticos, paredes azul pálido y alfombrillas de color crema sobre las losas de terracota— parecía haber sido la habitación de Oscar. Las sábanas estaban revueltas, el pijama hecho un ovillo encima del edredón, una toalla colgada sin cuidado, una

camisa tirada sobre el respaldo de una silla de mimbre. Frente a la ventana había una antigua cómoda de cuatro cajones, con un pequeño espejo de tocador encima. Francine recordó cómo ayudaba a su madre a limpiar aquel marco tallado y abrillantado cuando aún estaba en el dormitorio de antes. Sobre la cómoda descansaban también un peine y un cortaúñas. Uno de los cajones quedaba entreabierto, mostrando un ordenado montón de calcetines doblados. Francine apartó la vista.

De vuelta en la cocina, puso la tetera al fuego, encontró unas bolsitas de té y se quedó mirando por la ventana. Los pensamientos bullían descontrolados en su cabeza, como el agua que empezaba a burbujear en la tetera.

Había que vaciar la casa. ¿Qué harían con todo aquello? ¿Cómo reaccionaría Agnes al volver a entrar en esa vivienda? ¿Cuánto tiempo había pasado Zazz con Oscar? ¿Habría empezado Theo a avisar a la gente de su muerte? ¿Qué harían con las cenizas cuando las recogiera? ¿Cuánto tiempo tendrían que quedarse en Le Suquet?

Y, sobre todo, ¿por qué la inquietaba tanto la idea de permanecer allí? Oscar estaba muerto. Ya no podía hacerles daño.

Capítulo 17

Theo había salido a recoger las cenizas de Oscar, y Agnes estaba fregando las tazas y los platos del desayuno cuando Francine y Zazz llegaron a la casa.

—¿Theo se ha llevado a Cerise? —preguntó Zazz, decepcionada al no ver a la perrita.

—Sí. Le encanta el coche. ¿Tenemos algún plan para esta mañana? —preguntó Agnes.

—Había pensado ir a dar un paseo —dijo Francine—. Ver cuánto ha cambiado todo. ¿Empezamos por el Marché Forville? Debería seguir más o menos igual. Podemos comprar algo para la comida o la cena.

El gran mercado cubierto era el hervidero de gente que Agnes y Francine recordaban, aunque ambas admitieron haber olvidado cuántos puestos había: verduras, quesos, carnes cocinadas y frescas, aceite de oliva, hierbas, *socca* —una fina torta de harina de garbanzo—, jabones, lavanda, nata, huevos, frutos del bosque y flores. Tras una rápida consulta, Francine compró queso, nata fresca, huevos y hojas de lechuga.

—Listo el almuerzo: tortilla de queso y ensalada.

Salieron por la entrada inferior y bajaron hacia el puerto. Francine y Agnes se maravillaban juntas de lo concurrido que estaba todo y, aun así, de lo poco que había cambiado. Al pasar delante del Hôtel de Ville, Agnes se detuvo y miró a su alrededor. Una de las cosas que procuraba evitar, si era sincera, era pensar en su matrimonio. Pero allí, frente a aquel imponente edificio decimonónico de cuatro

plantas, era inevitable. Al ver la bandera francesa sobre el pórtico de la entrada ondeando con la brisa marina, el recuerdo del momento en que su vida cambió para peor irrumpió en su conciencia, sin pretenderlo…

La niebla que la envolvió cuando Oscar le puso el anillo apenas se disipó en las semanas previas a la boda. Se sentía como en un trance mientras sus padres hablaban de los preparativos, elegía el vestido, probaba tartas y revisaba que el pasaporte estuviera en regla… Podía ser la década de 1960, como le había dicho a Oscar, pero los cambios de la época brillaban por su ausencia en su propia vida. Planes de fuga iban y venían en su mente: adónde ir, cómo sobrevivir, si encontraría trabajo, si sus padres la echarían de menos… ¿Se enfadarían? ¿La repudiarían? Theo la ayudaría a huir, pero ¿sería capaz de hacerlo?

Por un momento pensó incluso en buscar a su hermana, Denice, para pedirle consejo. Pero tampoco sabía por dónde empezar. Nadie había sabido de ella desde hacía un par de años; podía estar en cualquier parte del mundo. Podía incluso haber cambiado de nombre para dejar atrás el pasado.

Aunque su padre le había dicho a Theo que era imposible detener la boda y le había prohibido estar con ella, él siguió suplicándole que se plantara ante sus padres y Oscar y dijera «no»*. Desde la mañana en que apareció con un ojo morado no había dejado de rogarle que huyera con él, diciéndole cuánto la amaba y que la cuidaría.*

Cuatro noches antes de la boda, Oscar se marchó a Mónaco con unos amigos para «su último fin de semana de libertad», como bromeó con Agnes, que sabía que no lo decía en serio. Era un mujeriego —como había dicho Theo con delicadeza—, y no parecía

probable que eso cambiara tras casarse. Oscar invitó a Theo a Mónaco con un «vente si quieres, me da igual si no vienes», que él rechazó de plano. En lugar de eso, Theo la convenció para pasar con él la tarde del sábado en Antibes y tener una última cena juntos. La verdad era que no necesitó mucha persuasión. En aquellos últimos días, sus sentimientos por Theo gobernaban su corazón. De haberse casado con él, habría sido la chica más feliz del mundo.

Antibes aquella tarde fue maravillosa. Pasearon de la mano por las murallas, tomaron glace *y caminaron por las callejuelas del casco antiguo. En una de las calles escondidas, Theo la llevó a una joyería y le compró un colgante con un nudo celta, que le abrochó con cariño al cuello. Luego se acercaron al puerto, donde estaban amarrados los yates privados. Todo el tiempo fueron conscientes de que estaban fabricando recuerdos que tendrían que durarles toda la vida. Theo le había dicho antes mientras paseaban que se marchaba la mañana de la boda. La banda tenía contratada una gira por Europa y estaría fuera durante meses.*

Justo cuando Agnes empezaba a tener hambre y a preguntarse dónde cenarían, Theo se detuvo ante un yate a motor lustroso y bien mantenido, con un letrero atado a los cables de la borda que decía «Disponible para alquilar», y saludó en voz alta. Al instante apareció un hombre en la cubierta de popa.

—Monsieur Bois. Todo listo para usted y su esposa. El cáterin ya ha llegado. El champán está en la nevera. Si surge algo, estoy en el tercer yate en esa dirección —señaló a su derecha—. La hora de Cenicienta son las diez. Disfruten. —Y saltó a tierra.

—¿Has alquilado el yate para esta noche? —preguntó Agnes, decidiendo no cuestionar que el hombre la hubiera tomado por la

esposa de Theo. Fingiría y atesoraría la idea imposible de que fuera verdad, al menos por unas horas.

—Durante tres horas —confirmó Theo—. Tendremos más intimidad que en un restaurante. Ya sabemos que Oscar tiene ojos por todas partes.

—¿Ese es el motivo del ridículo seudónimo de Bois? —se burló Agnes.

Theo asintió.

Ella se puso a curiosear. Una cocina, un salón con sofás de cuero blanco y cojines de terciopelo escarlata, un cuarto de baño con una ducha amplia. Había decoraciones doradas y de mármol por todas partes. Agnes se quedó boquiabierta: nunca había visto un baño tan recargado. Un pasillo angosto, con dos camarotes a cada lado, conducía a la cabina principal, en la proa. Cuando regresó al salón, Theo trasteaba con el equipo de música. Una botella de champán abierta reposaba sobre la mesa junto a dos copas. Metió una cinta, pulsó un botón y, cuando la música empezó a sonar, Agnes susurró:

—Ojalá no te fueras.

—Cambia de idea y ven conmigo. Por favor —suplicó Theo, volviéndose hacia ella.

—No puedo. —No fue capaz de decirle cuánto deseaba huir con él y apartó la mirada, mordiéndose el labio.

Él la atrajo con suavidad, la rodeó con los brazos e inclinó la cabeza para besarla. Agnes respondió al beso, se dejó ir contra su cuerpo y supo que era incapaz de detener lo que viniera. Y que no quería detenerlo.

Un rato después, tendida en los brazos de Theo, jugando con el colgante y escuchando las emotivas palabras de «The Windmills of

Your Mind» flotando en el aire, Agnes se enjugó una lágrima. Una lágrima de felicidad. Una lágrima por lo que pudo ser. Una lágrima por lo que nunca sería.

Y nunca más escucharía «The Windmills of Your Mind» sin llorar y recordar la noche más maravillosa de su vida.

Dos mañanas después no hubo rastro de Theo cuando ella llegó al Hôtel de Ville de Cannes. Fiel a su palabra, se había ido. En aquel instante Agnes comprendió que, si él hubiera estado allí y le hubiera tendido la mano, la habría tomado y habría huido con él, fuera cual fuese el precio. Sabía que su vida sin Theo iba a ser triste.

Incluso mientras entraba del brazo de su padre, apretando el ramo contra el pecho como si fuera un escudo, y dejándose situar junto a un Oscar sonriente, seguía preguntándose en su fuero interno qué demonios estaba haciendo. No debía estar allí. Amaba a Theo, no a Oscar. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Solo cuando el alcalde terminó su alocución de apertura de la ceremonia legal, asumió por fin que había dejado pasar el momento de impedir su boda inevitable con Oscar. No era lo bastante valiente para decir que no a mitad del acto, no con sus padres a su lado en aquella sala donde se celebraba el breve trámite, revestida de madera y con el techo decorado. Los humillaría a ellos y a Oscar. No podía hacerlo. Y quién sabía cómo reaccionaría Oscar o qué venganza llevaría a cabo.

Estuvo distraída durante el resto de trámites legales, sabiendo que, al salir de la sala, sería otra persona. La señora Agnes Agistini. Quienquiera que ella resultara ser.

Por desgracia, Agnes Agistini, cuyo apellido de soltera era Bernard, probó en sus propias carnes el viejo tópico de «los palos que da la vida»…

Agnes tragó saliva. Como decía otra canción popular de entonces, «Puppet on a String», se había dejado manejar por sus padres y por Oscar. Él quería una esposa a la que pudiera controlar para mostrarse ante el mundo como un hombre casado respetable. Sus padres —especialmente su padre— querían verla casada antes de su mayoría de edad, mientras aún tuvieran la última palabra sobre su vida. ¡Qué ilusa y pusilánime había sido al aceptar lo que fue prácticamente un matrimonio concertado! La relación con sus padres nunca se recuperó de lo que ella consideró una traición. Si hubiera tenido el valor de huir con Theo, toda su vida habría sido distinta.

—*Maman,* ¿estás bien? —preguntó Francine, tocándole suavemente el brazo.

Aquel contacto la devolvió al presente y asintió.

—¿Nos tomamos ese café prometido? —dijo, dándose la vuelta y alejándose del Hôtel de Ville.

—Hay una cafetería estupenda justo aquí. —Zazz señaló al otro lado de la calle.

—¿Te lo ha chivado tu amigo Google, supongo? —quiso saber Francine.

Zazz negó con la cabeza, impaciente.

—No. Oscar me hizo un *tour* cuando vine. —Y, volviéndose hacia su madre, añadió—: Siento haberlo dicho así, pero no puedo seguir fingiendo que no he estado aquí antes.

—Antes no parecía preocuparte la honestidad —replicó Francine con acritud.

—Basta —pidió Agnes, mirando a una y otra—. No tiene ningún sentido pelearse por algo que no se puede cambiar. No deberías haber venido a escondidas —añadió, clavando en Zazz una mirada

severa—. Pero nosotras, Francine, tenemos que aceptar que ha ocurrido y seguir adelante. —Tomó aire—. Cuesta creer que ya no esté y que ya no forme parte de nuestras vidas, pero Oscar está muerto. Vayamos a la cafetería y tomemos un cruasán de albaricoque con nuestro café.

El local le resultaba extrañamente familiar a Francine. Una vez se sentaron dentro —las mesas de la acera estaban todas ocupadas—, miró alrededor. Tres décadas atrás la decoración era un residuo de los setenta, y el dueño, gruñón, apenas toleraba a sus clientas adolescentes. En la actualidad era luminoso y moderno, con arte contemporáneo en las paredes y cómodas sillas de ratán. El barista, atareado con la gran cafetera, le sonaba de algo —probablemente era la versión adulta de alguien a quien había conocido—, pero, aunque ella le devolvió la mirada, él no volvió a fijarse en ella, tan ocupado como estaba.

Mientras sorbía el café, Francine se preguntó si alguna de sus viejas amistades seguiría por allí y esbozó una sonrisa resignada. Treinta y seis años habían pasado desde su marcha: era altamente improbable que la reconocieran, o que ella los reconociera, incluso si alguien de su pasado seguía en Cannes. Aun así, no pudo evitar echar una segunda ojeada al barista maduro y quedarse pensativa.

Agnes confesó sentirse algo cansada mientras terminaban el café y, en lugar de cruasanes, unos deliciosos *éclairs* de café.

—Creo que por hoy ya he visto bastante.

—¿Estás bien? —preguntó Francine, inquieta.

—Estoy bien, pero me vendrá bien descansar antes de la reunión de esta tarde.

De regreso a la casa se encontraron con Theo y Cerise, que fue directa hacia Zazz. Entre risas, ella tomó la correa y la llevó el resto del camino. Mientras Agnes se retiraba a descansar, los otros prepararon el almuerzo con las compras del mercado.

—Espero que mi madre esté bien —expuso Francine, rallando el queso para las tortillas—. Ojalá este viaje no la esté superando.

Theo la miró.

—Creo que los recuerdos que le está despertando son muy duros para ella. Debemos procurar que no caiga en la melancolía.

Capítulo 18

La notaría, situada en una callejuela cercana a la Croisette, tenía un aire anticuado y solemne. Les condujeron a la sala de reuniones donde les esperaba el notario, monsieur Caumont. Tras saludarse con un apretón de manos, tomaron asiento alrededor de una larga mesa de roble pulido, cuyas sillas a juego tenían asientos acolchados de cuero verde. El notario se sentó en la gran silla de madera tallada presidiendo la mesa, con una gruesa carpeta de documentos frente a él.

Miró a Agnes.

—Como esposa del difunto, usted…

—Exesposa —interrumpió Francine—. Se divorciaron hace años.

—*Non.* No lo creo —replicó el notario con calma—. He sido el notario de monsieur Agistini durante muchos años; si se hubiera divorciado, lo sabría. Y monsieur Agistini se refiere a usted como su esposa en su testamento más reciente, fechado hace seis meses. Tengo una copia aquí —dijo, pasando un sobre grande por la mesa hasta Agnes.

Francine abrió mucho los ojos y miró a su madre.

—Seguíamos casados —dijo Agnes en voz baja.

Francine cerró los ojos y negó con la cabeza, incrédula.

—Prosigamos —dijo el notario—. Agnes, como esposa del fallecido, hereda el derecho a residir en la casa hasta su muerte o, si decide mudarse, una cuarta parte del valor total de la herencia. Usted, Francine, como hija única, hereda el resto. También hay un pequeño legado de cinco mil euros para Jasmine Mansell. Se aplican

las normas habituales del derecho sucesorio francés. *Mais…* —hizo una pausa— la razón por la que les he pedido venir no es que el testamento sea complicado, sino que ha surgido una complicación aparte: alguien ha comparecido alegando ser hijo de monsieur Agistini y, por tanto, con derecho a una parte de la herencia. Si la reclamación resultara verídica, habría que modificar la aplicación del testamento.

—¿Al ser varón tendría más derecho que los demás? ¿Más que mi madre? —preguntó Francine.

—No un derecho mayor, sino compartido. Todos los hijos, legítimos o no, tienen los mismos derechos. En este caso, ustedes dos compartirían el remanente de la herencia tras la cuarta parte correspondiente a madame Agistini.

El silencio que siguió fue denso. Agnes fue la primera en romperlo.

—¿Sabemos el nombre de ese hombre?

—Serge Cortez.

—¿Y no usaría el apellido Agistini si realmente fuera hijo de Oscar? —preguntó Zazz.

—Su madre optó por no inscribir al padre en el certificado de nacimiento —otra *petite complication—,* así que utiliza el apellido del marido de su madre. Su propio hijo también lo usa.

—¿Qué edad tiene ese Serge Cortez? —preguntó Agnes en voz baja.

—Cincuenta y un años.

Agnes asintió lentamente, pensativa.

—Vino a verme con su madre, y ella firmó una declaración jurada asegurando que Oscar era el padre de su hijo. Sin embargo —añadió

el notario tras una breve pausa—, incurriría en falta profesional si no les aconsejara solicitar al tribunal autorización para una prueba de ADN que lo confirme. Ya se lo he explicado a ellos. Desgraciadamente, no están contentos con la idea, aunque saben que no tienen otra opción si quieren continuar con la reclamación.

—¿Y si mienten? —dijo Francine.

—Le dejé muy claro a madame Cortez las consecuencias legales de mentir en un caso así, y me aseguró que solo ahora deseaba contar la verdad por su hijo. Finalmente ha aceptado someterse a la prueba, pero con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Theo.

—Que usted, madame Mansell, demuestre también mediante ADN que es hija de monsieur Agistini.

—Eso es absurdo —replicó Francine con indignación—. Mis padres estaban casados cuando nací. Claro que él era mi padre. Además, ¿cómo podría hacerse una prueba de ADN? Tengo entendido que se necesita saliva o un cabello, y Oscar está muerto y ya incinerado.

—Aun así, es posible una prueba de paternidad —explicó el notario—. Requeriría la participación de ambas madres, además de usted y de Serge. Si la casa aún no se ha vaciado ni limpiado, quizá convendría revisar el dormitorio de Oscar. Podría haber un peine con cabellos entre las púas. —Se encogió de hombros—. Sería útil, para simplificar el proceso.

Francine suspiró.

—*D'accord.* Pero ¿no podríamos hacer una prueba de paternidad por nuestra cuenta? No hace falta implicar al tribunal; eso solo retrasará todo.

Monsieur Caumont negó con la cabeza.

—Las pruebas de ADN privadas son ilegales en Francia. Solo pueden hacerse con autorización judicial.

—¿Y si simplemente aceptamos que ese hombre es hijo de Oscar, basándonos en el juramento de su madre, y seguimos adelante? —preguntó Agnes con serenidad.

El notario la miró con gesto serio.

—¿Haría usted eso?

—*Maman,* no deberías aceptar la palabra de un desconocido y ceder nuestros derechos —protestó Francine.

—Coincido con su hija y se lo desaconsejo firmemente —dijo monsieur Caumont—. Aunque la declaración jurada hace muy probable que Serge Cortez sea efectivamente hijo ilegítimo de monsieur Agistini, debe verificarse. Y eso, a mi juicio, solo puede confirmarse mediante una prueba oficial de ADN.

Agnes suspiró.

—Necesito asimilar esta noticia y pensar qué hacer.

Theo empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Es mucho que procesar. Necesitamos comentarlo entre nosotros. ¿Podemos concertar otra cita en unos días?

El notario asintió, guardando la carpeta y sacando un sobre sellado, que luego colocó sobre la mesa.

—Por supuesto. Serge Cortez me pidió que les entregara esto al final de la reunión —informó, tendiéndoselo a Agnes—. Me explicó que procede de su madre. Si su contenido les plantea algún problema, agradecería que me lo hicieran saber. *D'accord?*

—*Merci* —respondió Agnes, guardando el sobre en el bolso junto con la copia del testamento que el notario le había entregado antes.

—Permítanme acompañarles a la salida. Nos vemos en unos días, entonces, y confío en que habrán decidido autorizarme a iniciar el trámite para las pruebas de ADN. *À bientôt.*

Capítulo 19

De vuelta en casa, y aunque apenas eran las tres de la tarde, Theo sirvió una generosa copa de vino para cada uno y colocó cuencos con patatas fritas y anacardos sobre la mesa del patio.

Francine dio un largo pero lento trago de su vino rosado antes de volverse hacia su madre.

—Francamente, no me puedo creer que siguieras casada con Oscar. ¿Por qué demonios no te divorciaste de él?

Agnes se encogió de hombros.

—Bueno, no me veía volviendo a casarme, vivíamos en países distintos y los divorcios son caros, así que pensé que no tenía mucho sentido. Y al principio también me preocupaba que Oscar me diera problemas con respecto a ti.

Zazz cogió un puñado de patatas.

—Pero una vez que mamá se casó, podrías haberte divorciado.

—Me lo planteé hace unos años —admitió Agnes—, pero Oscar opinaba que, después de tanto tiempo separados, un divorcio sin culpa era innecesario. Que podíamos seguir como estábamos. La verdad es que supongo que le convenía decir que tenía una esposa en alguna parte, aunque nunca apareciera. Y sabiendo lo complicado que era, la cantidad de papeleo que implicaría entre los tribunales franceses e ingleses, no tuve fuerzas para pelearlo. Ahora ya no tengo que hacerlo. Por fin soy libre. —Sonrió y bebió un largo sorbo de vino.

—Bueno, sea como sea lo de ese tal Serge, al menos vas a recibir por fin algo de dinero de Oscar, como su viuda —dijo Francine—. Te

guste o no.

—Hablando de Serge, aún no has abierto el sobre que te dio el notario —observó Theo en voz baja.

Agnes tomó su bolso de al lado de la silla, sacó el sobre y lo abrió con cuidado.

—¿Es de su madre, como dijo? —preguntó Francine.

Agnes miró la firma y asintió.

—Sí. Está firmado por Rachel Cortez. —Leyó en silencio la breve carta y levantó la vista—. Solo dice que quiere que nos reunamos, que hablemos. —Volvió a doblar la carta y la guardó en el sobre.

—¿Vas a reunirte con ella? —preguntó Francine—. No estoy segura de que sea buena idea… depende de lo que quiera o de lo que pretenda conseguir. Si decides verla, voy contigo. —Levantó la mano antes de que Agnes pudiera responder—. No es negociable.

—Lo pensaré —cedió Agnes—. También deberíamos conocer a Serge, creo.

Theo rompió el silencio que siguió a sus palabras.

—El notario no mencionó ningún otro legado —dijo pensativo—. Pero no sé qué pasará ahora con el desalojo de la casa. Imagino que tendremos que esperar hasta saber la verdad sobre Serge, y eso puede llevar semanas, incluso meses.

—¿Crees que querrá algo más además de su parte de la casa cuando se venda? —inquirió Francine—. ¿Y si decidimos no venderla enseguida? ¿Podríamos hacerlo? Si tú y yo nos unimos contra él… Podríamos venir de vacaciones. Usarla como segunda residencia. Pasar los inviernos aquí, al sol. Incluso podrías volver a vivir en ella, *Maman,* si quisieras.

—No tengo la menor intención de quedarme, ni mucho menos de vivir en esa casa otra vez —respondió Agnes con firmeza—. Quiero ponerla en venta cuanto antes.

—Me temo que esto se va a alargar durante semanas, como todo en Francia —repuso Francine—. No estoy segura de querer quedarme aquí sin hacer nada. Si no podemos empezar a despejar la casa, quizá deberíamos pensar en volver a Inglaterra y regresar dentro de un par de semanas. No soporto estar de brazos cruzados. —Soltó un suspiro pesado—. Todo se ha complicado muchísimo con esta reclamación.

—Yo no pienso irme —anunció Zazz—. No hay nada por lo que tenga que volver a toda prisa.

—¿Cómo que no? Tienes trabajo, responsabilidades y un alquiler que pagar —replicó Francine, tajante.

Zazz negó con la cabeza y respiró hondo.

—Ya no. He dejado el trabajo, he dejado el piso compartido y ya tenía planeado pasar al menos los próximos nueve meses o un año aquí. Si no más. —Sus palabras cayeron como una bomba.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? —consiguió preguntar Francine, fulminándola con la mirada. ¿Acaso ese día podría depararle aún más sorpresas?

—Desde finales del año pasado.

—¿Y no se te ocurrió mencionarlo antes?

—Iba a venir a casa para contártelo, hablarlo contigo, comprar el billete… y entonces murió Oscar y todo cambió. Y no te preocupes, te devolveré el dinero del billete.

—Eso es lo que menos me preocupa —la cortó Francine—. ¿Qué vas a hacer aquí? ¿Dónde piensas vivir? ¿Y el dinero? Vivir aquí es

caro.

Zazz contuvo un suspiro.

—Mamá, ya no soy una niña. Sé cuidarme. Tengo todo organizado y tengo ahorros. Ya sabes que llevo un par de años con el blog y, en el último año, he aumentado mucho mis seguidores, tanto en el blog como en otras redes: Instagram, YouTube… Ahora necesito mantener este ritmo de crecimiento y ampliar el contenido.

—No pretenderás vivir de las redes sociales —dijo Francine, incrédula.

Zazz asintió.

—Sí. Pero, si hace falta, buscaré otro trabajo a media jornada en verano para tener algo de efectivo.

—¿Y dónde vas a vivir? Los pisos aquí, incluso los estudios, cuestan una fortuna.

Zazz vaciló un instante antes de contestar.

—Oscar dijo que podía quedarme con él todo el tiempo que quisiera. Espero que tú y la abuela —añadió, y le dedicó una sonrisa a Agnes— mantengáis ese acuerdo, al menos hasta que vendáis la casa con este nuevo pariente nuestro. Si no, buscaré otro sitio. —Se sirvió un puñado de anacardos del cuenco—. He quedado con una amiga para cenar *pizza,* así que me vuelvo ya. Nos vemos luego. —Y, antes de que Francine pudiera responder, atravesó la casa y salió por la puerta principal.

—No llevamos ni veinticuatro horas aquí… ¿cómo demonios ha hecho una amiga tan rápido? —preguntó Francine, mirando primero a Agnes, que se mordía el labio, y luego a Theo—. Es impensable que viva sola en la casa de Oscar —añadió con frustración—. ¿Y qué ha querido decir con lo de «otro trabajo»?

Sus hombros se hundieron. ¿Qué le pasaba a Zazz? ¿Y por qué Agnes le había hecho creer siempre que se había divorciado de Oscar? ¿Cuántos secretos más iban a salir a la luz en los próximos días?

Capítulo 20

Una vez que estuvo en casa, Zazz encendió el portátil e intentó concentrarse en investigar más sobre los viñedos de la isla de Saint-Honorat, donde los monjes de la abadía elaboraban vinos y licores de fama mundial. La historia del Hombre de la Máscara de Hierro en la otra isla, Sainte-Marguerite, también le parecía fascinante. La poca información que había leído sobre ambas en los folletos turísticos que había cogido le dio un par de ideas para reportajes más extensos.

Sin embargo, su mente seguía dándole vueltas a la reunión en la notaría. Trató de descifrar el grado de parentesco que tenían con el hijo ilegítimo de Oscar: la abuela Agnes sería su madrastra; su madre, su hermanastra… y ella, su sobrina. Y Theo tendría otro sobrino. De la noche a la mañana, aquella familia disfuncional se había expandido. Sin embargo, tener que compartir la herencia de la casa con un completo desconocido era un golpe bajo para su abuela y su madre. Aun así, ella agradecía los cinco mil euros que Oscar le había dejado.

El otro asunto que no la dejaba concentrarse era si su madre y la abuela Agnes aceptarían que se quedara en la casa, al menos durante las próximas semanas. Era evidente que no estaban nada contentas con ella tras oír sus planes. Mel le decía que no se preocupara, que siempre podría quedarse en su casa hasta encontrar algo, y aunque era un alivio contar con ese plan B, Zazz deseaba con todas sus fuerzas mantener su plan inicial. Aunque solo

fuera para demostrarles a sus padres que era capaz de organizar su vida a su manera.

Le llegó un mensaje de WhatsApp. Rufus. Otro *gif* con un pulgar arriba que contestaba a la foto matutina de los barcos, sin texto. Zazz fulminó el teléfono con la mirada. Vale, entendía que le había hecho daño por no contarle sus planes, pero contestar sin escribir una sola palabra era un poco mezquino. Pulsó para llamarlo, decidida a intentar limar asperezas entre los dos. La llamada fue directa al buzón de voz. Dejar un mensaje no serviría de nada. Quería hablar con él. Al final le escribió:

> Tengo un montón de cosas emocionantes que contarte. Llámame, por favor. x

Un instante después sonó otro mensaje:

> Me han ofrecido un trabajo nuevo. Me voy a Estados Unidos en diez días. Que te vaya bien en la vida.

Zazz se quedó mirando el texto casi un minuto sin poder creer lo que había leído antes de marcar su número con la mano temblorosa. Necesitaba hablar con él.

La había bloqueado. El hombre que la había acusado de dejarlo fuera de su vida, el mismo que había dicho «yo nunca te apartaría de mi vida así», acababa de hacerlo. Rufus la había dejado. ¿Estaría planeando hacerle lo mismo mientras la acusaba de engañarlo y de ocultarle sus planes para dentro de una semana? Bueno, al menos ahora ya sabía a qué atenerse. Rufus pasaba a formar parte del

pasado y ella estaba en el sur de Francia, decidida a que su nueva vida saliera bien.



Después de que Zazz se marchara, Francine lavó las copas de vino. Les comentó a Agnes y a Theo que iba a dar un paseo por el puerto y luego volvería a la casa de Oscar. Luego añadió:

—Necesito la brisa del mar para despejarme.

No dijo que necesitaba con urgencia un rato a solas para llamar a Edwin e intentar dar sentido a todo.

—¿Seguimos el ejemplo de Zazz y vamos a por una *pizza* esta noche? —sugirió Theo.

—Buena idea —asintió Francine—. ¿Nos vemos aquí hacia las siete?

Al salir de casa de Theo, Francine bajó despacio hasta el puerto viejo y se puso a pasear. Un fuerte olor a pescado impregnaba el aire mientras pasaba junto a dos o tres pescadores que, sentados sobre nasas de langosta volcadas, remendaban sus redes en el muelle. Ninguna de las embarcaciones amarradas a lo largo del muelle era tan grande como las que estaba acostumbrada a ver en Dartmouth, con sus amplias timoneras y grandes motores interiores. Aquellos barcos de trabajo de madera, apenas mayores que un dingui grande y con pequeños motores intraborda o un único fueraborda sujeto al espejo de popa, le parecían más propios de un lago interior que del Mediterráneo. Por un momento se preguntó cómo demonios conseguían capturar suficiente pescado si se ganaban la vida con barcas tan pequeñas.

Más adelante, pasó junto a varios pequeños veleros de fibra antes de detenerse a admirar un precioso velero clásico, con el casco barnizado y los herrajes de acero reluciendo al sol de la tarde. Un hombre que estaba atareado adujando cabos por el costado de babor de un yate volvió la vista hacia ella, y Francine lo reconoció: era el barista que había visto por la mañana en la cafetería. Tenía la certeza de que lo conocía, de que había formado parte de su pasado. Al quedarse mirándolo, tratando de averiguar quién era, él le sonrió.

—Me pareció que eras tú esta mañana. ¿Quieres subir a bordo, Frankie?

Lo miró, sobresaltada. Nadie la llamaba Frankie desde hacía años, y solo había una persona que se atreviera a hacerlo.

—¿Piers?

—El único e inigualable. —Le tendió la mano para ayudarla a subir a bordo—. Esta mañana me pareció que eras tú, pero estaba demasiado liado como para acercarme a comprobarlo. Sigues teniendo esa sonrisa tan bonita.

—Me sorprende que me hayas reconocido —admitió Francine—. Había algo en ti que me resultaba familiar, pero no acababa de identificarte. Y la cafetería era distinta. —Le sonrió—. Acabo de caer: es el pelo.

El pelo de Piers siempre había sido su cruz y la envidia de todas sus amigas. Espeso y rizado, su padre insistía en rapárselo, cosa que él odiaba. Ahora lucía destellos plateados y grises entre los rizos negros y, aunque por la mañana lo llevaba recogido en un moño, ahora estaba suelto y salvaje.

—Te queda muy bien.

—Gracias. A mi padre todavía no le gusta. Qué alegría verte. Me enteré de lo de Oscar. ¿Por eso estás aquí?

Francine asintió, agradecida de que Piers no le hubiera dado el pésame.

—Sí. Es la primera vez en treinta y seis años, y, la verdad, me resulta rarísimo estar de vuelta.

—¿Un café? ¿O una copa de vino?

—Una copa de vino me vendría de maravilla —aceptó Francine—. Ha sido un día… intenso.

—Siéntate en la cubierta y traigo una botella y unas copas. Así nos ponemos al día.

Francine se acomodó donde le había indicado y dejó que los recuerdos la transportaran a aquellos días en que Piers y ella formaban parte del grupo con el que había pasado esas dos semanas cada verano. En aquellas últimas vacaciones antes de cumplir los dieciocho, la pandilla apuró al máximo la libertad, que estaba a punto de acabársele. A todos les aguardaba la universidad o el trabajo, y sabían que su vida daría un giro de ciento ochenta grados. Pasaban día tras día nadando, navegando, haciendo pícnics bajo las estrellas, en la playa, y realizando travesías nocturnas hasta Sainte-Marguerite. El cambio drástico de su propia vida, cuando Oscar prácticamente la echó de casa, la pilló desprevenida. Nunca había imaginado que fuera a perder el contacto con sus amigos así, de la noche a la mañana.

Piers subió a la cubierta con una botella y dos copas. Al brindar, dijo:

—*Santé.* Por los viejos amigos.

—Por los viejos amigos —repitió Francine.

Recordaba lo unidos que habían estado aquel último verano. No tuvo tiempo de ver a nadie antes de volar a casa. Además, estaba demasiado destrozada para intentar despedirse, y menos de Piers. No pudo contarle lo sucedido. Ojalá hubiera sabido que pasaría tanto antes de volver a verlo.

Piers dio un sorbo antes de mirarla.

—Después de que desaparecieras sin despedirte, fui a ver a Theo. Me explicó lo que había pasado con Oscar y que no sabía cuándo volverías o si lo harías. Me aconsejó tener paciencia.

—Eso suena a Theo. Llego años tarde para pedir perdón, pero lo siento: me marché así, sin decirte que tenía que irme.

—Fui paciente, como dijo Theo. Esperé noticias tuyas antes de irme a la uni. Pero… —Piers le lanzó una mirada entre apenada y divertida— la vida se me echó encima. Me metí en mil cosas y me llevaron hasta donde estoy ahora. Ya sabes: la vida está llena de los caminos que podríamos haber tomado, ¿no?

—Sí. ¿Has sido feliz? —preguntó Francine en voz baja—. Al final es a lo que podemos aspirar: estar contentos con lo que nos toca, pese a todo lo que hacemos por sabotearnos. —Mientras hablaba, se dio cuenta de que Oscar, con su empeño por lo material y su afán de control, probablemente nunca había sido feliz de verdad.

—Sí. Tengo familia y me va bien —sonrió Piers—. ¿Y tú?

—También. Dejando aparte las circunstancias actuales, tengo una vida feliz —sonrió Francine—. Es un barco precioso. ¿Es tuyo? Recuerdo que te chiflaba navegar.

Piers asintió.

—Todo mío. Si te apetece salir a navegar mientras estás aquí, dilo. ¿Has venido sola?

—Estoy con mi madre y mi hija. Háblame sobre tu familia.

—Tengo dos hijos y una hija. Dominic, que trabaja conmigo en la cafetería desde que la heredé de mi padre, y André, que está a tiempo parcial. Mi hija, Armelle, es un espíritu libre, pero con las ideas claras: ya ha montado su propio negocio. Mi esposa se fue hace unos años con el dueño de un superyate.

—Lo siento.

Piers se encogió de hombros con filosofía mientras rellenaba las copas.

—A Mimi siempre le gustaron las luces y los hombres de mucho dinero. Sinceramente, me sorprendió que aguantara conmigo veinte años.

—¿Te casaste con Mimi? —Francine no pudo ocultar la sorpresa—. Nunca habría pensado en vosotros dos como pareja. Recuerdo que siempre estabais a la gresca cuando salíamos todos juntos.

—Theo me dijo que tú te casaste con un inglés hace años, ¿no?

—Sí, Edwin. Tenemos una hija, Zazz. En realidad se llama Jasmine, pero odia el nombre, demasiado pasado de moda para ella. —Francine se encogió de hombros—. El nombre que use es lo que menos me preocupa ahora mismo.

Piers la miró, esperando que siguiera. Cuando lo hizo, fue para cambiar de tema: no quería hablar de sus problemas con Zazz.

—La cafetería de esta mañana… No recuerdo que fuera de tu familia. Recuerdo que teníais una cerca del mercado.

—La ubicación de la actual es mucho mejor desde un punto de vista comercial —explicó Piers—. Una de las primeras cosas que hice fue vender la antigua y comprar esta.

—¿Y cómo acabaste al frente del negocio familiar? Recuerdo que ibas a viajar después de la uni y luego…

—Iba a cambiar el mundo —rio Piers—. Viajé seis meses y luego tuve que abrir los ojos. Me necesitaban aquí, así que… —Bebió un trago—. Me sorprende lo mucho que me gusta el café. Además, puedo salir a navegar con esta belleza varias veces por semana.

—Oscar tenía un barco, por lo visto. ¿Sabes dónde lo amarraba? ¿Cómo era? —preguntó Francine, mirando las embarcaciones del muelle.

—Está en el puerto de Golfe-Juan. Tuvo suerte: el amarre venía con el barco; ahora hay listas de espera larguísimas. Es una lancha de quince metros. No recuerdo el nombre.

—Bastante grande, entonces. Tendré que pedirle a Theo que averigüe qué le ha pasado… si lo sabe. —Francine apuró su copa—. Será mejor que vuelva a la casa. Ha sido genial ponernos un poco al día.

—Estoy aquí la mayoría de las tardes —dijo Piers, poniéndose en pie y cogiendo su copa—. Ven a saludar cuando quieras. Seguro que nos queda mucho por contarnos.

—Pues no me vendría mal escapar un poco del lío familiar por el testamento de Oscar —reconoció Francine. Se incorporó y aceptó la mano que él le ofrecía para subir a la popa del velero—. No conocerás por casualidad a un tal Serge Cortez, ¿verdad?

Piers frunció el ceño, pensativo.

—*Non.* No me suena. ¿Es importante?

Francine torció el gesto.

—Quién sabe. Pero puede que sea mi medio hermano.

—Con la fama de Oscar, no me extrañaría. Ojalá sea solo uno. Lo siento, Frankie —se disculpó al ver el gesto de ella.

Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada. Ni se me había ocurrido que pudiera haber más. Por el bien de mi madre, espero que te equivoques. —Francine saltó al muelle y se volvió hacia Piers—. Gracias por el vino.

—*Ciao.*

Francine subió de vuelta a Le Suquet, sumida en sus pensamientos. Ver a Piers había desatado una avalancha de recuerdos y, además, le había hecho plantearse nuevas cuestiones sobre lo que estaba haciendo Zazz. También sobre Oscar. ¿Había sido él quien había metido en la cabeza de Zazz la idea de venirse a vivir aquí? ¿O Zazz tenía segundas intenciones cuando decidió visitar y conocer a su abuelo a escondidas? Por mucho que Zazz dijera que se alegraba de haberlo conocido y de lo bien que se llevaron, Oscar sin duda habría aprovechado la situación. Tenía que haber un motivo oculto para que la invitara a vivir allí. Era imposible que lo hubiera hecho por pura bondad. Francine suspiró profundamente. Sabía exactamente cuál habría sido su motivo: quería poder regodearse de haber logrado alejar a su nieta de su madre y, sobre todo, de su abuela.

Pero su mayor epifanía llegó cuando metió la llave en la puerta de la casa de Oscar. Zazz había planeado hacer exactamente lo que a ella misma le habían ofrecido: quedarse con Oscar y vivir en la Riviera francesa. Su hija había aprovechado la oportunidad que la propia Francine, durante una gran parte de su vida, había lamentado rechazar. Al mismo tiempo, era consciente de que había hecho lo único que podía. En realidad, nunca tuvo elección. Tras los sacrificios

y las penurias que Agnes había soportado por ella, abandonarla para venir a vivir aquí con Oscar jamás había sido, ni por un instante, una posibilidad real en su mente.

Capítulo 21

Agnes se volvió hacia Theo cuando Francine cerró la puerta a sus espaldas.

—Si no te importa, creo que me iré un rato a mi habitación a descansar antes de salir a por la *pizza.* Ha sido un día agotador.

Theo la miró con inquietud.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Estoy bien. Hay mucho en lo que pensar.

Ya arriba, se sentó en la cama y, una vez que sacó la carta del sobre, volvió a leer su breve mensaje.

> Querida Agnes:
> ¿Podemos vernos? A solas. Hay ciertas cosas que agradecería poder contarte. Tomo café todas las mañanas a las once en la cafetería junto a la entrada del mercado. Espero verte allí algún día de estos.
> Rachel Cortez

Pensativa, Agnes guardó de nuevo la carta en el sobre y la dejó en la mesilla, mientras sus pensamientos la arrastraban una vez más, contra su voluntad, al pasado…

Cincuenta y tres años antes su vida había sido muy distinta. Francine, nacida nueve meses después de la boda y a la que todo el mundo consideró una hija de la luna de miel, vino al mundo tras un parto difícil de treinta y ocho horas, cuando los médicos le dijeron con amabilidad que aquella criatura sería su única hija. Algo que, en secreto, ella se alegró de oír, pues no deseaba arriesgarse a repetir

aquella experiencia tan larga y dolorosa. El mismo día que volvió del hospital descubrió que Oscar se había instalado en el cuarto de invitados. La sensación de alivio que la invadió al comprender que ya no compartirían cama vino acompañada de una punzada de culpa. Unas semanas después, al saber que Oscar seguía poniéndole los cuernos como había hecho durante su embarazo e incluso antes, todo atisbo de culpa desapareció. La vida le resultaba mucho más fácil cuando él veía a otra mujer. Sabía que no tenía ni idea de que ella estaba al tanto de sus devaneos y, aunque no le gustaba ni aprobaba aquella conducta en absoluto, si eso lo mantenía fuera de su cama, ella era feliz. Con cincuenta y un años, Serge Cortez tenía sin duda la edad adecuada para ser fruto de uno de los líos de Oscar en aquella época difícil.

Oscar prestó poquísima atención a la pequeña Francine. Una mañana se asomó al dormitorio y la miró dormir plácidamente en la cuna. «Si al menos hubieras sido un niño», murmuró antes de fulminar a Agnes con la mirada y marcharse. En sus inicios no fue, ni mucho menos, un padre presente.

Pasaron varios meses hasta que las cosas se asentaron en una especie de normalidad y Agnes pudo sentir que por fin lo estaba sobrellevando. Theo regresó de una gira exitosa y, tras un primer encuentro incómodo —en el que Agnes sintió que se le partía el corazón en dos—, consiguió ocultar sus sentimientos. Para su sorpresa, cuando ella sugirió con timidez que Theo fuera uno de los padrinos de Francine, Oscar estuvo de acuerdo.

Theo desempeñó un papel importante en la vida de ambas por entonces, y Agnes siempre le estaría agradecida por estar ahí, pese a lo cruel que fue con él al final…

Agnes tomó aire. ¿Qué debía hacer ahora, cincuenta y tantos años después, con ese tal Serge Cortez? En realidad no tenía elección. Rachel Cortez había hecho una sencilla petición: verse y hablar. Podría ayudarla a decidir si hacía lo que quería el notario y pedía que Francine se sometiera a una prueba de ADN o si seguía su intuición de que Serge era hijo ilegítimo de Oscar. Tenía que reunirse con Rachel Cortez. Y, pese a que Francine insistía en acompañarla, Agnes sabía que era algo que deseaba hacer sola.

Tras tomar la decisión, Agnes se levantó. Era el momento de arreglarse para ir a por la *pizza.* Cuando bajó diez minutos después, Theo estaba sentado a la mesa del salón trabajando con el portátil.

—¿Tomamos un vermut mientras esperamos a Francine? —preguntó Theo, cerrando el ordenador.

—Uno pequeñito me vendrá bien —sonrió Agnes. Se acercó a mirar la estantería mientras él servía las copas.

—Creo que a ninguno de los dos nos ha sorprendido la noticia de esta mañana, ¿verdad? —dijo Agnes en voz baja, repasando los lomos de los libros.

—*Non.* Seamos sinceros, ambos lo esperábamos. ¿Te dice algo el nombre de Rachel Cortez? —preguntó Theo al tenderle un vasito—. No me suena el apellido Cortez.

Agnes asintió.

—Tuve una amiga que se llamaba Rachel. No éramos íntimas, pero comimos juntas algunas veces. Creo que alquilaba una de las propiedades de Oscar, quizá sea ella. Pero su apellido era Dupont. Tal vez Cortez sea su apellido de casada.

—¿Irás a verla, como propone?

Agnes le dedicó una sonrisa resignada.

—¿Cómo no hacerlo? Pero pienso ir sola, por mucho que diga Francine. Así que, por favor, no lo menciones esta noche. También quiero conocer a Serge. Y —respiró hondo— creo que mañana por la mañana me gustaría subir a la casa. ¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto. No dijiste nada cuando Francine habló de volver a casa y regresar dentro de una o dos semanas. Si decide irse, ¿te irás con ella?

Agnes dio un sorbito a su vermut.

—Creo que debemos averiguar cuánto puede tardar todo, sobre todo si seguimos la vía del ADN que quiere el notario. Pero no, no me apetece volver a toda prisa. Ahora que estoy aquí, preferiría quedarme una temporada, si a ti te parece bien.

—Sabes que no necesitas ni pedirlo —dijo Theo—. Puedes quedarte para siempre si quieres. —Le dedicó una sonrisa inescrutable.

Agnes se la devolvió con una leve negación de cabeza. Sabía muy bien cuánto deseaba él que lo hiciera.

—Jasmine también parece decidida a quedarse aquí. Vaya. Eso sí que no esperaba verlo en tus estanterías. —Agnes se apartó con rapidez.

—¿Qué? —Theo miró hacia los estantes y comprendió enseguida a qué se refería Agnes—. *Désolé.* Lo había dejado ahí por el momento y se me olvidó llevármelo. —Alargó la mano, cogió la urna con las cenizas y la guardó en el armario empotrado bajo la escalera, donde no se veía.

—En algún momento tendremos que hablar en serio sobre qué hacer con ellas. Quizá Francine tenga alguna idea —dijo, al mismo tiempo que cerraba la puerta del armario.

—Ella ya ha propuesto tirarlas al Mediterráneo —rio Agnes—, que me parece tan buena idea como cualquier otra. Pero, si Serge Cortez es hijo de Oscar, y me da la sensación de que lo es, quizá quiera participar en la decisión.

Más tarde, mientras los tres daban buena cuenta de la *pizza* en un restaurante junto al mar, Agnes le contó a Francine que Theo había accedido a acompañarla a la casa al día siguiente. Ella asintió.

—Bien. Tenemos que empezar a pensar en qué podemos ir vaciando. Subid a media mañana, tomamos un café y luego revisamos juntas lo que hay y hacemos un inventario. No tiraremos nada hasta saber exactamente quién es ese Serge Cortez y si va a querer opinar sobre cómo nos deshacemos de las cosas, pero al menos podemos quitar la basura y adecentar un poco el sitio.

Capítulo 22

Mientras paseaban por las callejuelas que subían del bajo al alto Suquet a la mañana siguiente, con Theo llevando a Cerise con la correa, Agnes reprimió un escalofrío de aprensión. Oscar estaba muerto. Ya no podía hacerle daño físico, pero ¿y los recuerdos dolorosos que despertarían al estar en aquella casa? El recuerdo de lo indefensa e impotente que se había sentido, incapaz de detener lo que le estaba ocurriendo.

En apenas dos o tres años, su vida como la señora de Oscar Agistini había quedado completamente bajo el control de su marido. Adónde iba, qué ropa llevaba, qué comía, qué leía, adónde llevaba a Francine, las amistades que hacía… Todo lo decidía Oscar. Quizá, si no se hubiera quedado embarazada tan pronto, o si no hubiera sufrido unas náuseas tan terribles, habría estado más alerta a lo que comenzó a suceder durante aquellos nueve meses y se adueñó de su vida después. Aunque tenía serias dudas de que ella hubiera sido capaz de frenar su conducta coercitiva.

Cuando Theo abrió la puerta principal y llamó con un «Bonjour, Francine», Agnes respiró hondo. Solo era una casa en la que había vivido mucho tiempo atrás. Los recuerdos de aquella época debían permanecer sepultados en la vida de la mujer que había sido entonces, sin alterar a la que era ahora. Fingiría que toda la crueldad mental y todo el daño físico le habían sucedido a otra persona, alguien ajeno a ella. Al fin y al cabo, era una mujer distinta. Entraría y observaría la casa con desapego, como lo haría una extraña. Y, en

cierto modo, lo era: hacía tanto que no pisaba aquel lugar que era una desconocida.

—Estoy en la cocina —les avisó Francine—. Pasad.

La cocina había sido modernizada y Agnes exhaló un suspiro de alivio. Estaba tan distinta que le resultaba irreconocible, y se sentó con gusto a la mesa para tomar el café que Francine le sirvió.

—¿No está Jasmine? —preguntó Agnes.

—Está arriba, trabajando —respondió Francine—. Bajará más tarde, supongo.

Después del café, Francine cogió un cuaderno y un lápiz, y los tres comenzaron a recorrer la casa. Los recuerdos llegaron a Agnes lentamente, de forma discontinua. Los muebles del salón habían cambiado, pero entre ellos había un par de piezas del pasado. El escritorio donde Oscar llevaba la contabilidad de sus propiedades seguía en el mismo sitio, arrimado a la pared, con un maletín gastado apoyado al lado. Sobre la superficie de cuero había un MacBook Air. Agnes reconoció el sillón orejero frente al escritorio: en el pasado se encontraba en el dormitorio principal.

Un gran sofá de cuero estaba situado justo delante de la chimenea, dividiendo la habitación en dos y dificultando el paso. Las estanterías del lado izquierdo se habían retirado y en su lugar había una ancha repisa donde descansaba el televisor. Las del lado derecho seguían, aunque casi vacías: apenas unas revistas náuticas y un par de libros viejos de bolsillo. Nada en la estancia alteró el equilibrio de Agnes. La máscara de extraño desapego seguía intacta.

—¿Tenemos que revisar toda esta documentación? —preguntó Francine, de pie junto al escritorio, mientras abría algunos cajones. Revolvió entre varios archivadores del cajón superior—. Aquí hay una

carpeta con tu apellido, *Maman.* Oh, también hay un sobre grande con una nota que dice: «A la atención de Agnes Agistini». Me pregunto qué será. —Se lo tendió—. ¿Quieres abrirlo ahora?

Agnes, incómoda ante la posibilidad de lo que pudiera contener, negó con la cabeza. Prefería hacerlo en privado más tarde.

—Déjalo ahí. Lo cogeré cuando nos marchemos.

—El resto deben de ser papeles mezclados, algunos del negocio, otros personales —comentó Theo, uniéndose a Francine junto al escritorio—. Oscar cerró la empresa cuando se jubiló definitivamente, hace unos seis años, aunque a veces aparecía algún documento oficial que requería su firma. En Francia es complicado seguir trabajando después de jubilarse; decía que no valía la pena el esfuerzo.

—Esperemos que no sea muy complicado ni nos lleve demasiado tiempo revisarlo todo —dijo Francine.

—¿Quieres que lo haga yo por ti? —se ofreció Theo—. Probablemente me resulte más fácil.

—*Merci,* Theo, acepto encantada —suspiró Agnes, aliviada, mientras salían de la estancia y subían al piso superior. Allí no habían aflorado recuerdos dolorosos.

Francine abrió la puerta del dormitorio en el que se estaba alojando.

—Solo hay que revisar los muebles. Los armarios y cajones están vacíos, salvo por mis cosas, claro. Ahora, el dormitorio de Oscar —continuó, caminando por el pasillo. Agnes miró la puerta cerrada que quedaba atrás—. Parece que dejó de usar esta habitación hace años.

Miró a Theo, que asintió.

—Nunca dijo por qué dejó de utilizarla. —Se encogió de hombros —. Solo comentó que prefería la otra.

Agnes entreabrió la puerta unos centímetros y echó un vistazo. Su determinación de mantenerse impasible titubeó al contemplar la habitación abandonada. Aquel era el lugar donde había pasado tantas horas infelices, buscando una salida. No hacía falta cruzar el umbral, y no lo hizo. Cerró la puerta con cuidado y siguió a Theo y Francine hasta la última estancia.

—Perdón, quería haber quitado las sábanas y lavado todo antes de que vinierais —dijo Francine.

—No importa —respondió Agnes, echando un vistazo a su alrededor. Solo era un dormitorio, sin ningún tipo de presencias ni vibraciones siniestras. Cruzó despacio hasta el escritorio y observó el espejo francés que había sobre él.

—¿Recuerdas cuánto te gustaba abrillantarlo conmigo? —preguntó, y luego, volviendo la vista hacia el espejo, añadió—: Era de mi *grand-mère,* y solía guardar todas mis joyas en los cajoncitos secretos. También escondía algo de dinero cuando podía, pero nunca era mucho. —Suspiró, recordando lo difícil que le había resultado ahorrar siquiera unos cuantos francos de la asignación doméstica que le daba Oscar, siempre empeñado en revisar los recibos—. Si no hubiera sido por Theo, nunca habría conseguido escapar.

—Pero no son muy secretos, ¿verdad? —dijo Francine, sacando uno y luego otro cajón—. Ni siquiera son muy profundos.

—Ah, ese no es el escondite verdadero —dijo Agnes—. Tienes que sacarlos los dos. —Metió la mano por el hueco y palpó al fondo—. Aquí está el verdadero. Si sigue funcionando… *Voilà.*

Presionó un punto del marco interior, cerca de la base, y la parte trasera se abrió, revelando un hueco vacío. Recordó entonces haber mantenido allí oculto durante años el colgante celta, sin atreverse a ponérselo en público. Incluso ya en Inglaterra, le costó años sacarlo de su pequeño estuche y empezar a llevarlo de nuevo. Al principio, los recuerdos que evocaba eran demasiado dolorosos para soportarlos. Volvió a colocar los cajones en su sitio.

—Creo que, técnicamente, esto me pertenece, ya que era de mi *grand-mère.* Me gustaría quedármelo.

—Dudo que alguien te lo discuta —dijo Francine, tomando el peine que estaba sobre el escritorio—. ¿Nos lo llevamos para el notario? Tiene algunos cabellos.

—No. Dejémoslo aquí hasta tener fecha para la próxima cita —respondió Agnes—. Sabemos dónde está.

—¿Quieres subir al desván? —preguntó Theo.

Agnes negó con la cabeza.

—*Non.* No hay necesidad, y Jasmine está trabajando ahí arriba. No tiene sentido molestarla.

El ático nunca se había reformado mientras ella vivía allí, así que no tenía mucho sentido que lo viera ahora.

Capítulo 23

Durante los días siguientes, los cuatro fueron instalándose, no en una rutina propiamente dicha, pero sin duda en un estilo de vida francés. Theo seguía sus costumbres diarias: cruasanes y café a primera hora, un paseo por el puerto y luego una visita al Marché Forville para comprar los víveres del día antes de volver a la casita de campo y planear el resto de la jornada. Agnes pronto se dejó arrastrar por aquel ritmo pausado que había olvidado que existía, pero que le proporcionaba placer y bienestar.

Las vidas de Francine y Zazz también fueron adquiriendo un ritmo propio. Zazz salía a correr cada mañana, normalmente con Mel, y al volver traía los cruasanes para desayunar juntas en la cocina, en una silenciosa pero cordial compañía. Una mañana, Mel regresó con ella tras el entrenamiento y Zazz se la presentó a su madre.

—El padre de Mel es el dueño de la cafetería donde tomamos café hace un par de días —dijo Zazz, colocando los cruasanes recién hechos en un plato.

Francine, mientras servía el café, se volvió hacia ella.

—¿Eres la hija de Piers? ¿Armelle?

—Nadie me llama así, pero sí, esa soy yo. ¿Conoces a mi padre?

—Lo conocí hace mucho tiempo —sonrió Francine—. A tu madre también. ¿Trabajas en la cafetería, como tus hermanos?

—A veces, si hay mucho trabajo, por ejemplo durante el festival, pero en verano me ocupo de mi propio negocio.

—Mel gestiona varios alquileres vacacionales —explicó Zazz—. Está pendiente por si surge algún sitio para mí, por si al final no

puedo quedarme aquí. —Miró a su madre, esperando provocarla a responder.

—Es algo que la abuela y yo aún tenemos que hablar —zanjó Francine, decidida a no dejarse arrastrar a una discusión delante de Mel.

—Me tomé una copa de vino con Piers en su barco el otro día —añadió después—. Es una preciosidad. ¿Navegas?

Mel rio.

—Ese barco es el regalo de la crisis de mediana edad de mi padre. Pero sí, nos enseñó a todos a navegar. Intento salir a menudo con él, al menos una vez a la semana. Zazz, si sabes navegar, te podrías venir este fin de semana.

—Soy más de dingui, no estoy acostumbrada a los yates de verdad —bromeó Zazz.

—Una vela es una vela, solo cambia el tamaño —sonrió Mel, terminándose el café—. Tengo que irme; hoy hay mucho que hacer. Gracias por el desayuno.

—Nos vemos mañana —dijo Zazz, acompañándola a la puerta.

Cuando regresó, Francine estaba mirando por la ventana de la cocina hacia el descuidado patio interior, preguntándose si merecería la pena limpiarlo y hacerlo habitable otra vez. Si Zazz pensaba quedarse unas semanas, sería un buen espacio al aire libre. Y tenerlo despejado y presentable para cuando pusieran la casa en venta tampoco vendría mal.

—¿En qué piensas? —preguntó Zazz al volver—. Estás con la mirada perdida.

—En el patio. Si valdrá la pena arreglarlo y poder comer ahí fuera.

—No debería ser muy difícil —respondió Zazz—. Tenía planeado hacerlo para Oscar cuando me mudara. Pero supongo que depende de cuánto tiempo vayáis a dejar que me quede.

—Si es que te quedas —replicó Francine con brusquedad—. Aunque la abuela no parece tener prisa por pedir otra cita con el notario ni por iniciar esas pruebas de ADN que parecen inevitables. —Vaciló—. La verdad, pensaba que vendríamos, hablaríamos con el notario, empezaríamos a deshacernos de lo que no quisiéramos de la casa, disfrutaríamos un poco de unas vacaciones y luego volveríamos. No esperaba una complicación llamada Serge Cortez.

—A la abuela no pareció sorprenderle demasiado, ¿verdad? —señaló Zazz en voz baja.

Francine la miró alarmada.

—¿Qué quieres decir?

—¿No la viste cuando preguntó cuántos años tenía? Asintió despacio, como si la edad significara algo para ella.

Francine guardó silencio unos segundos.

—Mi padre no fue precisamente un buen padre, y desde luego no fue un marido fiel. Y en cuanto al abuelo encantador que tú crees que habría sido si lo hubieras conocido antes… eso jamás habría ocurrido.

—Mamá, ya lo sé —respondió Zazz—. Pero tenía derecho a conocerlo y a formarme mi propia opinión sobre él.

Francine la miró con suspicacia.

—¿Y te la has formado?

—Sinceramente, las veces que lo vi me pareció un hombre muy manipulador. Encantador cuando quería, sí, pero me alegro de no

haberle llevado la contraria, cosa que probablemente habría hecho si hubiera seguido viviendo aquí.

—Sí, seguramente habríais chocado… Suerte que no llegaste a descubrir lo malvado que podía ser.

—Mamá, eso suena muy fuerte. ¿Malvado?

—No, es la palabra exacta —afirmó Francine, respirando hondo—. En fin, ¿qué planes tienes hoy?

Zazz, que comprendió que la conversación sobre Oscar había terminado otra vez, respondió:

—Voy a editar un artículo que le he escrito a Marcus sobre cómo Cannes es mucho más que su festival de cine, se lo enviaré y cruzaré los dedos. Luego quiero acabar otro reportaje sobre los monjes de Saint-Honorat para el blog. ¿Y tú?

En ese momento, el móvil de Francine vibró con la llegada de un correo. Lo leyó enseguida.

—Yo también voy a trabajar —dijo, alzando la vista—. Una corrección urgente. Quieren saber si puedo hacerla en dos días. Menos mal que me he traído el portátil. Les escribiré ahora para que me lo envíen.

—Entonces nos vemos más tarde —dijo Zazz—. Le mandaré un mensaje a la abuela y a Theo para decirles que nos vemos a la hora de comer.

Capítulo 24

Cuando Zazz le contó a Agnes que Francine iba a estar ocupada trabajando en casa de Oscar durante uno o dos días, esta se percató de que tenía la oportunidad perfecta para ponerse en contacto con Rachel Cortez por su cuenta, sin que Francine insistiera en acompañarla. Theo, después de que ella le explicara su plan, se empeñó en ir con ella hasta la cita en la cafetería y quedarse cerca, pero dejándola a solas con Rachel.

—Como diría Francine, es innegociable, voy contigo —sentenció.

Agnes y Theo, con Cerise sujeta con la correa, salieron de la casa poco antes de las once para dirigirse al Marché Forville.

—¿Te dio Rachel alguna pista para identificarla? —preguntó Theo —. Si la conociste en el pasado quizá la reconozcas, pero si no… — dejó la frase en el aire.

—No, no, me dijo que llevaría un bolso rojo, un sombrero o una flor determinada —respondió Agnes entre risas—. Pero estoy segura de que conseguiremos encontrarnos.

Cuando llegaron, la cafetería estaba llena, con las mesas ocupadas por parejas o grupos. A primera vista no parecía haber ninguna con una sola persona, pero Agnes distinguió en un rincón del fondo a una mujer sola que miraba hacia la puerta. Al verla, la mujer sonrió y alzó una mano a modo de saludo.

—Está al fondo. Nos vemos en un rato —dijo Agnes, y empezó a avanzar hacia ella. A medida que se acercaba, reconoció a su vieja amiga del pasado, Rachel Dupont.

—*Bonjour* —saludó Agnes, tirando de una silla y sentándose a la mesa—. Imaginé que podías ser tú. Ha pasado mucho tiempo.

—*Oui.* Éramos jóvenes entonces, ahora somos viejas —respondió Rachel.

—Estaría bien decir que no hemos cambiado nada, pero las dos sabemos que no es cierto —dijo Agnes con una sonrisa.

El camarero se acercó a su mesa.

—*Madame,* ¿qué desea? —preguntó, mirando a Agnes.

—Un *cappuccino, s'il vous plaît.* —Echó un vistazo a la taza casi vacía de Rachel—. ¿Otro?

Rachel asintió.

—*Merci.*

Cuando el camarero se alejó para traer el pedido, Rachel miró a Agnes.

—Antes de seguir, debes saber que, aunque lamento ciertas cosas que hice, no me arrepiento de haber tenido a mi hijo, Serge.

Agnes sostuvo su mirada con serenidad.

—Espero, por tu bien, que no se parezca en nada a su padre.

—No se parece —susurró Rachel—. Su padre adoptivo fue la principal influencia masculina en su vida, y era un buen hombre.

—Me alegro de oírlo. Necesito hacerte algunas preguntas —dijo Agnes—. La primera: ¿cuánto tiempo estuviste con Oscar?

—Empezó antes de que os casarais y siguió después. Cuando tu hija tenía un año, más o menos, me quedé embarazada, y Oscar literalmente me echó.

Agnes iba a hablar, pero el camarero regresó, por lo que ella guardó silencio mientras él dejaba con cuidado las bebidas.

—Si no te hubiera echado, ¿habrías seguido con la relación? —preguntó cuando se marchó.

Rachel negó con la cabeza.

—No. Era una situación demasiado tóxica para que entrara un niño en la ecuación.

—Entonces, ¿cómo surgió tu relación con Oscar?

—Sabes que yo vivía en uno de sus pisos de alquiler. En aquellos tiempos Oscar cobraba el alquiler en persona. Una semana, cuando llamó a la puerta, tuve que decirle que había empezado un trabajo nuevo y no tendría el dinero hasta que cobrara a finales de la semana siguiente. Recuerdo la mirada calculadora que me echó durante… uf, unos treinta segundos, antes de decirme que se lo acercara a su casa el viernes de esa semana a las nueve de la noche. Le di las gracias y se fue. —Rachel sorbió su *cappuccino—.* Ya puedes imaginar lo que pasó ese viernes cuando le llevé el dinero. Y así empezó todo; al menos viví dieciocho meses sin pagar alquiler.

Agnes retiró con la cucharilla la espuma de su café antes de dar un sorbo, esperando a que Rachel continuara.

—Cuando os casasteis, pensé que aquello se acabaría y me libraría de él, pero *non,* Oscar dijo que no había motivo para dejarlo. Y para entonces ya sabía cuánto dependía yo de no pagar alquiler. —Rachel miró a Agnes—. Lo que hice estuvo mal, pero sé con certeza que no era la única mujer con la que estaba en ese tiempo.

Agnes le dedicó una sonrisa triste.

—Siempre hubo mujeres en su vida. Supongo que cuando te quedaste embarazada no le hizo ninguna gracia. ¿Te ayudó en algo?

Rachel dejó escapar un sonido ahogado.

—Lo primero que me preguntó fue si estaba segura de que era suyo. Cuando le dije que no cabía duda, me soltó que o me deshacía de él o me iba de su piso. Se negó a reconocer ninguna responsabilidad.

—Recuerdo que oí que te habías marchado de repente a Italia. A Ventimiglia, creo.

Rachel asintió.

—No podía abortar. Mi hermana vivía allí y me acogió. Me ayudó. Cuando Serge tenía casi tres años, conocí a Antonio Cortez y me enamoré de él, que, por suerte para mí, estaba más que dispuesto a criar a Serge como a su propio hijo. —Los ojos de Rachel se humedecieron—. Tuvimos un buen matrimonio. Serge tiene dos hermanas a las que adora. Por desgracia, Antonio murió hace dos años.

—Lo siento —dijo Agnes.

—He vuelto a vivir a Cannes. Serge sigue en Italia. Inevitablemente, supongo, me crucé con Oscar. Me preguntó qué había hecho con el bebé. Cuando le dije que había tenido un niño, preguntó si era demasiado tarde para conocer a su hijo. Le contesté que demasiado tarde. No solo se había perdido a su hijo, también tenía un nieto ya mayor al que no conocería. Dijo que se sentía mal por cómo nos había tratado a ambos, que lo enmendaría al morir. Que les dejaría algo en el testamento a los dos.

—¿Le creíste?

Rachel se encogió de hombros.

—Quise creerle, pero no me quedaba otra que confiar en que se acordara. No le dije nada a Serge cuando me enteré de que Oscar había muerto de forma inesperada; me limité a esperar a que me

llamara el notario. No lo hizo. Así que supe que Oscar no había cumplido lo que dijo. Pedí cita con monsieur Caumont y me confirmó que en el testamento no aparecía Serge. Entonces le pedí firmar una declaración jurada que nombrara a Oscar como padre de Serge, sabiendo que el notario tendría que tomárselo en serio. Me soltó un sermón enorme sobre las consecuencias de mentir bajo juramento. —Rachel negó con la cabeza—. No he mentido. Pero me dijo que no podía hacer nada hasta hablar contigo y con la familia, por eso dejé la carta para que te la entregara.

—Me alegro de que lo hicieras. Creo que es mejor que hablemos nosotras a solas, lejos del notario. No me hago ilusiones sobre el tipo de hombre que fue Oscar. Las dos hemos sufrido por su culpa. —Agnes hizo una pausa—. Tanto en lo mental como en lo físico —añadió en voz baja, y le dedicó a Rachel otra sonrisa triste, a la que ella respondió con un asentimiento.

—Siento crearos un problema en este momento —se disculpó Rachel—. Pero creo, espero, que querrás que por fin se haga lo correcto con Serge.

Agnes asintió.

—Sí. Pero primero quiero conocer a Serge y a su hijo. ¿Qué te parece si los siete quedamos una tarde a tomar un aperitivo y nos vamos conociendo un poco?

Como Rachel asintió, Agnes sacó el móvil.

—Dame tu número y te mando la dirección. ¿Te viene bien el viernes que viene a las seis y media?

—Sí —dijo Rachel, y dictó el número para que Agnes lo añadiera a sus contactos.

—*Bon.* Hecho. Ya hablaremos entonces.

Theo las esperaba junto a la bodega al lado del mercado cuando Agnes y Rachel salieron juntas de la cafetería. Rachel sonrió.

—Ese es el hermano de Oscar, ¿verdad? ¿Tenía miedo de que tú y yo discutiéramos?

—Creo que estaba un poco preocupado por mí —reconoció Agnes —. Él, como tu Antonio, es de los hombres buenos.

Le sonrió a Theo.

—No hacía falta que esperaras. Pero gracias.

Se despidieron de Rachel y ella se marchó en dirección contraria, calle abajo, por la rue Meynadier. De regreso a la casa de campo de Theo, Agnes le contó que había invitado a Rachel y a su familia a tomar un picoteo.

—Espero que no te importe que invite a desconocidos a tu casa.

—*Non. C'est bon.* Yo también tengo ganas de conocer al hijo y al nieto de Rachel.

Francine ya estaba en la casa preparando la comida cuando volvieron.

—Hola, espero que hayáis pasado buena mañana. ¿Habéis salido a explorar?

—No exactamente —dijo Agnes—. Me he reunido con Rachel Cortez y hemos tenido una buena conversación.

Francine dejó de batir el aliño de aceite y vinagre para la ensalada que iba a acompañar a las pechugas de pollo frías del almuerzo y miró a su madre.

—No me puedo creer que te hayas ido a conocer a esa mujer a mis espaldas —dijo—. Sabías que quería ir contigo.

—Y yo quería verla a solas. Theo lo entendió. No sé qué pensabas que podía pasar entre nosotras —respondió Agnes.

—No pensaba que fuera a pasar nada, simplemente quería conocerla también. Es la madre de ese medio hermano desconocido que tengo, por lo visto.

—Vas a conocerla muy pronto, junto a Serge y a Albert, su nieto. Los tres vendrán a tomar unos aperitivos aquí el viernes por la tarde.

—¡Qué divertido! —canturreó Zazz, que entró en ese momento lista para comer.

Francine miró a su madre, exasperada.

—Oh, estupendo. ¿No sería mejor vernos todos por primera vez de manera formal en la notaría?

Agnes negó con la cabeza.

—Informal es mejor. —Miró a Francine y decidió que era necesario cambiar de tema—. ¿Has hablado con Edwin últimamente?

—Chateamos a diario, pero hace un par de días que no nos llamamos. Ha estado ocupado.

—¿Por qué no le pides que venga y se una a nosotros? —le preguntó Agnes—. Creo que vamos a estar aquí al menos otra semana, quizá diez días. Y dijo que vendría.

—Pensaba que resolveríamos lo del testamento y al menos empezaríamos a vaciar la casa para poder relajarnos. Y ahora me ha entrado este trabajo urgente, y ni siquiera hemos decidido qué hacer con las cenizas —farfulló Francine, pasándose la mano por el pelo con gesto nervioso.

Agnes movió la mano en el aire.

—Todo saldrá bien. También he decidido que Jasmine puede quedarse en la casa como había planeado. No será para siempre, claro, porque se va a vender en algún momento, pero por ahora no

hay ningún motivo para que no siga allí cuando nos vayamos a casa. Es mejor que haya alguien viviendo en ella a que esté vacía.

—Muchas gracias, abuela —exclamó Zazz, acercándose para abrazarla.

Francine se quedó mirando a su madre varios segundos.

—Estás muy despreocupada de repente con toda esta situación. No lo entiendo.

Agnes respiró hondo.

—Conocer a Rachel hoy ha sido catártico. Por fin he asumido que Oscar está muerto. Nunca volverá a molestarnos ni a ti ni a mí. Asimilarlo me ha traído un alivio inmenso. Incluso diría que me hace feliz. Y si eso me convierte en mala persona… —Agnes se encogió de hombros.

Se hizo el silencio mientras Theo y Francine la miraban. Theo se acercó, la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—Te convierte en una persona muy humana —dijo en voz baja, antes de rozarle la sien con un beso.

Capítulo 25

Zazz sonrió mientras ella y Francine subían juntas de nuevo a la casa de Oscar después de comer.

—Qué alivio que la abuela haya dicho que sí a que me quede en la casa —comentó Zazz—. En cuanto termine el artículo para Marcus y lo envíe, me pondré con el patio.

Francine la miró de reojo.

—¿La idea de venir a vivir unos meses a Francia fue tuya? ¿O te la metió Oscar en la cabeza?

—Me enamoré del lugar en mi primera visita —aclaró Zazz—. Sé que parece una estupidez, pero sentí que estaba en un sitio que podía llamar hogar. A lo mejor lo llevo en el ADN por ti y por la abuela.

—¿Se lo dijiste así a Oscar?

Zazz negó con la cabeza.

—No directamente, no. Pero cuando conocí a Mel empecé a hablar con ella de esa posibilidad. Él me escuchó una vez preguntarle si sería fácil, dónde podría vivir, qué podría hacer. Enseguida dijo que lo de vivir estaba resuelto porque podía quedarme con él. Y ahí fue cuando empecé a creer de verdad que era viable.

—No te acomodes demasiado, porque la casa habrá que venderla —advirtió Francine.

—Mel está barajando que compartamos un apartamentito, así que, con suerte, cuando se venda la casa eso ya estará en marcha.

—¿Y qué opina Rufus de que te quedes aquí durante meses?

—Rufus y yo lo hemos dejado. Se va a Estados Unidos dentro de poco con un nuevo trabajo.

—¿Y cómo te sientes con eso? —preguntó Francine con tacto—. Pensaba que estabais bien. ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Te lo he dicho ahora. —Zazz se encogió de hombros—. Me ha dolido la forma en que lo ha hecho, pero no estoy destrozada. Nunca pensé de verdad que fuéramos a estar juntos para siempre, así que… —Zazz torció el gesto—. Por lo menos puedo centrarme en hacer crecer mi presencia en redes y en vivir aquí.

—Sinceramente, no entiendo cómo ser *influencer* en redes sociales puede ser un trabajo a tiempo completo —confesó Francine.

—Tengo que planificar el contenido, buscar marcas que interesen a mis seguidores. Todo consiste en sacar buen contenido que la gente quiera ver, comprar o con el que quiera interactuar. —Hizo una pausa—. Me apetece conocer a Serge y a su familia —dijo, echando un vistazo a su madre.

—Yo no puedo decir lo mismo —repuso Francine, aceptando el cambio de tema—. Soy demasiado mayor para que me planten un medio hermano de repente.

—A mí me hace gracia lo de tener otro tío. —Zazz se echó a reír al ver la cara de Francine—. Aunque sea medio. Y un medio primo, también.

—Nunca pensé que formaría parte de una familia disfuncional —murmuró Francine.

—Puede que tenga su gracia. Además, viviendo en países distintos no vais a ser precisamente uña y carne, ¿no?

Francine negó con la cabeza.

—Ya, pero es una sensación rara.

Llamó Edwin justo cuando entraban en la casa. Zazz gritó un «Hola, papá» antes de desaparecer escaleras arriba, y Francine fue a la cocina para hablar con él y ponerle al día de lo que estaba pasando.

—Ojalá estuvieras aquí. *Maman* parece pensar que vamos a quedarnos al menos una semana más o diez días. Y Zazz ha soltado la bomba de que piensa vivir aquí por tiempo indefinido. ¿Has decidido cuándo vienes? A lo mejor puedes hacerla entrar en razón. Y te echo de menos. Podríamos hacer una escapadita los dos.

—Por eso llamo. He conseguido dejarlo todo hecho y tener una semana libre. Ya he comprado el billete —dijo Edwin—. Tendré que llevarme el portátil, pero el viernes que viene por la tarde estoy con vosotras.

Francine soltó un suspiro de alivio.

—Es una noticia estupenda. Sobre todo porque mi madre ha invitado a los tres Cortez a tomar un picoteo esa tarde. Zazz me habla un poco, pero tiene una amiga nueva y está fuera la mayor parte del tiempo; por cierto, ha roto con Rufus. Agnes y Theo hacen cosas juntos. Yo debería ponerme a empezar a vaciar la casa.

—Deja la casa hasta que llegue y te echo una mano —se ofreció Edwin.

—Vale, voy a hacer eso. Sobre todo porque ahora me han surgido una edición y una corrección de pruebas urgentes del trabajo. También me he reencontrado con un viejo amigo, Piers. Tiene una cafetería en el centro y un barco precioso. El otro día me tomé una copa de vino a bordo; estoy deseando presentaros. Creo que os llevaríais bien.

—Tengo ganas de conocerle. Mejor te dejo. Dale recuerdos a Zazz y a Agnes. Mi hora de llegada el viernes es sobre las cuatro y cuarto. Te quiero.

—Yo también. Hasta pronto.

Y Francine terminó la llamada sintiéndose mucho más animada al saber que Edwin iba a unirse a ellas. Se concentraría en hacer la corrección y, cuando llegara Edwin, podrían encargarse de despejar la casa juntos. Y, por primera vez, podría enseñarle los rincones de su ciudad. Se dio cuenta de que lo iba a disfrutar.



A Zazz le llevó menos de una hora barrer, fregar el patio y limpiar el conjunto de mesa y sillas esa misma tarde. Luego desmalezó las jardineras con los limoneros, las rosas y una buganvilla carmesí, y les dio un buen riego, que parecía hacerles mucha falta. Hecho. A partir de ese momento, cenar bajo las estrellas podía incluirse en sus planes.

Francine estaba en la cocina escribiendo una lista de la compra cuando Zazz volvió a entrar.

—Papá viene el viernes, ¿a que es genial? —le contó—. He pensado que será mejor comprar algo de comida. No podemos seguir cenando fuera o bajando a casa de Theo. De hecho, podríamos invitarlos aquí a cenar. —Se calló al ver la cara de Zazz—. O quizá no, con lo que a *Maman* le remueve esta casa. Pero puedo llevar cosas abajo y cocinarlas en casa de Theo. No podemos esperar que nos dé de comer a todos todo el tiempo.

—Esta noche ceno con Mel —le informó Zazz—. Y creo que, ahora que ya lo sabes y que ya sé que me quedo en la casa, tengo que

intentar cuadrar mi rutina de trabajo y de vida para cuando os hayáis ido. Tengo que acordarme de que no estoy de vacaciones. Quizá quedar con vosotros un par de noches a la semana en vez de comer y cenar juntos todos los días. —Miró a Francine, esperando que entendiera su necesidad de organizar su nueva vida y no limitarse a dejarse llevar.

—Entiendo lo que dices y por qué, pero ahora que papá se nos va a unir el fin de semana, estaría bien comer *en famille* mientras esté aquí —opinó Francine—. Cuando nos vayamos, te quedarás sola.

—Vale. Desayunamos juntas todos los días y luego, según vayan los planes, decidimos la cena —concedió Zazz.

—¿Y mañana?

—Mañana Mel me ha propuesto acompañarla todo el día para verla trabajar y sacar ideas para artículos y contenido para mi Instagram, así que seguramente comamos por ahí y, por la noche, había pensado ir al cine. —Zazz sonrió a su madre—. Y el viernes por la noche nada, que vienen los Cortez.

—Desde luego, te estás asentando aquí. Mel ya parece una buena amiga.

—Es que lo es.

—Entonces, ¿qué te parece que cenemos en un sitio bonito el sábado por la noche con todos? —propuso Francine.

—Genial. Hecho. Que te cunda la compra. Hasta luego.

Y Zazz desapareció escaleras arriba, en dirección a su habitación.

Capítulo 26

Cuando Zazz bajó corriendo por la rue Saint-Antoine y cruzó la calle hacia las Allées de la Liberté a la mañana siguiente, vio que Mel ya la esperaba junto a la estatua del inglés, lord Brougham.

—Me encanta esta parte de Cannes —declaró Zazz mientras miraba la estatua, la fuente que había delante y a la gente que iba y venía—. Me pregunto qué pensaría él al saber que la historia lo llama el padre de Cannes. ¿Reconocería siquiera el sitio ahora?

Mel soltó una carcajada.

—Lo dudo, y mucho menos dentro de unas semanas.

Zazz la miró, intrigada.

—Dentro de nada empieza el Festival de Cine, y esto se pone de locura. Ya están levantando los paneles por toda la ciudad. Lo siguiente será limpiar la alfombra roja.

—Había olvidado lo del festival —admitió Zazz.

—¿Has bajado algún domingo por la mañana cuando hay mercadillo de antigüedades y artesanía aquí? ¿No? Deberías hacerlo, te dará muchas ideas y gente a la que entrevistar para tus artículos —le recomendó Mel.

—Quizá el próximo domingo —respondió Zazz—. ¿Adónde vamos a ir primero?

—A un apartamento en la rue d'Antibes. Es uno que acabo de incorporar y quiero revisarlo. Los primeros inquilinos llegan mañana.

Diez minutos más tarde, después de que Mel la presentara al conserje, subieron en ascensor hasta la sexta planta de un gran

bloque de apartamentos. Salieron a un pasillo con varias puertas a cada lado. Mel se dirigió a una cerca del final y abrió la cerradura.

—Este apartamento es bastante lujoso. Tiene salón, dos dormitorios, baño, cocina y balcón, y vistas al mar sobre la Croisette —explicó Mel a la par que abría las puertas acristaladas y salía—. Creo que será un alquiler popular entre mis clientes. Bueno, la limpiadora vino ayer, así que vamos a comprobar que haya hecho bien su trabajo. Todo tiene que estar impecable: tenemos que seguir esta lista.

Pasaron veinte minutos antes de que Mel declarara que todo estaba a su gusto. Cerraron el apartamento y salieron.

—¿Haces esto con todos los pisos cada vez que se alquilan? —preguntó Zazz.

Mel asintió.

—Y cuando hay tres o cuatro cambios de inquilinos el mismo día, el día se vuelve bastante ajetreado.

—Me lo imagino —dijo Zazz.

—Estoy formando un equipo de limpiadoras muy bueno, y eso es la mitad del trabajo. El siguiente apartamento está en una villa de la *Belle Époque* a un par de calles. Vamos, hay una buena cafetería cerca, podremos almorzar después.

Zazz se enamoró del apartamento de la planta baja de la villa *de la Belle Époque* en cuanto Mel abrió la puerta.

—Me encanta. El otro era precioso, pero este tiene mucha más personalidad. Se puede palpar la historia de este sitio. —Miró los techos altos, las lámparas de araña del salón y de los dos dormitorios y las puertas francesas que daban al jardín; el baño, con una bañera exenta de estilo antiguo, y la cocina, moderna pero

tradicional, con solo los fogones a la vista y los demás electrodomésticos ocultos tras puertas de madera hechas a medida —. Si viniera aquí de vacaciones, no querría irme nunca.

—Esta será la última temporada que se alquile como vivienda vacacional. Los propietarios han decidido alquilarla de forma permanente a partir de septiembre —dijo Mel—. Me han preguntado si estaría interesada en quedármela, pero necesitaría a alguien con quien compartirla. —Le lanzó a Zazz una mirada rápida—. ¿Vas a seguir aquí para entonces? Si es así, ¿te interesaría compartir el piso conmigo? Preferiría hacerlo con alguien a quien conozco.

—¿En serio? —Zazz la miró con asombro—. ¿Me estás preguntando si quiero vivir contigo en este apartamento maravilloso?

—Bueno, la casa de tu abuelo se venderá y tendrás que vivir en algún sitio si te quedas.

—Me voy a quedar, sin duda —afirmó Zazz—. Necesito vivir en esta casa.

—*Bon* —sonrió Mel—. Y si necesitas ganar algo más, podrías ayudarme con las llegadas y salidas de los alquileres los días de cambio, cuando esté hasta arriba de trabajo aquí en Cannes.

—Me encantaría —respondió Zazz. Dio una vuelta sobre sí misma mirando el salón—. ¿Viene con todos estos muebles? —El mobiliario, algo tradicional, encajaba a la perfección con la estancia.

—*Oui.*

Zazz suspiró, feliz.

—Será mejor que sigamos. Tengo que comprar unas cestas para los regalos de bienvenida que preparo en nombre de los propietarios, para que sus huéspedes se sientan acogidos.

El resto del día pasó volando, entre visitas a tiendas para comprar jabones, vino, aceite de oliva y bombones artesanales. Zazz ayudó a Mel a llevarlo todo de vuelta a su estudio antes de despedirse y volver a casa para prepararse para el cine esa noche.

Zazz tarareaba alegremente bajo la ducha. Apenas podía creer que Mel le hubiera propuesto compartir aquel apartamento tan maravilloso a partir de septiembre. Trabajaría duro durante el verano, ahorrando todo lo posible para tener un colchón de seguridad en invierno. La vida allí, en el sur de Francia, pintaba bien.



Theo y Agnes recogían los restos del desayuno cuando Theo dijo:

—He pensado subir esta mañana a la casa y empezar a revisar los archivos y papeles de Oscar. Así veré si hay algo que tengamos que hacer. ¿Te parece bien? ¿Quieres venir?

—No. Voy a intentar encontrar una peluquería que tenga hueco y no me obligue a pedir cita —contestó Agnes—. Si no es mucha molestia, ¿podrías traerte el espejo de tocador de mi *grand-mère?*

—*Bien sûr.*

Cuando Theo llegó a la casa, Francine estaba en la cocina, absorta en el manuscrito que tenía abierto en el portátil.

—He venido a empezar con los archivos y papeles del escritorio. No te molesto. Por cierto, ¿me puedo llevar esa caja? —preguntó, señalando una caja vacía en la esquina.

Francine asintió, y él la cogió y se fue al salón.

Echó un vistazo rápido a los pocos papeles que encontró en el maletín antes de decidir que estaban en orden y podían ir a la caja de «guardar siete años por si acaso» que estaba preparando. Vio el

sobre con el nombre de Agnes que Francine había mencionado y que ella no había recogido, y lo metió en el maletín.

Después empezó con los archivadores. El que Francine había visto con el apellido de Agnes no contenía nada especial, solo documentos antiguos de cuando ella había vivido en la casa. Por qué Oscar los guardaba seguía siendo un misterio, así que Theo lo puso en la pila de desecho. Como esperaba, los demás eran sobre todo documentos de negocios viejos que Oscar nunca había archivado como correspondía, así que, tras un vistazo rápido, fueron a la caja de «guardar».

El siguiente archivador que cogió era más voluminoso que los demás, y el nombre en la portada lo sobresaltó.

Denice Bernard. ¿Por qué demonios iba Oscar a tener un archivo sobre la hermana desaparecida de Agnes?

Theo se sentó en el sillón más cercano y empezó a revisar los documentos del interior. Veinte minutos después soltó un profundo gemido y se recostó con los ojos cerrados, murmurando entre dientes una retahíla de exabruptos:

—Bâtard. Connard. Bâtard.

Su canalla de hermano se había superado a sí mismo, y Theo no tenía ni idea de cómo iba a contarle a Agnes el último crimen que aquel había cometido contra ella.

Suspirando, cerró el archivador y lo metió en el maletín junto con el sobre. Lo miró, tentado de abrirlo para ver si también contenía algún nuevo problema para Agnes. Pero estaba sellado, y Theo sabía que tendría que esperar para descubrir qué otra desgracia la esperaba.

De algo estaba seguro: no iba a darle ni el archivador ni el sobre aquel día. No sabía qué habría dentro, pero apostaría a que no era nada bueno. Agnes ya tenía mucho con lo que lidiar en ese instante. Guardaría ambos y elegiría con cuidado el momento, asegurándose de estar a su lado cuando los abriera.



Agnes, que paseaba sola por Cannes por primera vez desde su llegada, se dio cuenta de que podía perderse con facilidad en las calles que antaño le resultaban familiares. Los desvíos y las calles cortadas se multiplicaban por doquier para permitir que los camiones descargaran vallas y otras estructuras de cara al próximo Festival de Cine.

Le vinieron a la mente un sinfín de recuerdos de cuando solía pasear con Denice durante el festival. Su hermana siempre sabía dónde ir para ver a las estrellas, y a Agnes le encantaba acompañarla. Apenas había salido de casa durante el primer festival después de su desaparición, y cuando se atrevió, fue incapaz de contener las lágrimas. No era lo mismo sin que Denice señalara emocionada a los actores que llegaban a la ciudad. La echaba muchísimo de menos.

Agnes giró hacia la rue d'Antibes con la esperanza de encontrar una peluquería a lo largo de la calle, cuando le vino a la mente la última vez que había estado en el festival…

Oscar estaba de viaje por trabajo y Theo llevaba unos días en la ciudad. Los dos habían acompañado a una emocionadísima Francine de seis años al Palais des Festivals por si conseguían ver a Elizabeth

Montgomery, la actriz estadounidense que interpretaba a Samantha en su serie favorita, Embrujada. Paseaban esquivando las multitudes, con Francine entre ellos, dándole una mano a cada uno, cuando de pronto Agnes sintió que la observaban. Se dio la vuelta y, a varios metros de distancia, vio a una mujer del brazo de un desconocido en un pequeño grupo, mirándolos fijamente.

Agnes soltó rápido la mano de Francine.

—Theo, quédate con ella un momento. Hay algo… o alguien… que necesito comprobar.

Pero cuando volvió a mirar, el gentío alrededor de la pareja había aumentado y apenas podía verlos. Intentó avanzar entre la muchedumbre con desesperación, pidiendo disculpas mientras se abría paso a codazos. Consiguió llegar al final de la multitud justo a tiempo para ver cómo los dos subían a una limusina estacionada frente al Palais des Festivals. Observó cómo se cerraba la puerta y el coche se alejaba.

Agnes soltó un profundo suspiro de decepción y, despacio, regresó junto a Francine y Theo. No podía estar segura de que la elegante mujer de pelo rojo fuera Denice; no había logrado acercarse lo suficiente para verle bien la cara. Pero su instinto le decía: «¿Quién más nos habría mirado así?». Tenía que ser ella.

—¿Dónde has ido, Maman? *—preguntó Francine—. ¿Has visto a Samantha?*

—No, lo siento, no he visto a Samantha. Me pareció ver a alguien que conocía, pero me he equivocado —dijo Agnes.

Cuando aquel breve recuerdo se desvaneció, Agnes se dio cuenta de que se había detenido frente a una peluquería. Una mujer salía en ese momento y le sonrió mientras le sostenía la puerta.

—Son las mejores peluqueras de la ciudad, por si todavía tiene dudas —le aseguró.

Agnes sonrió y tomó el tirador de la puerta abierta.

—Gracias —respondió, y entró con la esperanza de que la mujer tuviera razón.

Capítulo 27

Pasaban de las nueve y el sol se estaba poniendo cuando Francine terminó la lectura final del manuscrito en el que había estado trabajando. En cuanto pulsó el botón y lo envió a la editorial por correo electrónico, apagó el portátil, se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza y rotó los hombros, tratando de aliviar la tensión acumulada.

Zazz había vuelto de su jornada con Mel, y Francine le había deseado que se divirtiera cuando se asomó brevemente a la cocina para beber un vaso de agua antes de salir hacia el cine. Francine se había excusado de cenar con Agnes y Theo, alegando que tenía mucha presión del trabajo, lo cual era cierto. Pero ahora tenía mucha hambre. *Frites.* Eso era lo que le apetecía, así que eso iba a comer.

Se puso la cazadora vaquera y, diez minutos después, caminaba por el muelle del puerto con una ración enorme de patatas fritas en la mano. Piers estaba de pie en la popa de su barco, hablando con un joven. Francine le dedicó una sonrisa alegre y se dispuso a pasar de largo, sin querer interrumpir.

—Frankie. Ven a conocer a mi hijo menor, André. ¿Quieres una copa de vino para acompañar esas *frites?*

—No quiero molestar si estáis ocupados —dijo Francine.

—*Enchanté,* madame Mansell —saludó André cuando Piers los presentó—. Yo me marcho; he quedado con unos amigos en el Martinez —y de un salto salió de la bañera del barco al muelle. Agitando la mano, añadió—: Nos vemos luego, papá.

Piers ayudó a Francine a subir a bordo y luego sacó dos copas y una botella de vino.

—¿Compartimos las *frites?* —ofreció ella.

—Pensé que nunca lo dirías —respondió Piers, riendo.

Sentados en el yate, que se mecía suavemente, disfrutaron del aire templado de la noche, con una copa de vino fresco y un cucurucho de *frites* para compartir. Francine soltó una breve risa.

—Qué raro es esto. Técnicamente, supongo que podría decirse que estoy aquí de escapada, en unas minivacaciones mientras resolvemos lo del testamento. No soy de aquí. Pero tampoco soy una turista de verdad. Me siento tan en casa sentada contigo… Nada de esto —agitó la mano en dirección a los restaurantes y bares al otro lado del muelle— me resulta extraño ni novedoso. Lo recuerdo de otra época; vale, está mucho más elegante que antes, pero es el mismo sitio. Es como si los años que he estado fuera hubiesen desaparecido. Ahora mismo siento como si volviera a vivir en Cannes, como si nunca me hubiera marchado. Y me sorprende lo feliz que me hace estar de vuelta.

Piers cogió una *frite* y la masticó, pensativo.

—Naciste en esta ciudad, *n'est-ce pas?* Creo que te sientes así porque, en el fondo, eres francesa, no la inglesa estirada en la que te has convertido.

Francine se giró, sorprendida. Recordaba que, en el pasado, Piers nunca se mordía la lengua; parecía que eso no había cambiado.

—¿Crees que soy estirada?

Piers asintió.

—Recuerdo que eras despreocupada y aventurera. Como es lógico, la vida nos cambia a todos a medida que nos hacemos

mayores. Tenemos que esforzarnos por recordar que nuestro verdadero yo sigue ahí, dentro, cuando dejamos de ser simplemente Piers, o Francine, y nos convertimos en otra cosa ante el mundo. Esposa, madre, marido, padre. Nuestro antiguo yo queda sepultado bajo esa nueva identidad y, si no tenemos cuidado, se pierde. Hay que hurgar hondo para recordar los sueños y las esperanzas de nuestro yo más joven. Creo que tú has perdido eso.

Francine le dedicó una sonrisa resignada.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio y profundo?

—Tienes que fiarte de mí. Pasé mucho tiempo buscando de nuevo a mi verdadero yo cuando Mimi se marchó —le garantizó Piers—. *La joie de vivre* lo es todo, Frankie. Y creo que tú has perdido la alegría de vivir.

Permanecieron un rato en un silencio agradable mientras terminaban las *frites* y el rosado. Piers rompió el silencio cuando tomó la botella y rellenó las copas.

—Conozco a alguien interesado en el barco de Oscar.

Francine suspiró.

—Olvidé preguntarle a Theo por el barco. Dame el nombre y los datos de contacto y se los pasaré a él. Es quien mejor puede ocuparse del tema: ni mi madre ni yo tenemos ni idea de barcos ni de cómo se venden. —Levantó la copa y bebió un sorbo—. Edwin llega el viernes, y por la noche conoceremos a mi posible medio hermano, a su hijo y también a su madre. Zazz está encantada con la idea de tener un nuevo tío y un nuevo primo. Ojalá yo estuviera la mitad de emocionada que ella ante la idea.

—Ahí lo tienes otra vez —señaló Piers—. Estirada. Sé más como Zazz. Relájate y trátalo como a un posible nuevo amigo. Si no os

caéis bien, no tenéis por qué volver a veros. Si os entendéis, quizá paséis un buen rato.

Francine se echó a reír.

—Lo intentaré. Conocí a tu Mel el otro día. Es encantadora. Zazz y ella han ido juntas al cine esta noche. Me alegra tanto que Zazz haya encontrado una buena amiga.

Piers la miró divertido, negando con la cabeza.

—Es cierto que Zazz ha ido al cine esta noche, pero no con Mel. Ha ido con mi hijo mayor, Dominic.

Capítulo 28

Theo y Agnes fueron al mercado el viernes por la mañana para comprar quesos, frutos secos, aceitunas, pan de masa madre, *tapenade* —una pasta de aceitunas y alcaparras— y una *pissaladière* —una *pizza* francesa de cebolla, aceitunas y anchoas—: todo lo necesario para preparar los aperitivos de esa noche. También pasaron por la *cave à vin,* donde Theo ayudó a Agnes a elegir el champán que quería servir. Al salir del mercado, Theo insistió en que necesitaba algo dulce con su café, así que se detuvieron en la *boulangerie* y compraron dos tartaletas de albaricoque.

De vuelta en la casita, Agnes preparó el café, colocó las tartaletas en platos y lo llevó todo al patio mientras Theo guardaba la compra.

—¿Quieres venir esta tarde cuando lleve a Francine a recoger a Edwin? —preguntó él.

Agnes negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Zazz se ha ofrecido a ayudarme con la comida, así que nos encargaremos las dos. —Lo miró de reojo—. ¿Recuerdas el sobre que encontró Francine con mi nombre? Se me olvidó recogerlo cuando nos fuimos. Debería abrirlo por lo menos.

—Lo metí en el maletín cuando estuve allí arriba. Te lo traeré en uno o dos días, no hay problema —la tranquilizó Theo, dando un mordisco a su tartaleta de albaricoque. Se preguntó si aquel sería un buen momento para hablar con Agnes del archivo que tenía escondido en su habitación. Sabía que se alteraría mucho cuando le contara la noticia, así que optó por el camino fácil y decidió dejarlo para después del encuentro de esa noche con los Cortez. Incluso

para la semana siguiente. Al menos para entonces Edwin ya estaría allí para ofrecer apoyo moral a quien lo necesitara.

Francine abrió la puerta de la casita a la hora de comer, como de costumbre. Theo le había dicho que no llamara, que la tratara como su propia casa y que simplemente pasara, así que lo hizo. Había un ambiente encantador en aquella vieja propiedad, y Francine sabía que se habría sentido mucho más feliz quedándose allí con él y con Agnes. Pensó en Zazz, que se quedaría sola en la casa de Oscar cuando todos volvieran a Devon tras resolver lo del testamento. ¿Podría ser feliz allí arriba, completamente sola? Por alguna razón, Francine lo dudaba. Sospechaba que, incluso para Zazz, la casa estaba llena de fantasmas. Tal vez ahora que Edwin llegaba esa tarde podrían convencerla de que cambiara de opinión y regresara con ellos cuando se marcharan.

Francine oyó cómo Agnes y Theo se reían juntos en la cocina y sonrió para sí. Su madre sonaba tan feliz… La verdad era que los dos hacían tan buena pareja que a menudo se preguntaba si alguna vez podría haber habido algo más entre ellos. Si su madre se hubiera casado con Theo en lugar de Oscar, sus vidas habrían sido muy distintas y sin duda mucho mejores. Pero sabía que esa unión había sido imposible. ¿Y ahora? Probablemente ya era demasiado tarde, por desgracia. Además, si hubiera tenido que pasar algo entre ellos, habría ocurrido muchos años atrás.

Capítulo 29

Cuando Theo y Francine se marcharon al aeropuerto, Agnes encontró la plancha junto a su tabla en el armario alto de la cocina, y las preparó. Se había fijado en que había un montoncito de ropa limpia sin planchar sobre la lavadora. Mientras Theo estaba fuera, pensaba plancharle la ropa. Era lo mínimo que podía hacer.

Veinte minutos después, Agnes llevó las camisas, las toallas y los vaqueros doblados con cuidado al dormitorio de Theo, y los colocó sobre la cama para que él los guardara. No quería abrir los cajones ni los armarios: no era asunto suyo averiguar dónde guardaba las cosas.

Al echar un vistazo a la habitación antes de salir, vio dos fotografías con marco plateado sobre la mesilla de noche. Una de ellas era una foto grupal en la pequeña e íntima boda de Francine y Edwin: aparecían los novios, los padres del novio a su lado, ella misma y Theo junto a Francine, y una dama de honor en cada extremo. Agnes se acercó y tomó la fotografía. Recordó lo perfecto que había sido aquel día para la feliz pareja.

Francine había insistido mucho en que no quería que su padre fuera a la boda y le había pedido a Theo, su padrino y tío favorito, que la acompañara hasta el altar. Aquel día él estaba muy orgulloso de asumir el papel de padre de Francine. Agnes también recordaba cómo había permanecido a su lado, deseando que las cosas hubieran podido ser diferentes para Theo y para ella.

Con cuidado, Agnes volvió a colocar la fotografía antes de tomar la segunda, en la que salía ella. Sonrió al reconocer el lugar: los

Royal Avenue Gardens, en Dartmouth. Theo debía de haberla sacado con el móvil durante su última visita en Navidad, porque ella estaba de pie junto al árbol que habían puesto en la plaza del pueblo, admirando los adornos y señalando algo que estaba atado a las ramas.

Tras devolver la foto a su sitio en la mesilla, Agnes se dirigió hacia la puerta pensando en la única fotografía que tenía ella en su mesilla de noche, también en un marco plateado. Ya tenía algunos años, pero no la había sustituido por otra más reciente porque le gustaba muchísimo. Una tarde de verano, en una de las visitas de Theo, los tres hicieron una excursión por el río en un barco turístico que los llevó hasta Totnes. Francine, ocupada haciendo fotos y más fotos con su nuevo móvil, había captado a los dos riéndose de alguna broma.

—Se os ve tan felices en esta foto… —había dicho mientras le entregaba a Agnes la copia impresa—. Pensé que te gustaría guardar una de recuerdo. Enséñasela a Theo.

Agnes cerró la puerta del dormitorio al salir y bajó las escaleras, mientras trataba de apartar y enterrar los pensamientos sobre lo que podría haber sido mucho más que una amistad.



Zazz colocó el último plato de comida sobre la mesa y comprobó que todo estuviera listo.

—¿Estás emocionada, abuela? Yo sí. Estoy deseando conocer a este nuevo tío mío… Bueno, medio tío, y también a mi medio primo.

—No estoy segura de que «emocionada» sea la palabra —respondió Agnes con lentitud—. Tengo curiosidad, sí, pero ahora

mismo estoy más nerviosa que ilusionada. Esperaba que Theo y tus padres ya hubieran llegado.

—Probablemente se haya retrasado el avión, y suele haber mucho tráfico a estas horas, sobre todo un viernes por la tarde —trató de tranquilizarla Zazz—. No te preocupes, llegarán pronto. Además, ¿no dicen que los franceses siempre llegan cinco minutos tarde por cortesía? Eso le da a Theo un poco más de tiempo. Abuela, ¿puedo hacerte una pregunta? Es sobre Oscar, así que quizá prefieras no contestar —añadió Zazz—. No pasa nada si no quieres.

Agnes la miró.

—Creo que ha llegado el momento de hablar con honestidad de la clase de hombre que era. Tu madre y yo cometimos el error de no hablarte abiertamente del pasado, pero era más fácil ocultarlo y no hablar de él. ¿Qué quieres saber?

—Creo que era un hombre difícil, controlador, por lo poco que ambas habéis dicho y, francamente, alguien con quien yo odiaría estar casada, así que más o menos entiendo por qué lo dejaste. Pero…

—Me escapé por mi propia seguridad —la interrumpió Agnes en voz baja. La miraba con seriedad—. Y nunca me ha gustado hablar de eso.

—¿Quieres decir que era violento contigo?

Agnes asintió levemente.

—Oui.

—¿Ves? Eso no lo sabía.

—No había razón para que lo supieras —repuso Agnes—. No te afectó a ti, ¿por qué tenías que saberlo?

—¿También fue violento con mamá?

—No estoy segura.

—Entonces, ¿por qué hizo lo que pudo por cortar el contacto con él?

Agnes suspiró.

—Algo tuvo que pasar durante su última visita. Volvió antes de tiempo, diciendo que lo odiaba y que no quería volver a verlo nunca más, pero no quiso decirme por qué. Le pregunté si la había agredido y negó con la cabeza, pero claramente había pasado algo. Theo la trajo de vuelta, como hacía siempre, pero él tampoco sabía nada.

—¿Sabe por qué te marchaste al principio?

—Era pequeña; tenía siete años cuando ocurrió. Desde luego, no iba a contarle la verdad en aquel momento. Empezó a hacer preguntas cuando tuvo edad suficiente para visitar a Oscar ella sola cada verano —Agnes hizo una pausa—. Y admito que entonces le di una versión suavizada, una *version censurée,* si lo prefieres, de por qué había dejado a su padre. *Mais* desde entonces le digo la verdad.

—Mamá el otro día dijo que era malvado —susurró Zazz.

Agnes asintió.

—«Malvado» es una palabra que lo describe; «inmoral» es otra. El mundo es un lugar mejor ahora sin Oscar Agistini. Eso es todo lo que puedo decir.

Al oír el temblor en la voz de su abuela, Zazz se acercó con rapidez y la abrazó.

—Oh, abuela, lo siento muchísimo. No quería ponerte triste.

Agnes respiró hondo y se recompuso. Esbozó una débil sonrisa.

—Incluso ahora es más fácil no hablar de estas cosas, pero me alegro de que hayamos tenido esta conversación.

—Yo también —coincidió Zazz—. Gracias.

—*Donc!* Hora de meter la *pissaladière* en el horno —exclamó Agnes—. Siempre me parece que está mejor un poco caliente.

Al girarse hacia la cocina, se oyó un ladrido en la puerta principal. Esta se abrió un segundo después y Cerise entró corriendo, seguida de todos los demás, y durante un momento reinó el caos. Zazz le dijo rápidamente a su abuela que ella se encargaría de la *pissaladière* y de dar de comer a la perrita, que había corrido hasta la cocina y ya estaba sentada junto a su cuenco, esperando su ración.

Las dos familias se habían topado a veinte metros de la puerta principal y se habían presentado con rapidez. Una vez dentro, Rachel llevó a Serge para presentárselo a Agnes.

—Mi hijo, Serge —anunció.

—*Bonjour,* madame Agistini. *Enchanté* —dijo él, estrechándole la mano mientras Agnes intentaba no mirarlo fijamente y mantener las emociones bajo control.

A primera vista podría haber sido el propio Oscar de joven quien estaba allí, de pie, estrechándole la mano. Alto como su padre, había heredado la buena planta italiana de los Agistini, pero, al igual que en el de su recién descubierto tío Theo, no había dureza en su rostro, y sus ojos brillaban con dulzura al sonreírle a Agnes.

—No tengo la menor duda de quién fue su padre —murmuró Agnes—. Pero creo que su *maman* tenía razón: usted no es como él. No tiene esa severidad en la mirada.

—*Merci, madame,* no querría parecerme a él en modo alguno —respondió Serge, cuyo acento italiano añadía una deliciosa nota lírica

a su francés—. Y, por suerte, mi hijo, Albert, no parece haber heredado esos rasgos.

—Me alegro —dijo Agnes, con una sonrisa.

Zazz salió de la cocina con la *pissaladière* caliente y vaciló al ver a Albert de pie junto a Serge. Evitó tanto la mirada sorprendida de él como la de Theo, y colocó con rapidez el plato sobre la mesa.

—Albert, ¿podrías ayudarme a traer unos vasos de agua de la cocina, *s'il te plaît?*

Y se escabulló de nuevo.

—Perdonen —dijo Albert a Agnes y a los demás—. Parece que mi nueva prima necesita mi ayuda.

Siguió a Zazz hasta la cocina.

—Cierra la puerta. No me puedo creer que seas tú —masculló Zazz—. Aún no le he contado a mi madre lo de la fiesta en la que nos conocimos. Se va a poner furiosa cuando se lo diga. Si esta noche te pregunta dónde nos conocimos, ¿podrías decir simplemente que coincidimos muy poco tiempo en una fiesta en algún lugar de Cannes? Por favor, no menciones que fue en casa de Oscar. Eso necesito contárselo yo.

—De acuerdo.

—Gracias.

Zazz suspiró aliviada.

—Tengo una pregunta para ti: ¿aquella noche sabías que eras el nieto de Oscar?

Albert negó con la cabeza.

—*Non.* Para ser sincero, no tenía claro por qué me habían invitado. No suelo moverme en esos círculos. Oye, ¿ibas en serio con lo de los vasos de agua?

—Están en el estante de arriba. —Señaló con el dedo—. Si puedes, coge media docena; yo llenaré una jarra de agua.

De vuelta en el salón, Theo había empezado a repartir las copas de champán y, con cautela, Agnes propuso un brindis.

—*Pour forger de nouveaux liens familiaux.* Por la familia.

Francine, mientras daba un sorbo al champán, observó a Serge y a su madre por encima de la copa. Rachel, la mujer esbelta y de discreta elegancia a la que Agnes había saludado con un beso, distaba mucho de la mujer que Francine había imaginado. En cuanto a su recién descubierto medio hermano, parecía un hombre agradable. Las apariencias engañan, por supuesto, pero estaba dispuesta a intentar conocerlo. Y Zazz charlaba animadamente con Albert, su recién encontrado primo.

Una vez que la incomodidad inicial se hubo disipado, la conversación se centró en el delicado asunto del testamento de Oscar.

—Le diré a monsieur Caumont que la declaración jurada que firmó Rachel es prueba suficiente de que usted es hijo de Oscar —les comunicó Agnes—. No necesitamos comprobarlo con análisis de ADN. Basta con mirarle bien para saber que dice la verdad.

—Gracias —dijo Serge.

—Tenemos que vaciar la casa antes de poder ponerla a la venta. ¿Quiere algo de la casa? ¿Ha estado alguna vez?

Serge negó con la cabeza.

—*Non,* nunca he entrado en la casa y no tengo necesidad de hacerlo, salvo quizá para ayudarles a sacar las cosas.

—Creo que retiraremos los objetos personales y después llamaremos a una empresa de mudanzas para que lo tire todo.

Ninguno de los muebles es especialmente bueno —opinó Theo, mirando a Agnes en busca de confirmación, y ella asintió.

—Otra cosa: las cenizas de Oscar están aquí ahora —indicó Agnes —. No deseo celebrar un funeral, pero tenemos que deshacernos de ellas. ¿Quiere participar de algún modo? ¿Celebrar su propio acto?

Serge volvió a negar con la cabeza.

—*Non.* No siento ningún respeto por ese hombre. No puedo ser hipócrita y decir lo contrario. Hagan lo que deseen con ellas. —Serge miró a Agnes—. Creo que debo explicar por qué decidí reclamar mi parte de la herencia. Personalmente, no quiero el dinero. Lo hago por mi *maman,* para ayudarla a olvidar el dolor que le causó Oscar.

Agnes le sonrió.

—Lo entiendo perfectamente. Yo pienso igual.

Eran casi las ocho cuando Zazz pidió disculpas y se marchó, ya que había quedado con Mel y Dominic.

—Ha sido un placer conocerte, tío Serge, y a ti también, primo Albert. Me quedaré aquí al menos unos meses, así que quizá podamos volver a vernos pronto.

Cuando Zazz se fue, Rachel, con pesar, comentó que ellos también deberían ir pensando en marcharse. Pronto la reunión llegó a su fin.

Mientras Agnes permanecía en la puerta junto a Theo, despidiéndose de los Cortez, suspiró con satisfacción al sentir que la abrazaba por los hombros. Sin pensarlo, se inclinó hacia él.

Por suerte habían logrado resolver las cosas con los Cortez sin involucrar al notario. A primera hora de la mañana siguiente llamaría para concertar una cita con monsieur Caumont y contarle el acuerdo al que habían llegado. De esa forma, él podría encargarse de todos

los trámites legales. Una vez que la villa estuviera vacía y en venta, podría volver a su casa. A su hogar. La idea le hizo contener el aliento. En el poco tiempo desde que había vuelto a su ciudad natal, se había enamorado de nuevo de aquel sitio: se sentía como en casa y era donde, por inesperado que fuera, anhelaba volver a vivir. Quería pasar el resto de sus días en el lugar al que pertenecía en realidad… y pasar tiempo con Theo.

Sabía, sin que él tuviera que decirlo, que lo haría inmensamente feliz si se quedaba una temporada. Y él se merecía ser feliz. Pero ¿era aquello lo más sensato después de tantos años? ¿No debería simplemente aceptar el *statu quo* y disfrutar de la amistad afectuosa que siempre habían tenido, en lugar de desear algo más?

Capítulo 30

Francine esperaba a Zazz en la cocina cuando esta regresó de su carrera matutina con los cruasanes del desayuno. Zazz contuvo un suspiro. Sabía lo que se avecinaba. Al marcharse temprano la noche anterior, había impedido que su madre la interrogara sobre Albert. No iba a tomarse bien la verdad, eso estaba claro.

—Buenos días, mamá. He traído los cruasanes —dijo Zazz alegremente, tendiéndoselos—. ¿Dónde está papá?

—Gracias —respondió Francine—. Aquí tienes café. —Le empujó una taza por la mesa—. Papá bajará en un momento.

—Anoche me lo pasé bien en los aperitivos. Los Cortez parecen simpáticos. Agnes y Rachel se llevan bien —comentó Zazz.

—Agnes y Rachel se conocían de cuando tu abuela vivía aquí. Pensé lo mismo de ti y Albert —replicó Francine.

Zazz bebió un sorbo de café y volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—Le conocí en una fiesta la última vez que estuve aquí. En las fiestas, la gente rara vez se presenta bien: él solo dijo «Hola, soy Al». No tenía ni idea de que era el diminutivo de Albert, ni de cuál era su apellido, y aunque lo hubiera dicho, no me habría sonado de nada.

—Supongo que la fiesta fue aquí, en Cannes —se aventuró Francine.

Zazz la miró con cuidado. Aquella era la respuesta que no iba a gustarle.

—Vale, voy a ser sincera. Vine para el octogésimo cuarto cumpleaños de Oscar el año pasado. Dio una fiesta en esta casa: dijo que quería presumir de nieta delante de sus amigos. ¿No es para morirse de vergüenza? Sobre todo, porque solo habría unas cinco personas de mi edad, incluido Al; la mayoría eran de la edad de Oscar.

—¿Fue una buena fiesta? —preguntó Francine, clavando la mirada en ella. Zazz se encogió de hombros.

—Estuvo bien, pero Oscar se emborrachó muchísimo. Al apenas se había presentado cuando lo arrastró para presentarle a otra persona.

—¿Estabas en esta casa cuando me llamaste para felicitarme por mi cumpleaños?

Zazz asintió.

—Sí. En mi habitación.

—Entonces me mentiste al decir que te ibas a Ibiza con unos amigos del trabajo.

—Bueno, no podía contarte adónde iba realmente, ¿no? —Zazz la miró pensativa—. Acabo de caer en algo: el hecho de que Al estuviera en la fiesta quizá signifique que Oscar sabía quién era. Albert comentó anoche que no entendía muy bien por qué lo habían invitado. Desde luego, no tenía idea de mi parentesco con Oscar hasta ayer por la noche.

Se hizo el silencio antes de que Francine hablara.

—No puedo creer cómo has actuado con esta farsa. Sabías cómo nos sentíamos tu abuela y yo respecto a Oscar y, aun así, seguiste adelante y planeaste venirte a vivir con él.

—Mamá, los problemas que tú y la abuela tuvisteis con Oscar son cosa del pasado. No eran mi problema. Si no hubiera muerto, quizá habría acabado discutiendo con él también, pero eso nunca lo sabremos. Siento haberos hecho daño a ti y a la abuela, pero era algo que necesitaba hacer. Quería formarme mi propia opinión sobre él.

—Me llamó por mi cumpleaños, de improviso —le contó Francine —. Borracho perdido. Y pensar que tú estabas en esta casa en ese momento… No entendí ni una palabra de lo que decía. Al final colgué. Sabía que había un motivo detrás de esa llamada, pero no lograba descifrarlo. Hasta ahora. —Apartó el plato con el cruasán intacto—. Estoy segura de que quería regodearse conmigo. Creo que el mensaje que estaba demasiado borracho para articular aquella noche era: «Tú y tu madre no me queríais, pero tu hija sí». —Francine miró a Zazz con tristeza—. Y el hecho de que tú le dieras siquiera la oportunidad de pensar eso… duele.



Mientras desayunaban, Francine le propuso a Edwin pasar la mañana explorando Cannes.

—Tengo muchas ganas de enseñarte la ciudad.

—¿Vendrá Zazz con nosotros?

—Ya ha salido —replicó Francine, tensa—. Hemos vuelto a discutir. ¿Te puedes creer que nos mintió diciendo que iba a Ibiza? En realidad vino aquí para el último cumpleaños de Oscar.

Edwin la miró con preocupación antes de responder.

—Ya sé que es duro, pero tienes que aceptar que Zazz necesita vivir su vida y decidir quién quiere que forme parte de ella. A mí

también me molesta que viniera a escondidas, pero puedo entender por qué lo hizo: fíjate lo enfadada que estás, incluso ahora, después de tanto tiempo.

—Todos estos años protegiéndola de Oscar tirados por la borda porque ella decidió que no teníamos derecho a mantenerlos alejados. Qué chica tan estúpida.

Edwin suspiró.

—Pensándolo bien, quizá habría sido mejor explicarle los motivos por los que Agnes y tú queríais mantenerla lejos de él. Cada vez que mencionaba a Oscar cortabais la conversación de golpe; os negabais a hablar de ese hombre con ella… Era lógico que eso despertara su curiosidad.

—En aquel momento me pareció lo correcto. Me duele que parezca que se ha puesto de su parte al mentirnos.

—Eso no tiene sentido, no está del lado de nadie —la contradijo Edwin—. Creo que eres demasiado dura con ella. Zazz nunca llegó a conocer de verdad a Oscar antes de que muriera. Ahora es el momento de que te sinceres con ella. Cuéntale por lo que tuvisteis que pasar tu madre y tú. No conoce el comportamiento de Oscar como vosotras. Cuando se lo cuentes, comprenderá que tratábamos de protegerla.

—Me alegro tanto de que Oscar muriera antes de que Zazz se mudara aquí con él… Es terrible decirlo, pero —Francine se encogió de hombros— no quiero ni imaginar qué podría haber pasado.

—El caso es que no ha habido esa oportunidad, así que no lo conviertas en un problema más grande de lo que es para Zazz.

Francine lo miró fijamente, pero antes de que pudiera replicar, Edwin se levantó.

—Creo que deberíamos dejar esta conversación y salir a tomar el aire. Vamos, enséñame Cannes, que me lo has prometido —dijo, llevándose su taza y su plato al lavavajillas—. Quiero pasear por esa famosa Croisette de la que tanto he oído hablar.

Francine suspiró.

—Tienes razón. Vamos. Primera parada, Allée des Étoiles du Cinéma.

Edwin la miró, arqueando las cejas.

—¿Qué es eso?

—Ya lo verás.

Veinte minutos después, tras desviarse para mostrarle el bullicioso Marché Forville y pasar junto a varios obreros que se afanaban en colocar las vallas para el inminente Festival de Cine, se encontraban frente a los famosos escalones rojos del Palais des Festivals. Caminaron mirando al suelo, fijándose en algunas de las más de trescientas huellas de manos de celebridades incrustadas en el pavimento de la Allée des Étoiles.

—La respuesta de Cannes al Paseo de la Fama de Hollywood, en Los Ángeles. Mira, están Sophia Loren, Jean-Paul Belmondo, Julie Andrews y Johnny Hallyday, por nombrar algunos. Y aquí está Catherine Deneuve —señaló Francine—. La favorita de mi madre. Me pregunto si Theo ya le habrá enseñado este paseo.

—No me había dado cuenta del cariño que le tiene Theo a tu madre —dijo Edwin distraído, avanzando por el camino.

Francine lo miró de reojo.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí, en Francia, parecen más cercanos de lo que parecían cuando los veíamos juntos en Bath o en Dartmouth, eso es todo.

Parecen más… una pareja.

—Se conocen desde hace mucho tiempo —respondió Francine—. Se sienten a gusto el uno con el otro, sin duda. Sé que *Maman* siempre temió que Oscar se volviera contra Theo, algo que, por lo visto, ya había hecho en el pasado. Tal vez ahora que está muerto, ambos estén más tranquilos.

—Probablemente sea eso —asintió Edwin, mirando hacia un puesto de helado de colores llamativos—. ¿Te apetece un helado?

—Iba a proponer que paráramos a tomar un café, pero sí, un poco de *glace* me parecería estupendo.



Zazz, consciente de que no podía librarse de la cena familiar de aquella noche, se mantuvo cerca de su padre mientras los tres caminaban para encontrarse con Theo y Agnes el sábado por la tarde. La tensión con Francine seguía, y había decidido que mantener las distancias era lo más sensato. El restaurante que su madre había reservado estaba junto a una pista de petanca en las Allées de la Liberté, una plaza muy concurrida en el corazón de Cannes. Zazz se dejó caer en una silla entre su padre y Theo, aliviada.

Una vez que pidieron —filetes para Edwin y Theo, *magret* de pato para Agnes y Francine, y un plato vegetariano para Zazz—, Edwin sirvió el vino.

—Y pensar que nunca había estado en el sur de Francia… Espero que sea la primera de muchas visitas —dijo.

—Puedes venir a verme cuando quieras, papá —respondió Zazz—. Tú también, mamá —añadió deprisa, al ver la mirada de Francine.

—Gracias. Seguro que vendremos, ¿verdad? —le aseguró Edwin, volviéndose hacia su mujer.

—Depende de dónde viva Zazz cuando se venda la casa —replicó Francine, fulminando a su hija con la mirada—. Los estudios no suelen tener mucho espacio.

Zazz suspiró, pero no dijo nada. Su madre solo había dicho la verdad. El apartamento que planeaba compartir con Mel, aunque era mucho más grande que un estudio, no tenía habitación de invitados.

—Estáis invitados a quedaros conmigo cuando queráis —ofreció Theo.

—¿Ves, mamá? Problema resuelto.

Theo desvió la conversación hacia un terreno más seguro con su siguiente propuesta.

—Había pensado que podríamos hacer una visita a Saint-Honorat mañana. La isla es preciosa y el monasterio merece la pena, y un domingo por la mañana sería el momento perfecto. Es un lugar que realmente te levanta el ánimo.

—Me encantaría —aceptó Agnes en voz baja—. Recuerdo haber ido hace años. Era un sitio tan tranquilo…

—Yo me acuerdo más de Sainte-Marguerite —la interrumpió Francine—. De navegar de noche con mis amigos, a la luz de la luna, hacer una hoguera en la playa y asar salchichas chamuscadas. —Rio —. Seguro que era ilegal, pero fue divertidísimo. La próxima vez que vea a Piers tengo que preguntarle si recuerda nuestras aventuras nocturnas ilícitas. Estoy segura de que sí. —Bebió un sorbo de vino —. Sí, vamos mañana. Una visita a las Îles de Lérins después de tantos años será agradable.

Zazz, que estaba allí sentada escuchando a su madre rememorar las vacaciones que había pasado en su adolescencia, se preguntó fugazmente si ella y Piers habrían sido pareja en su juventud. Desechó enseguida la idea. Era demasiado extraño pensarlo siquiera.

—Me gustó conocer a nuestros nuevos parientes anoche —comentó—. Mi medio tío parece majo, y conocer bien a mi nuevo primo, Al, puede ser interesante. —Sonrió a todos antes de beber un sorbo de vino.

—¿Lo dices para provocarme? —preguntó Francine, enfadada.

—No. Pero, nos guste o no, forman parte de nuestra familia. De nuestra familia disfuncional. —Zazz se volvió hacia Agnes—. Tú te llevas bien con Rachel, ¿verdad, abuela?

Agnes asintió.

—Sí. Creo que tuvo un comienzo de vida difícil, y lo que ocurrió fue culpa de Oscar. Se aprovechó de una joven vulnerable.

—Ahí lo tienes. Oscar culpable, Rachel inocente. Todos podemos ser amigos. —Zazz sabía que esa vez sí estaba provocando, pero su madre estaba siendo tan insoportable que no podía evitarlo.

En aquel momento llegaron los platos y, para alivio de Zazz, el silencio se impuso durante un buen rato cuando todos se concentraron en la comida. Mientras saboreaba sus enchiladas vegetarianas cubiertas de una deliciosa salsa picante, decidió que de ninguna manera iría a la excursión en barco del día siguiente.

Capítulo 31

Zazz se sintió aliviada al encontrar a su padre solo en la cocina cuando volvió de correr a primera hora de la mañana.

—Buenos días —saludó, dejando la bolsa de cruasanes sobre la mesa, como de costumbre—. ¿Dónde está mamá?

—Preparándose para nuestra excursión a la isla. Tendrás que darte prisa. Tenemos que salir en unos quince minutos si queremos coger el primer barco.

—Yo no voy —anunció Zazz mientras colocaba una cápsula en la cafetera y pulsaba el botón.

Edwin la miró.

—De acuerdo, es una pena. Me decepciona. Te echaré de menos.

—Lo siento, papá, pero mamá y yo estamos mejor si nos mantenemos separadas por ahora —suspiró—. Parece que la enfado cada vez que abro la boca o le doy una respuesta sincera cuando me pregunta.

—Anoche sí la provocaste un poco, fuese a propósito o no —señaló Edwin.

—Lo fue y no lo fue. Pensé que mencionar a los Cortez en lugar de rehuir hablar de ellos sería bueno. Debería haberlo sabido. Me llevaré mi cruasán y el café arriba, así no estorbo. Pasadlo bien. Quizá podamos ir juntos otro día, ¿no?

—Por supuesto. Que tengas buen día.

Zazz se quedó en su habitación hasta que oyó que la puerta de la calle se cerraba y que sus padres se habían marchado. Medio esperaba que Francine subiera a discutir por no acompañarlos, pero

no lo hizo, y Zazz sospechó que su padre le había pedido que no lo hiciera. Hora de ducharse. Después daría un paseo por el mercado de artesanía del que le había hablado Mel.

El Marché Forville bullía cuando atravesó los puestos, esquivando gente y empapándose del ambiente mientras hacía foto tras foto. A Marcus quizá le gustara un reportaje sobre la historia del mercado, sobre todo ahora que lo habían reformado. Una foto la hizo sonreír: en un puesto, un anciano elegía verduras para una ensalada con sumo cuidado, con un gran gato naranja, equipado con collar y correa, enroscado plácidamente sobre sus hombros. Los ojos azules del gato no perdían de vista los movimientos del vendedor.

Cuando llegó al mercadillo de antigüedades y artesanía que se celebraba al aire libre en las Allées de la Liberté, Zazz se detuvo en el borde del espacio abierto y tomó varias fotos desde lejos, intentando captar el tamaño del evento. Había tantos puestos… Libros de segunda mano, loza, discos de vinilo, postales, juguetes, muebles, cuadros, joyería… Entre los de segunda mano, algunos vendían pañuelos serigrafiados, pinturas, juguetes de madera de aire antiguo; un autor ofertaba su último libro; y otros vendían cestas de mimbre, chaquetas y sombreros hechos a mano. El mercado ofrecía una gran variedad de artículos, ya fueran nuevos o usados, y también mucho material para su blog y fotos para Instagram.

Zazz fue curioseando, intentando resistir la tentación de comprar un sombrero de paja del que se había enamorado, pero fracasó en su empeño. Estaba en el sur de Francia: era imprescindible protegerse del sol. Vista así, la compra era una inversión necesaria.

Se moría por tomar un café. Tras pagar el sombrero, decidió que ya había cubierto su cupo de compras y se encaminó al café de

Piers. Para su sorpresa, había una larga cola en la puerta, y veía a Dominic y a Piers atareados dentro.

—*Excusez-moi* —dijo, abriéndose paso entre la fila—. *Je travaille ici.*

Piers la vio acercarse y sonrió.

—¿Vienes a echarnos una mano?

Zazz asintió.

—Parece que os hace falta. —Miró hacia el fregadero, lleno de tazas a la espera de meterlas al lavavajillas—. ¿Empiezo por aquí?

Piers asintió.

—Gracias. —Y volvió a la cola. La siguiente hora pasó en un suspiro mientras Zazz dejaba lista la vajilla, recogía y limpiaba mesas y, en general, se encargaba de todo.

—*Merci beaucoup* —le agradeció Piers cuando por fin se disipó la cola—. Un domingo por la mañana excepcional. André pidió el día libre y no creí que estuviéramos tan ocupados. El festival no empieza hasta el miércoles, que es cuando cada día será así, pero entonces tendré más personal y Mel ayudará.

—Si volvéis a estar apurados, estoy encantada de ayudar —dijo Zazz—. Me recuerda a cuando trabajaba en cafeterías en mi época de estudiante. —Sonrió cuando Dominic le tendió una taza—. Gracias.

—¿Cena esta noche como agradecimiento? —le preguntó Dominic en voz baja, mientras Piers se apartaba para atender a un cliente. Zazz vaciló—. Creo que vas a decir que no hace falta, pero es la excusa para invitarte otra vez. Así que, por favor, ¿cenamos juntos esta noche?

Zazz le sonrió.

—*Merci.* Me encantaría.



—Iba a ser una salida en familia —refunfuñó Francine cuando Edwin le contó que Zazz no iría a Saint-Honorat—. Supongo que me culpa a mí.

—No directamente —contestó Edwin con diplomacia—. Solo siente que cada vez que dice algo te molesta. No quería estropear el día. Ya habrá más salidas en familia. Bien, ¿listos para el barco?

Francine asintió.

—Sí. Hace un día precioso. Con suerte, el mar estará en calma.

Mientras los cuatro caminaban por el muelle hacia los barcos turísticos, Francine le señaló a Edwin el barco de Piers.

—Siempre le ha apasionado navegar. Me alegra que le vaya bien y tenga el yate de sus sueños.

El barco turístico estaba abarrotado, pero lograron sentarse en la cubierta exterior y pronto surcaban la bahía hacia las Îles de Lérins. Francine aspiró la brisa marina y disfrutó de algún que otro salpicón cuando la proa cortaba el agua. Quince minutos después, el barco atracó con destreza y la gente empezó a desembarcar.

—Si seguimos por ese sendero —indicó Theo—, llegaremos a tiempo para la misa en la abadía. Solo si os apetece, claro. Las puertas se cierran cuando comienza y no se puede salir. Luego se puede entrar libremente para disfrutar de un momento de intimidad. Desde fuera se oye un poco el canto.

—Me gustaría estar en la iglesia para oír a los monjes —musitó Agnes.

—Voy contigo —respondió Theo.

—Yo prefiero entrar luego, a solas —indicó Francine.

—Yo también —asintió Edwin.

Los cuatro siguieron el camino y pronto estaban ante el sendero que conducía a la abadía. Las matas de lavanda, que perfumarían el aire con el paso de los meses, se alternaban con arbustos y buganvillas a ambos lados. A lo largo del extenso sendero se veían, espaciadas a intervalos regulares, señales en las que solo figuraba la palabra «silencio».

—Llegamos a tiempo —susurró Theo—. ¿Nos vemos junto a la boutique en una hora? —Y él y Agnes se encaminaron hacia la puerta abierta.

Intimidada por los carteles de silencio, Francine miró a Edwin, le cogió de la mano y tiró de él hacia el lugar por donde debían ir. Al alejarse de la zona de silencio, se relajó.

—Vamos a caminar y empaparnos del ambiente. Y voy a intentar recordar la historia de la isla. Sé que hay monjes aquí desde el 410. Creo que siguen la regla de san Benito. El viñedo es pequeño, unas ocho hectáreas, pero los vinos y licores son famosos en todo el mundo.

Tras explorar varias calas, pasear por senderos flanqueados de olivos y pinos carrascos y contemplar las hectáreas de vides cuidadas por monjes de hábito blanco, Edwin también había caído bajo el hechizo del lugar.

Agnes y Theo los esperaban junto a las tiendas y el restaurante.

—Pensábamos comer en el restaurante —les explicó Agnes—. Tiene muy buena fama.

—¿Y si compramos algo en el quiosco de ahí y hacemos un pícnic? —propuso Francine—. Aún me siento llena después de la

cena de anoche. Hay unas mesas de pícnic muy cerca.

—Buena idea —corroboró Theo—. *¿Pan bagnat* para todos? ¿Y una botella de rosado a medias?

Francine le indicó a su marido la dirección en la que recordaba haber visto mesas unos metros más adelante, ocultas detrás de unos pinos.

—Vamos a reservar una.

Agnes y ella dejaron a los hombres comprando. Se sentaron, mirando la bahía de Cannes hacia la costa. Agnes suspiró feliz.

—Es genial estar aquí otra vez —confesó, mirando a Francine—. ¿Te alegras de haber vuelto?

—Sí. Empiezo a sentir que nunca me había ido. Edwin y yo vendremos siempre que podamos. Puedes venir con nosotros.

—Sí, ¿verdad? —dijo Agnes, pensativa.

—Cuando se venda la casa, podríamos usar nuestra parte para comprar un apartamento. Estoy segura de que Theo le echaría un ojo. Así podríamos bajar cuando quisiéramos.

—Theo ya nos ha ofrecido venir a su casa todas las veces que queramos —contestó Agnes.

Francine asintió.

—Lo sé, pero no quiero abusar. Es bueno ser independiente. Ya llega la comida —anunció cuando aparecieron Theo y Edwin.

Los *pan bagnat,* que eran del tamaño de un plato pequeño, venían repletos de ensalada, huevo y atún. Todos coincidieron en que estaban deliciosos.

Edwin negó con la cabeza mientras contemplaba el Mediterráneo hacia la costa, maravillado.

—Este lugar es tan bello, tan tranquilo, que cuesta recordar que ahí enfrente, a poca distancia, el siglo xxi late con todo su engranaje comercial.

Theo sonrió con cierta melancolía.

—Estoy de acuerdo. La vida de hoy es rápida y feroz comparada con la que llevan los monjes aquí. Pero incluso ellos tienen que llevar un negocio para sobrevivir y mantener la antigua abadía, aparte de su ritmo de vida pausado.

Agnes se sacudió las migas del regazo y se puso en pie.

—Y yo, por mi parte, agradezco a los monjes que nos regalen este refugio, apartado del mundo real… y que hagan vinos y licores tan ricos. Dos de esas botellas están esperando a Theo en la tienda.



Zazz no sabía qué ponerse para su cena con Dominic. No había traído ropa de salir: casi todo eran vaqueros y camisetas. Al final eligió sus vaqueros blancos preferidos, una camiseta marinera de manga larga con rayas rojas y un chaleco vaquero por si refrescaba, y se calzó unas sandalias de cuña. Dominic había dicho «cena» y no «comida», así que esperaba que fueran a un bistró y no a un restaurante elegante.

Dominic se había ofrecido a subir a Le Suquet a buscarla y bajar andando juntos, pero Zazz sugirió enseguida que se vieran en el centro y lo convenció para encontrarse al pie de la rue Saint-Antoine. Aquella no iba a ser la noche en que se lo presentara a sus padres, especialmente a su madre. Él la estaba esperando y la saludó con un beso en la mejilla.

—Espero que te guste la pasta —quiso asegurarse mientras la miraba—, porque vamos al mejor bistró de pasta de Cannes.

—Me encanta la pasta —canturreó Zazz.

—Bien. Vamos, está a cinco minutos por aquí.

Dominic empujó una puerta anodina y apareció un espacioso patio con varias macetas enormes de terracota con olivos o adelfas repartidas, muros de piedra cubiertos por una buganvilla desatada y, al fondo, una logia tapizada de plumbago azul. Había mesas y sillas bajo la logia y algunas otras desperdigadas por el patio entre las plantas. El follaje estaba cubierto con guirnaldas de luces y los focos de las macetas empezaban a encenderse al caer la tarde.

Zazz miró alrededor, asombrada.

—Qué lugar tan maravilloso. Es mágico. —Se guardó para sí «y romántico».

—Uno de los secretos mejor guardados de Cannes —le aseguró Dominic—. Si no te lo cuentan, no lo encuentras. Y se come bien.

Un camarero se aproximó; debía de ser amigo suyo, porque se rio y saludó a Dominic por su nombre antes de conducirlos a una mesa para dos bajo la logia. En la pared del fondo había una gran ventana, y Zazz observó, fascinada, cómo el equipo de cocineros y ayudantes danzaba en la cocina, concentrado en remover y saltear y decidido a sacar los mejores platos para los clientes. Era como ver un *ballet* sin música. Zazz supuso que dentro habría ruido, pero al patio no llegaba nada.

Siguió el consejo de Dominic y pidió *linguine* con judías verdes francesas, pesto de perejil y pecorino romano recién rallado. El vino que él eligió, un *sauvignon blanc* fresco con notas herbáceas, acompañaba a la perfección.

Mientras comían, Dominic le habló de varias películas que había visto y Zazz se dio cuenta enseguida de que era un auténtico cinéfilo. Ella no conocía ni la mitad de los títulos, solo los taquillazos. Él se rio cuando ella confesó que le encantaba cualquier cosa en la que aparecieran George Clooney y Julia Roberts.

Cuando él preguntó si tenía novio en el Reino Unido, Zazz le dijo que no y le contó lo de Rufus. Dominic mencionó que él también había salido escaldado en el pasado, pero no dio detalles; se limitó a decir que hacía años de aquello.

—¿Te gusta trabajar con tu padre en la cafetería? —preguntó ella.

Dominic asintió.

—Me encanta. Estoy deseando quedármela cuando mi padre se jubile, como siempre amenaza con hacer. André, mi hermano pequeño, no quiere estar a tiempo completo y planea irse a Estados Unidos cuando termine la carrera. Su ambición es trabajar uno o dos años en California y luego volver a Sophia Antipolis, el Silicon Valley de la Riviera, y montar su propia empresa tecnológica aquí. —Dominic se estremeció—. A mí me parecería una tortura estar pegado al ordenador todo el día.

Zazz le habló de su idea de centrarse en su proyecto de redes sociales y de su deseo de escribir una novela algún día. Nunca se lo había dicho a nadie, y le sorprendió sentirse tan cómoda contándoselo a Dominic. Agradeció que no ridiculizara su sueño.

Compartieron un tiramisú enorme de postre y tomaron unos cafés cortos después, aunque Dominic frunció el ceño al probarlos.

—No es tan bueno como el nuestro —susurró.

Tras la cena, él la tomó de la mano mientras paseaban por la Croisette mirando las luces, el enorme letrero iluminado de

«Welcome to Cannes» colgado sobre el paseo, los troncos de palmera enroscados en colores, más luces tendidas entre los árboles.

Al pasar frente al Palais des Festivals, Dominic dijo:

—Tengo dos entradas para la proyección del jueves por la noche. No sé si la película te gustará, porque no sale George Clooney, pero ¿te apetece venir y atreverte a pasar por la alfombra roja conmigo?

—¿En serio? Me encantaría —aceptó Zazz.

—Genial.

Dominic insistió en acompañarla a casa. En la puerta, ella se volvió.

—Gracias por esta maravillosa velada.

—La primera de muchas, espero —respondió él, antes de posar un beso fugaz en su mejilla y marcharse—. Hasta pronto.

Ya en su habitación, Zazz le envió un mensaje a Mel:

¿Nos vemos como siempre por la mañana? Necesito tu ayuda.

Capítulo 32

Mel esperaba a Zazz en el muelle a primera hora de la mañana, con una gran sonrisa.

—¿Quién cenó anoche con mi hermano mayor, eh? ¿Y qué clase de ayuda necesitas?

—Te lo cuento mientras corremos —contestó Zazz—. Dominic me ha invitado a una proyección en el Palais des Festivals durante el festival. He dicho que sí, claro, pero ¿qué me pongo? Por favor, aconséjame.

—Sin problema. Te llevaré a algunas de mis *boutiques* favoritas y te ayudaré a elegir algo espectacular para desfilar por la alfombra roja y sus famosos escalones. —Mel la miró de reojo—. Dominic consigue entradas todos los años, pero nunca ha llevado a una novia. Debes de gustarle mucho. ¿Y a ti? ¿Te gusta él?

—¿Vas a ponerte en modo hermana protectora? —preguntó Zazz —. Me gusta, pero acabo de salir de una relación y no busco nada serio ahora mismo. Además, necesito centrarme en mi nueva carrera. Se lo dije a Dom anoche. Pareció conforme con que seamos amigos.

—¿Amigos con derecho a roce?

Zazz se encogió de hombros.

—Quizá en el futuro. De momento nos estamos conociendo. Solo nos hemos visto un par de veces, Mel, pero me gusta, aunque sea tu hermano —añadió entre risas al ver la cara que había puesto.

Después de correr, Zazz recogió la habitual bolsa de cruasanes para el desayuno en su *boulangerie* favorita. Al volver a la casa, dejó

la bolsa sobre la mesa de la cocina y subió a ducharse antes de reunirse con sus padres para desayunar.

Le sonó el móvil con un correo de Marcus.

—¡Sí! —exclamó, alzando el puño de alegría tras leerlo.

—Marcus va a mencionar mi blog y mi canal de YouTube en la revista.

—Enhorabuena —la felicitó Edwin—. Estoy deseando ver tu nombre en la revista y presumir de mi hija la *influencer.* Creo que esta noche abriremos una botella de champán para celebrarlo.

—Gracias, papá. —Zazz miró a su madre con gesto inquisitivo—. ¿Mamá? ¿No te alegras por mí? La revista tiene una difusión enorme en línea.

—Sí, claro que sí. Muchísimas felicidades —respondió Francine.

—No suena muy convincente. ¿Intuyo un pero?

—Solo me preocupa que estés tan lejos de casa intentando crearte una vida nueva en un país extraño. Y sí que me preocupa que empieces viviendo aquí sola, en esta casa. —Francine negó con la cabeza—. Ya sé que llevas viviendo por tu cuenta desde que tu padre y yo nos marchamos, pero Bath está mucho más cerca de Devon que Cannes, por si necesitaras algo.

—¿Se te olvida que gracias a ti y a la abuela soy medio francesa? No es un país del todo extraño. El tío abuelo Theo está a la vuelta de la esquina. Estoy segura de que sería el primero en ayudarme si alguna vez lo necesito —repuso Zazz—. Y respecto a vivir en esta casa, Mel quiere que comparta piso con ella a partir de septiembre, así que no estaré sola mucho tiempo, en cualquier caso.

—Bueno, eso ya es algo —concedió Francine—. Tu padre tiene razón, celebraremos tu éxito en la revista con una botella de

champán esta noche. ¿Estás libre para echarnos una mano hoy? Tenemos que empezar a tirar cosas para poner la casa a la venta.

—Claro. Puedo ayudar por la mañana, pero por la tarde tengo que planificar contenidos y actualizar mis tres canales. ¿Por dónde empezamos?

—Hay que empaquetar toda la ropa de Oscar para Sunny Bank, la ONG local.

—Puedo hacerlo yo, si quieres —se ofreció Edwin—. Sé que no es un trabajo que te apetezca.

—Gracias —dijo Francine—. En ese caso… Zazz, nosotras podemos ponernos con la limpieza del dormitorio que no se usa.

Capítulo 33

El lunes por la noche, consciente de que al día siguiente él y Agnes tenían una cita con el notario, Theo decidió que se le había acabado el tiempo y que ya no podía seguir guardando silencio sobre la carpeta. Tenía que enseñarle a Agnes toda la documentación incriminatoria y contarle lo que Oscar había hecho. Si Agnes estaba de acuerdo, llevarían el archivo con ellos al notario. Dudaba que este pudiera hacer algo al respecto después de tanto tiempo, pero Theo creía que, aun así, debían informarle.

Agnes estaba sentada en el patio, leyendo plácidamente, y levantó la vista cuando Theo bajó de su habitación con el maletín y lo colocó sobre la mesa pequeña del patio. Lo miró, sorprendida.

—Necesito hablar contigo. Aquí está el sobre con tu nombre —dijo, sacándolo del maletín y tendiéndoselo.

—Gracias —respondió Agnes, apenas echándole un vistazo antes de dejarlo sobre la mesa y mirar a Theo con curiosidad.

—Ya sabes que he revisado los papeles de Oscar. Todo estaba en orden… hasta que encontré esto. —Deslizó la carpeta por la mesa hacia ella—. Ojalá no tuviera que enseñártelo, pero… —Se encogió de hombros—. A simple vista, todo parece ser legal, pero, cuando conoces la verdad, queda claro que no lo es.

—¿La verdad sobre qué? Theo, me estás asustando —jadeó Agnes, dejando el libro encima del sobre—. ¿Qué ocurre? ¿Oscar ha asesinado a alguien y ha escondido las pruebas? No me sorprendería.

—No, pero ha cometido un delito que te afecta directamente. El nombre escrito en la carpeta fue lo primero que me llamó la atención —explicó Theo, señalándola.

Agnes se inclinó para leerlo por primera vez.

—¿Denice Bernard? ¿Mi hermana Denice? Se fue de casa antes de que yo conociera a Oscar. ¿Cómo demonios podía conocer a mi hermana? —Lo miró, desconcertada.

Theo se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá el notario los puso en contacto. O tal vez ella volvió de visita y tus padres los presentaron sin decírtelo.

Agnes negó con la cabeza.

—No lo creo. Nunca volví a saber de mis padres después de irme con Francine. Fue Oscar quien me llamó para contarme primero que *Maman* había muerto, y luego, dos años después, lo de papá. En ambas ocasiones dijo que, como seguía siendo mi marido legalmente, se encargaría de todo. Que, si había algo que me correspondía, él se aseguraría de que me llegara. Debo admitir que no me hizo ninguna gracia su intervención. Quería contactar con el notario yo misma. Desde luego, no heredé nada de ninguno de los dos.

—Agnes, piensa bien en esto. ¿Recibiste alguna vez correspondencia de los notarios sobre tus padres cuando murieron? ¿Sobre la herencia?

—No. Ya te lo he dicho: Oscar insistió en ocuparse de todo por mí, así que toda la documentación debió de llegarle a él. Aunque no quedara mucho dinero tras la muerte de papá, la casa se habría vendido. Supuse que habían encontrado la manera de excluirme del testamento, porque nunca recibí nada.

Theo respiró hondo.

—Sabes que la ley francesa no funciona así. Era imposible que te excluyeran, y no lo hicieron. Pero Oscar sí.

—¿Qué?

—Tanto Denice como tú heredasteis cincuenta mil euros cada una cuando se vendió la casa tras la muerte de tu padre. —Theo tomó aire—. Oscar se quedó con toda tu parte. Lo siento muchísimo.

Agnes lo miró, atónita.

—Pero ¿cómo pudo hacerlo? Monsieur Caumont debía saber de mi existencia. ¿Y los papeles que había que firmar?

—Usó a otro notario, no a monsieur Caumont. Alguien de Marsella. Y en cuanto a los papeles, falsificó tu firma siempre que fue necesario. También debió mentir sobre tu paradero. Imagino que por eso se negó a divorciarse de ti cuando le mencionaste la posibilidad hace unos años.

Theo rebuscó entre los documentos.

—También hay una carta de Denice, que vivía en París cuando murió tu padre, preguntando por ti y por dónde estabas exactamente. Por alguna razón, Oscar conservó una copia al carbón de la respuesta que le envió: explicaba que te era imposible recibirla, pero que él te haría llegar cualquier mensaje que quisiera darte. —Alzó una hoja de papel fino, algo manchada por los años—. Se puede leer todavía. Según él, tú estabas enferma y no estabas en condiciones de recibir visitas.

—Oscar nunca me transmitió ningún mensaje suyo. No he sabido nada de Denice desde el día en que se marchó de casa.

Agnes lo miró mientras se esforzaba por contener las lágrimas.

—Me habría encantado tener a mi hermana de nuevo en mi vida hace años. La echaba más de menos que a mis propios padres, si te soy sincera.

—Lo sé —murmuró Theo con tristeza—. Mañana debemos enseñar estos papeles al notario. Por desgracia, sospecho que ya no se puede hacer nada, sobre todo ahora que Oscar ha muerto.

Agnes miró el archivo sobre la mesa.

—Oscar era un hombre tan retorcido… Siempre lo he odiado y, ahora que ha muerto, no creía que fuera posible odiarlo más de lo que ya lo hacía. Pero descubrir que me mantuvo alejada de mi hermana… —Cerró los ojos y respiró hondo—. Me alegro tanto de que esté muerto y de que ya no pueda hacerme daño.

—Encontré algo en la carpeta que creo que te va a gustar —la animó Theo.

Agnes abrió los ojos y lo miró.

—¿El qué?

—La dirección y el número de teléfono de Denice.

—¿De verdad? ¿Su dirección en París?

—Ahora vive en Juan-les-Pins.

—¿Denice ha vuelto a vivir aquí, en la Riviera? Siempre pensé que se quedaría en París. ¿Y hay un número de teléfono también? ¿La puedes llamar? ¿Me puedes llevar a verla?

—Sí, hay un número. Y, por supuesto, iremos juntos.

—¿Podrías llamarla cuanto antes y preguntarle si puedes ir a verla? Quizá después de la cita con el notario mañana. Inventa una excusa, pero no le digas nada de mí. Quiero que sea una sorpresa —pidió Agnes.

—La llamaré por la mañana —prometió Theo—, antes de ir al notario.

—Estoy tan emocionada… Que quede entre nosotros hasta que la haya visto. Espero que ella esté tan contenta como yo de volver a tener contacto. De niñas éramos inseparables. Me quedé destrozada cuando se fue. No puedo creer que, más de medio siglo después, mi hermana vuelva a vivir en la Riviera y que vaya a verla otra vez.

Más tarde aquella noche, en su habitación, mientras se preparaba para acostarse, los pensamientos de Agnes volvían una y otra vez a Denice. Recordaba que había sido la mejor hermana mayor del mundo: siempre protectora y muy divertida. Compartían habitación, y cuando Agnes empezó la adolescencia, su hermana —dos años mayor— comenzó a tratarla como a su mejor amiga y, tras hacerla prometer que guardaría el secreto, le confiaba sus sueños más íntimos.

Agnes siempre había sabido cuánto deseaba Denice ser actriz, quizá incluso ir a Hollywood y triunfar en el cine. Le fascinaba el festival: merodeaba por el Palais des Festivals, rondaba los cafés donde iban las celebridades y pedía autógrafos a los actores que paseaban por la Croisette. En aquellos años apenas había seguridad. Denice decía que había charlado con Kirk Douglas una mañana y, otro día, juraba que se había sentado en la arena con Brigitte Bardot.

Su gran tema de conversación era cómo un día se escaparía, porque sus padres no la dejaban vivir la vida que quería. Ellos no se tomaban en serio sus amenazas: su madre le pedía que madurara mientras que su padre le lanzaba advertencias terribles. Hasta que,

un día, se fue de verdad. Sin nota, sin despedirse de Agnes. Desapareció de sus vidas.

Agnes se había quedado tan conmocionada como todos. Denice siempre había insistido en que no le diría la fecha exacta de su marcha ni su destino, porque era mejor que no supiera nada: así podría decir la verdad cuando le preguntaran qué sabía. «Tú no sabes mentir ni para salvarte la vida», le había dicho sonriendo.

Agnes recordaba aquellos días y semanas horribles tras su marcha. Su madre, desconsolada; su padre, furioso. Había un recuerdo que destacaba entre los demás: Denice había dejado parte de su ropa, y Agnes, atrevida, se había probado un minivestido. Como era un par de centímetros más bajita, la prenda le cubría las rodillas en vez de apenas llegarle a los muslos, pero le quedaba bien y se sintió guapa. Todo iba bien hasta que su padre la vio y le gritó que se lo quitara de inmediato. Le prohibió ponerse nada de Denice nunca más y, para asegurarse, ordenó a su madre tirar todo lo que su hermana había dejado. Agnes consiguió esconder un pañuelo de seda azul marino con motivos de la Torre Eiffel en rojo escarlata, y lo llevaba cuando su padre no estaba.

Sonrió para sí. Aquel pañuelo, como su colgante celta, era uno de los objetos que había guardado a buen recaudo, pero siempre a mano. No lo había traído consigo a Francia, pero sabía perfectamente dónde estaba en Devon. Esperaba poder devolvérselo a Denice algún día.

Capítulo 34

—Después de todo el trabajo de hoy, creo que nos merecemos tomar un poco de aire fresco y quizá una copa de vino en un bar —propuso Edwin cuando él y Francine cerraron la última caja con cosas para Sunny Bank.

—Totalmente —convino Francine—. Un paseo por el muelle estaría genial. La brisa marina nos despejará. A lo mejor Piers está en su barco y por fin puedo presentaros.

El barco de Piers estaba completamente cerrado y no había rastro de él cuando pasaron por delante.

—En otra ocasión será —se lamentó Francine—. Quizá sea mejor ir a su café a tomar algo.

Siguieron caminando hasta ponerse a la altura del gran hotel en la curva de la carretera costera.

—¿Tomamos una copa de vino en el bar del hotel? —sugirió Edwin—. ¿O prefieres otro sitio?

—Impone un poco —reconoció Francine—. No voy lo bastante arreglada para un sitio así. Mejor nos volvemos. Hay un local pequeño en la placita, cerca de las escaleras junto a la casita de Theo.

Desanduvieron el camino y, al pasar de nuevo por el barco de Piers, él estaba a bordo y, al verlos, les sonrió, dándoles la bienvenida. Francine los presentó, y Piers insistió en que subieran a bordo para tomar una copa de vino.

—Zazz nos echó una mano ayer por la mañana en el café —les contó—. Se lo agradecimos muchísimo. Mi hijo, Dominic, la llevó a

cenar anoche a su bistró italiano favorito para darle las gracias.

—¿El mismo hijo que la invitó al cine la otra noche? —preguntó Francine—. No nos ha dicho nada.

Ella miró a Edwin, que se limitó a encogerse de hombros.

—No hay ninguna norma que diga que tenga que contarnos cada paso que da —opinó él—. Lleva tiempo siendo independiente y, cuando volvamos a Devon, no sabremos qué hace por aquí.

—Con los chicos soy mucho más relajado en lo que respecta a su vida social; con Mel, en cambio, tengo que contenerme para no ser demasiado entrometido —sonrió Piers—. Quizá tenga que ver con el instinto protector de un padre hacia su hija.

—Quizá —admitió Francine—. Aunque no recuerdo que a Oscar se le diera muy bien eso. Siempre fueron *Maman* y Theo quienes miraban por mí.

—Frankie, aquí tenías amigos que cuidaban de ti —susurró Piers —. Recuerdo que Theo me pidió que te echara un ojo porque… —vaciló—, por tu vida familiar complicada.

—No lo sabía —reconoció Francine—. Gracias. Con un poco de retraso. —Le sonrió.

—Siempre era un placer verte cada verano.

—Ayer estuvimos en Saint-Honorat y le contaba a Edwin nuestras hogueras nocturnas en la playa de Sainte-Marguerite.

—Ah, los viejos tiempos. Ahora sería imposible: demasiadas normas y regulaciones —se quejó Piers.

—Los chavales de hoy no saben lo que se pierden. —Francine apuró el vino y miró a Edwin—. Será mejor que nos pongamos en marcha. Mañana nos espera más limpieza en la casa y creo que acostarnos temprano nos vendrá bien.

Subían de nuevo hacia la casa de Oscar cuando Edwin dijo:

—¿Cuánto llegaste a conocer a Piers en su día? Parece que todavía te tiene mucho cariño, después de todos estos años. Nunca me he atrevido a llamarte Frankie, aunque nos conocemos desde hace tiempo.

—Es como me llamaban todos mis amigos aquí. Supongo que era un nombre de adolescente que dejé atrás —contestó Francine, sorprendida—. ¿Estás celoso?

—No. Solo tengo curiosidad.

—Piers y yo estábamos muy unidos, pero nunca fuimos pareja en el sentido de acostarnos. Si no me hubiera ido como me fui, quizá habría pasado algo entre nosotros ese verano, la verdad es que no lo sé. Siempre me hacía ilusión verle, pero llevaba años sin pensar en él. Ha sido toda una sorpresa reencontrarnos. —Se encogió de hombros—. Ahora piensa que soy una inglesa estirada. Muy distinta a la chica «espontánea» que conoció entonces. Ya sé que crees que soy demasiado dura con Zazz. ¿Eso significa que estás de acuerdo con Piers en que soy una estirada?

Como Edwin no respondió de inmediato, se detuvo y lo miró.

—Interpretaré tu silencio como un sí.

Edwin le tomó la mano.

—Creo que te pones tensa con lo que no puedes controlar porque te importa. Zazz es buena chica: se ha convertido en una joven estupenda y ahora tiene que encontrar su propio camino. No puedes seguir protegiéndola. En cuanto a no ser espontánea, el trabajo y las responsabilidades suelen imponerse a la espontaneidad para todos. Pero —Edwin le apretó la mano— estamos llegando a una etapa en la que podemos decidir lo ocupados que queremos estar y reservar

tiempo para nosotros. Creo que podemos acostumbrarnos a hacer cosas juntos sobre la marcha. No recuerdo que antes fueras especialmente espontánea, pero sí recuerdo que eras divertida. Quizá tengas que intentar reavivar a tu Frankie interior.

El resto del camino transcurrió en silencio. Al cerrar la puerta tras ellos, Francine se volvió hacia Edwin.

—Esta noche me apetece darme un baño, no una ducha.

—Mientras te bañas, voy a revisar el correo. Estoy esperando uno que quizá me obligue a volver antes de lo previsto.

Edwin se fue a la cocina y Francine subió las escaleras.

—Si quieres que te frote la espalda, avisa, Frankie —le gritó Edwin.

Francine se detuvo y miró en su dirección antes de entrar en el cuarto de baño. Ni hablar. Claro que no quería que le frotara la espalda. Eso solo llevaría a que acabaran en la cama y, después de lo de «estirada», no estaba de humor. Abrió los grifos y, cuando el agua caliente empezó a salir a borbotones, vertió una buena cantidad de su aceite de baño favorito con aroma a rosa; enseguida el perfume inundó la habitación.

Comprobó que la toalla estaba en su sitio, se desnudó, dejando la ropa en el suelo, y entró en la bañera. Se recostó y cerró los ojos, dejando que el agua caliente aliviara y relajara su cuerpo mientras intentaba dejar la mente en blanco. Aquello era la gloria. No obstante, las preocupaciones no tardaron en volver a asomarse en su cabeza. Siempre se había visto a sí misma como una persona sensata, dueña de sí, calmada durante las crisis y, en general, capaz de afrontar lo que la vida le echara encima. Pero ¿estirada? ¿De

verdad la describía en aquel momento? Empezaba a sospechar que sí.

¿Había cambiado tanto desde que Piers la conoció? ¿Cómo no se había dado cuenta de que se había convertido en una estirada? ¿Cuándo perdió su *joie de vivre* francesa, su alegría de vivir, como tan bien lo había expresado Piers? «Una inglesa estirada», la había llamado. No podía reducirse al hecho de que, a partir de los siete años, se crio en Inglaterra. Siempre hablaba en francés con su madre, y esta se había ocupado de que conociera su ciudad natal, Cannes, así como la historia de Francia. Era cierto que no hablaba de familiares, ni la visitaban abuelos o tías; solo el tío Theo. Pero sí hubo aquellas seis quincenas de vacaciones en su adolescencia en aquella misma casa. Esas vacaciones le habían mostrado una forma de vivir muy distinta, una que había dado por hecho que siempre tendría a su alcance.

Le vinieron recuerdos de cómo terminó de súbito aquel último verano. La vuelta a Devon con el tío Theo, decidida a que su madre no adivinara lo que le dolía haber tenido que rechazar aquella oportunidad. Recordó también su resolución de tomar las riendas de su vida en cuanto cumpliera los dieciocho, una o dos semanas después. Aquella fue la última ocasión en que su padre tuvo algo que decir al respecto. A partir de ahí aplicaría reflexión y cuidado para elegir el mejor rumbo.

¿Fue ese el principio de la pérdida de su espontaneidad? ¿El origen de esa rigidez? Edwin decía que no la recordaba especialmente espontánea, pero sí divertida cuando se conocieron. A todas luces ya no lo era.

Pensativa, Francine estiró una pierna y abrió el grifo del agua caliente con el pie. En la actualidad, todo era distinto. Había tantas oportunidades, tantas vías abiertas para la generación de Zazz, que sentía que todo era posible. Zazz. Francine suspiró. La quería con locura, pero tenía que admitir que no había sido la mejor madre en los últimos meses. Que Zazz afirmara su independencia al decidir quedarse en Bath y no mudarse con ellos cuando Francine y Edwin se fueron a Dartmouth la había pillado de sorpresa.

En un momento de lucidez, mientras alcanzaba el jabón, Francine comprendió que había sufrido el síndrome del nido vacío al revés: la hija se quedaba y la madre se iba. Y cuando estaban juntas, ella había intentado convencerse con demasiado ímpetu de que Zazz aún la necesitaba, pero solo había conseguido abrir una brecha entre ambas. Al menos ahora que identificaba el problema, podía empezar a reparar la relación.

Solo le faltaba encontrar a su «Frankie» interior. Quizá pudiera empezar esa misma noche.

—Edwin —le llamó—, creo que sí voy a necesitar que me frotes la espalda.

Capítulo 35

Theo llamó a Denice por la mañana, antes de salir hacia la oficina del notario, tal como había prometido, pero solo consiguió que saltara el buzón de voz. Dejó su nombre y número de teléfono y le pidió que lo llamara en cuanto pudiera. No hubo respuesta antes de que tuvieran que marcharse.

—*Bonjour* —saludó monsieur Caumont cuando hizo pasar a Agnes y Theo a su despacho—. ¿Han traído algunos documentos? —preguntó, mirando la carpeta que sostenía Theo.

—Sí. Es algo que creemos que debería saber, aunque en realidad pensamos que ya es demasiado tarde para remediarlo —explicó Theo.

—Pero antes —intervino Agnes—, he decidido lo de las pruebas de ADN. No creo que sean necesarias. Rachel Cortez ha firmado un documento legal y sabe las consecuencias de mentir. Ya he conocido a Rachel y a Serge, y también al hijo de este, y acepto que Serge es el hijo ilegítimo de Oscar.

El notario suspiró.

—Es irregular, pero solo puedo aconsejarle en este caso.

—Usted lo ha conocido —señaló ella—, seguro que reconoce el parecido familiar.

Monsieur Caumont asintió.

—*Oui, d'accord.* Procederemos sobre la base de una cuarta parte legal para usted y el resto dividido a partes iguales entre los hijos de Oscar Agistini: madame Mansell y monsieur Cortez. ¿Tiene intención de vivir en la casa, madame Agistini?

—En absoluto —respondió Agnes.

—Entonces habrá que venderla. ¿Desea que mi gestora inmobiliaria se ocupe de ello?

—Por favor.

—Sería bueno ponerla a la venta mientras dura el festival de cine —dijo el notario, pensativo—. No es una villa *belle époque,* pero su ubicación en Le Suquet la hace muy atractiva, y habrá muchos artistas en la ciudad deseando hacerse con una propiedad así. *Bon.* Pediré a mi gestora, Suzette, que la llame cuanto antes para concertar una visita y tomar fotografías. Quizá incluso organicemos una jornada de puertas abiertas. —Señaló la carpeta en manos de Theo.

Theo respiró hondo y se la tendió.

—La encontré revisando los papeles de Oscar. Parece que estafó a Agnes y se apropió de la herencia de sus padres.

—Oh, vamos, monsieur Agistini, eso es sumamente improbable —protestó el notario—. Hay controles establecidos para evitar algo así. Creo que quizá haya malinterpretado la situación. Le echaré un vistazo rápido para tranquilizarle. ¿Desean un café mientras lo leo? —Cuando Agnes y Theo aceptaron, pulsó un botón en su mesa—. *Trois cafés, s'il vous plaît.*

Mientras bebía el café, Agnes intentó leer la expresión del notario, pero, salvo algún leve tic en la comisura de los labios, mantuvo el rostro impasible. Pasaron diez largos minutos en los que Agnes y Theo miraban y esperaban. Finalmente, monsieur Caumont cerró la carpeta con un profundo suspiro.

—Mis disculpas, monsieur Agistini, tenía usted razón. Su hermano efectivamente estafó a su esposa y se quedó con su herencia —

declaró, mirando a Agnes—. El notario que utilizó en Marsella fue inhabilitado hace diez años por conducta gravemente deshonesta y ya ha fallecido. Puedo comunicarlo y añadir este caso a su expediente, pero… —Negó con la cabeza.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad? —musitó Agnes—. El dinero se ha esfumado.

El notario asintió con pesar.

—Así es. Lo siento de veras.

—Y cambiando completamente de tema —dijo Theo con calma—, ¿sabe usted si mi hermano tenía un yate de quince metros?

—No sé nada de ningún barco —respondió el notario, sorprendido —. No se menciona en sus papeles.

—Perfecto, porque mi hermano me lo prometió verbalmente en caso de morir —dijo Theo, sosteniendo su mirada—. Tengo intención de venderlo.

El notario le dedicó una sonrisa lenta y enigmática antes de estrecharle la mano.

—Me parece una buena idea. Pero recordemos que nunca hemos tenido esta conversación.

—Gracias. —Theo le devolvió la sonrisa y recogió la carpeta.

De camino a la casa de Theo, Agnes preguntó:

—¿De verdad Oscar te prometió el barco?

—*Non.* —Theo se volvió hacia ella—. ¿Sabes cuánto vale el barco de Oscar?

—Ni idea —respondió Agnes—. Los barcos nunca me han interesado mucho.

—En torno a cuarenta y cinco mil euros, quizá más. Con un poco de suerte, esa cantidad debería aparecer en tu cuenta dentro de

poco, cuando lo venda.

Agnes se detuvo en seco.

—¿Cuánto has dicho? ¿No debería formar parte de la herencia de Oscar y dividirse entre Francine y Serge?

—No figura entre los bienes de Oscar. El notario no sabe nada del barco. Cuando se venda, el dinero servirá para devolverte parte de lo que Oscar te robó… y que probablemente fue lo que utilizó para comprar el barco.

—¿Y el notario está conforme con eso?

—Como él mismo ha dicho, nunca hemos tenido esta conversación.

Agnes le sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Gracias.



Esa noche, Edwin y Francine, tras pasar el día limpiando y ordenando la casa de Oscar, se unieron a ellos llevando *pizzas* para cenar.

—Esta mañana, en la oficina del notario, hemos puesto la casa en venta con él —les explicó Agnes—, y enviará a alguien pronto para hacer fotos y tomar medidas. Cree que se venderá rápido. Incluso ha hablado de organizar una jornada de puertas abiertas durante la última semana del festival.

—Buena idea —dijo Edwin—. Ese tipo de cosas suele acelerar la venta.

—Hemos decidido darnos un día de descanso mañana —anunció Francine—. Tomaremos el tren por la costa y exploraremos Mónaco. ¿Queréis venir con nosotros? Le hemos preguntado a Zazz, pero se

va de compras con Mel para elegir un vestido para su aventura en la alfombra roja con Dominic.

—Cannes estaba a rebosar cuando bajamos —recordó Edwin—. Se respiraba ambiente de fiesta. Y hay un buen número de superyates fondeados en la bahía. Supongo que, con el festival ya en marcha, la ciudad estará aún más animada.

Tras intercambiar una mirada con Theo, que se encogió ligeramente de hombros, Agnes respondió:

—Gracias por la invitación, pero creo que Theo y yo pasaremos un día tranquilo aquí. Sé que espera una llamada y quizá tenga que ir a Antibes, a Juan-les-Pins.

El teléfono de Theo vibró en un momento de la velada, y Agnes contuvo la respiración cuando él se levantó murmurando:

—Perdonad, tengo que contestar.

Desapareció dentro de la casa. Dos o tres minutos después volvió al patio y, al mirar a Agnes, negó despacio con la cabeza. No era Denice, como ella había esperado.

Cuando Francine y Edwin se marcharon, Agnes y Theo tomaron una copa de licor de Saint-Honorat en el patio.

—Ojalá Denice se dé prisa en devolverte la llamada —suspiró Agnes—. Me preocupa que no lo haga.

—Supongo que estará ocupada y que devolver una llamada de un desconocido no será su prioridad.

—Quizá asocie el apellido Agistini con Oscar y prefiera no ponerse en contacto contigo —aventuró Agnes.

—Tenemos la dirección —respondió Theo sonriendo—, así que siempre podemos ir a llamar a su puerta hasta que nos abra.

Agnes terminó su copa y se levantó.

—Creo que me voy a acostar. Hasta mañana.

Mientras se preparaba para dormir, la mirada de Agnes se posó en el sobre que Theo había traído de la casa de Oscar. Con toda la emoción de saber que Denice estaba de vuelta en la Riviera, se lo había llevado a su habitación y lo había dejado sin abrir sobre el tocador, junto al espejo recién pulido de su *grand-mère* que Theo también le había bajado. Quizá ahora sería un buen momento para abrirlo. Aunque, en realidad, lo que más le apetecía era tirarlo sin leerlo, no se atrevía: podía contener algo importante. Pero ¿qué podría tener Oscar que decirle después de tantos años? Suspirando, alargó la mano para cogerlo, cuando sonó un golpe en la puerta y se oyó la voz de Theo.

—Denice ha llamado.

—Adelante —exclamó Agnes, incorporándose de un salto y olvidando el sobre—. ¿Qué ha dicho?

—Se ha disculpado por llamar tan tarde. Al parecer, había estado fuera y regresó esta misma noche. He concertado una cita con ella para mañana por la tarde.

—¿No le has hablado de mí?

—No. —Theo sacudió la cabeza—. Al principio estaba algo a la defensiva y me ha preguntado si era pariente de Oscar Agistini. Le he dicho que era su hermano y que Oscar había fallecido recientemente. Me ha preguntado de qué quería hablar. Le he explicado que era un asunto muy personal y que prefería tratarlo en persona. Entonces ha propuesto las tres de la tarde y he aceptado.

Agnes se dejó caer en la cama.

—No puedo creer que mañana, después de tantos años, vaya a reunirme con mi hermana.

Capítulo 36

A sabiendas de que ninguno de los dos sería capaz de concentrarse en nada antes de la cita con Denice, Theo propuso ir en coche hasta Juan-les-Pins y curiosear un poco antes de comer algo ligero.

—Hay varios buenos restaurantes allí. Incluso podríamos darnos el capricho de comer en el Hotel Belles Rives.

—No sé si voy a poder comer —admitió Agnes—. Estoy muy nerviosa, pero un paseo por Juan me vendrá bien. ¿Has cogido la carpeta?

—Ya está en el coche.

Cannes bullía de gente y el tráfico era intenso al salir por la carretera de la costa, de modo que tardaron el doble de lo habitual en alcanzar las afueras de la ciudad, donde la circulación se despejó un poco.

Veinte minutos después, al aproximarse a Golfe-Juan, Theo echó un breve vistazo a Agnes.

—Creo que nos da tiempo a un desvío rápido.

Agnes lo miró sin comprender mientras él seguía el cartel del aparcamiento del puerto deportivo y aparcaba en una plaza cercana a la entrada.

—He llamado antes y me han dicho dónde está amarrado el barco de Oscar. Creo que al menos deberíamos verlo antes de venderlo. —Al ver que Agnes salía del coche, le lanzó una mirada interrogativa —. ¿Te parece bien?

Ella asintió.

—Pero tampoco tenemos todo el día. Quiero llegar a Antibes. ¿Cómo lo vamos a encontrar? Aquí hay cientos de barcos. ¿Tiene nombre?

—El capitán del puerto me ha dicho que está a lo largo del muelle principal, este de enfrente, más o menos a mitad de camino. —Theo la condujo por la pasarela—. Lo reconoceremos con facilidad —aseguró—. El nombre está en la popa.

Agnes se rio.

—Tendrás que decirme el nombre —le pidió, apurando el paso—. Vete tú a saber cuál le pondría. «Financiación ilegal», quizá. Desde luego, lo pagó con fondos de procedencia ilícita.

De pronto se detuvo y se quedó mirando uno de los barcos más grandes. Luego miró a Theo.

—«Agnes»… ¿Es este?

Theo asintió.

—Se quedó con mi dinero y luego bautizó el barco con mi nombre. ¡Menudo chiste!

—Pero la última palabra la tendrás tú cuando se venda —le recordó Theo.

—Gracias a ti. Vámonos. No necesito ver nada más.

Se dieron la vuelta y regresaron al coche.

Al abrocharse el cinturón para reanudar la marcha, Agnes se inclinó y besó a Theo en la mejilla.

—¿Y eso a qué ha venido?

—Porque sí —sonrió Agnes—. ¿Dónde estaría yo sin ti?

Theo puso en marcha el coche y Agnes se recostó en el asiento, respondiéndose en silencio a su propia pregunta. Perdida: eso es lo que habría estado sin Theo todos esos años, perdida.



Media hora más tarde, al pasar junto al letrero de «Bienvenidos a Antibes Juan-les-Pins», Agnes preguntó:

—¿Denice te dio indicaciones?

—*Non.* Lo he buscado en Google y sé dónde está la calle —respondió Theo—. Pero por ahora, mejor buscamos un aparcamiento y damos una vuelta.

Las estrechas calles estaban llenas de tiendas de todo tipo, y había restaurantes y cafés por todas partes. Los restaurantes de la playa —con suelos de madera, toldos y cubiteras en cada mesa para mantener el vino frío— eran los que más gente atraían. Las cocinas se encontraban al otro lado de la carretera, y Agnes perdió la cuenta de las veces que contuvo la respiración al ver a los jóvenes camareros cruzar con la bandeja en alto, sorteando el tráfico.

—No imaginaba que ser camarero pudiera ser un trabajo tan peligroso —dijo.

Para su propio almuerzo optaron por *baguettes* de jamón y queso, que comieron sentados en un banco frente al mar. O, mejor dicho, Theo comió; Agnes no lograba probar bocado.

—¿Crees que habrá cambiado mucho? —preguntó, volviéndose hacia Theo.

—Todos cambiamos al hacernos mayores —contestó él.

—Supongo que lo que de verdad quiero saber es si seguirá sintiendo que es mi hermana mayor. O si seremos como dos desconocidas que se ven por primera vez.

—No lo sé —admitió Theo, buscándole la mano—. Pero tú sigues siendo la misma persona bondadosa y decente que siempre has

sido, pese a todo lo que te ha tocado vivir. Ojalá Denice también haya salido indemne de sus propios trances.

»Creo que iremos andando hasta su casa. Según el mapa no queda lejos. Si atravesamos ese parquecito de ahí, creo que iremos en la dirección correcta.

Al salir del parque, Agnes vio una floristería un poco más abajo y, por impulso, se detuvo a comprar un ramo para Denice. Aún era pronto para los girasoles, los preferidos de Denice, así que escogió un manojo de tulipanes amarillos veteados.

Encontraron la casa sin dificultad. En una pequeña calle sin salida con una docena de viviendas, el número 5 quedaba más o menos a la mitad. Unas altas puertas automáticas de color verde provenzal cerraban la entrada. Agnes se colocó detrás de Theo cuando este pulsó el portero y dio su nombre. La puertecilla lateral hizo clic y entraron en un gran patio.

Un corto tramo de escalones de poca altura conducía a la entrada principal de una baja villa blanca. En el umbral, apoyada en un bastón, una mujer los observaba mientras Theo avanzaba hacia ella; Agnes se cuidó de quedarse a su espalda, fuera de la vista en la medida de lo posible.

—Monsieur, no sabía que pensara traer a otra persona. Me lo podía haber dicho. No me gustan las sorpresas.

—Madame, confío de todo corazón en que esta sorpresa le guste —dijo Theo, apartándose a un lado y dejando a Agnes plenamente a la vista.

—Hola, Denice —la saludó Agnes, con la voz temblorosa mientras aguardaba la reacción de su hermana.

—¿Agnes? *Mon Dieu,* ¿eres tú de verdad? Nunca pensé que volvería a verte. Peor aún: temía que hubieras muerto. —Denice abrió los brazos de par en par, con el bastón balanceándose peligrosamente en el aire—. Ven aquí. Necesito un abrazo.

—Viva estoy, desde luego, y yo también necesito ese abrazo —anunció Agnes, entregando las flores a Theo con rapidez y acercándose a su hermana, que parecía en riesgo de caerse sin el apoyo del bastón—. También pensé que a lo mejor estabas muerta. Qué feliz estoy de que sigamos vivas las dos.

El abrazo con que Denice la envolvió era tan fuerte que pronto le faltó el aire. Cuando por fin se soltaron, ambas tenían las mejillas brillantes de lágrimas.

Denice, volviéndose para saludar a Theo, le dedicó una sonrisa radiante.

—Gracias —dijo, y lo saludó con dos besos.

—Pasemos al jardín. Cogemos una botella de champán de camino. Hay que celebrar mientras nos ponemos al día.

—Tenemos tanto que contarnos que, más que días, nos harán falta semanas —bromeó Agnes, mientras ella y Theo seguían a Denice por la casa hasta el jardín. Al fondo, el agua de una gran piscina relucía, rodeada por una terraza pavimentada adornada con palmeras y olivos. A un lado habían dispuesto tumbonas de teca con mullidos cojines. Más cerca de la casa había otra terraza, con mobiliario de forja y una gran sombrilla, y allí fue donde Denice colocó el champán y les indicó que se sentaran.

—Theo, ¿podrías hacer los honores, por favor? —le preguntó, pasándole la botella para que la descorchara y sirviera. Cuando los tres tuvieron una copa en la mano, Denice propuso un brindis—. Por

nosotras. Qué feliz estoy de volver a estar en contacto. Decidme, ¿cómo supisteis que yo estaba aquí?

—Encontré tu nombre y tu dirección en una carpeta al revisar las cosas de mi hermano —indicó Theo—. Estaba entre los papeles de la casa de vuestros padres y de la herencia que dejaron a ambas. Confío en que tú recibieras la tuya.

—Sí —asintió Denice—. ¿Por qué?

—Oscar le estafó a Agnes la suya —afirmó Theo sin rodeos—. Falsificó su firma, mantuvo a la gente alejada de ella y mintió sobre su salud. —Se encogió de hombros.

—Cet homme était un véritable bâtard —lo insultó Denice entre dientes—. Siempre me prometía que te pasaría mis mensajes. —Se volvió hacia Agnes—. Supongo que nunca te llegó ninguno.

Agnes negó con la cabeza.

—Ni uno.

—Vine a Cannes una vez, después de que murieran nuestros padres —le contó Denice—. Encontré tu casa, pero Oscar no me dejó entrar. Me dijo que no estabas en condiciones de recibir visitas y que me fuera. Llamé a varias puertas de los vecinos, pero eran todos recién llegados y nadie conocía mucho a Oscar. Decían que iba a lo suyo. Una señora mayor, dos o tres casas más allá, dijo que recordaba a una mujer y a una niña pequeña viviendo allí, pero que hacía años que no las veía.

—Mi hija Francine y yo nos fuimos al Reino Unido cuando ella tenía siete años —murmuró Agnes—. Hay mucho que contar, pero primero quiero saberlo todo de tu vida en París y si llegaste a ser actriz como soñabas. Durante años buscaba tu nombre en cuanto veía una revista de famosos.

Denice suspiró.

—París fue maravilloso. Sobre la interpretación, no hay mucho que contar. Papá tenía razón: no era lo bastante buena. Tardé un par de años en renunciar a mi sueño, y fueron duros. Un tiempo viviendo en la calle te pone las pilas y te obliga a espabilar. —Hizo una pausa y sonrió con cierta ironía—. Por suerte, hice buenas amistades que me ayudaron a conseguir trabajo y a rehacer mi vida. Me planteé volver a casa, pero en la única llamada que le hice, papá dejó bien claro que ya no era su hija.

—Creo que te vi en el festival un año —recordó Agnes—. Te seguí, pero subiste a una limusina oficial junto al hombre que te acompañaba. Al final pensé que no eras tú.

Siguió un breve silencio.

—Aquella vez sí que me viste —confesó lentamente Denice—. Me pregunté si me habrías reconocido. Me alegró veros a los tres tan felices. Me consolé durante años pensando que al menos tú estabas felizmente casada y tenías una familia.

—Aquel día iba con Theo, no con Oscar, y no estaba felizmente casada —saltó Agnes—. Entonces, ¿por qué no me hablaste?

Denice se mordió el labio inferior y miró a Agnes directamente a los ojos.

—Porque no podía. Estaba trabajando. No habría sido profesional.

—¿Trabajando?

—Hice de todo para sobrevivir y ganarme la vida. —Denice se detuvo—. Durante varios años, una de mis principales fuentes de ingresos fue trabajar como *escort* para una agencia de alto nivel, antes de montar la mía propia. Aquel día acompañaba a un gran productor de Hollywood en el festival.

Agnes se recostó y la miró, horrorizada.

—¿Estás diciendo que te convertiste en pros…?

—*Non* —cortó Denice con brusquedad—. Nunca fui prostituta. Una agencia de *escorts* respetable proporciona acompañantes, tanto hombres como mujeres, a personas que necesitan compañía para un evento o una anfitriona para un acto de negocios. Hay muchas razones por las que alguien contrata *escorts.* Para mí se trataba de sobrevivir del mejor modo posible. Por supuesto que hay agencias menos respetables, pero yo nunca trabajé para ellas, y la mía fue totalmente legal. —Apuró la copa—. Basta de hablar de mí. Te toca: has dicho que eras infeliz en tu matrimonio.

Aún aturdida por la naturalidad con que su hermana hablaba de lo que hizo cuando estaba desesperada, Agnes respondió:

—Sí, muy infeliz. Dejaremos esos detalles para otro momento. ¿Y tú? ¿Llegaste a casarte? ¿Tengo sobrinos o sobrinas? ¿Y por qué usas bastón?

—Prótesis de cadera, hace unas semanas. Y, respondiendo tus otras preguntas: no tuve hijos. Me casé una sola vez. —Denice la miró con atención—. Si no tenéis prisa por volver a Cannes, ¿os quedáis a cenar?

—No sé… —dudó Agnes—. ¿Y Cerise? —preguntó, mirando a Theo.

—Le pedí a Zazz que la sacara cuando volviera de comprar el vestido —respondió él—. Puedo llamarla y pedirle que le dé de comer más tarde.

—Hazlo, por favor —pidió Denice—. Quiero presentaros a alguien muy especial.

Capítulo 37

Zazz empezaba a perder la esperanza de encontrar algún vestido que le gustara lo suficiente como para gastarse la fortuna que costaba. Ella y Mel habían recorrido la rue d'Antibes de un extremo a otro, en ambos sentidos, buscando su «vestido del festival». En un par de ocasiones creyó haberlo encontrado… hasta que miró la etiqueta.

Se habían detenido a tomar un café y un pastel para animarse cuando Mel señaló el escaparate de una tienda al otro lado de la calle.

—¿Hemos mirado ahí? No recuerdo haber visto ese vestido verde en ningún escaparate.

—Yo tampoco —la secundó Zazz—. Vamos a echar un vistazo.

—Es una tienda de segunda mano —dijo Mel, decepcionada, al acercarse—. Podrá llamarse Posh Vintage, pero sigue siendo ropa usada.

—No tengo ningún problema con eso —replicó Zazz—. Hay prendas *vintage* de gran calidad y preciosas. —Y empujó la puerta de la tienda.

El vestido de gasa verde del escaparate, el que les había llamado la atención, seguía teniendo un aspecto magnífico de cerca. La dependienta se mostró encantada de sacarlo del maniquí para que Zazz se lo probara y la condujo al pequeño probador.

Sin tirantes, con un cuerpo ajustado y un corte sencillo, la gasa caía con una elegancia perfecta; una faja de seda del mismo tono

realzaba la línea imperio justo bajo el pecho. Zazz descorrió la cortina.

—¿Qué te parece?

—Guau. Dominic no va a poder apartar los ojos de ti… ni probablemente las manos —añadió riendo al ver la expresión de Zazz—. ¿Es cómodo?

Zazz asintió antes de volver a dirigirse a la dependienta para preguntar el precio.

—Originalmente costaba mil cuatrocientos euros, pero ahora son quinientos.

—Me lo quedo. ¿Podría probarme ese bolero blanco de pelo sintético con él, por favor? —preguntó Zazz—. Voy a necesitar algo que me abrigue después de la película.

El bolero blanco resultó cálido y combinaba de maravilla con el vestido.

—Es un conjunto que podrá ponerse una y otra vez —aseguró la dependienta mientras Zazz acercaba su iPhone al datáfono para pagar.

—Esperemos que sí —asintió ella—. Vamos, busquemos un sitio para comer.

Diez minutos después, sentadas en la terraza de una cafetería, brindaban con copas de vino —rosado para Zazz, blanco para Mel— mientras esperaban sus ensaladas *Niçoise.* Zazz miró a su amiga.

—¿Puedo preguntarte algo sobre la última relación de Dominic? Lo único que me ha dicho es que no era una persona importante en su vida.

—¿Tara? Se fue con el hijo de un millonario australiano que conoció en Mónaco. Dom no quedó destrozado ni nada por el estilo;

creo que ya se había dado cuenta de que no era la adecuada antes de que ella se marchara —afirmó Mel, bebiendo un sorbo de vino—. Pero aquello le removió recuerdos de cuando nuestra madre se fue con el capitán del yate y de cómo nos afectó eso a todos. Dom decidió que no necesitaba exponerse a ese tipo de rechazo. Claro que eso fue hasta que apareciste tú.

La camarera llegó con las ensaladas en ese momento y Mel guardó silencio hasta que se alejó.

—Está claro que ha decidido que eres especial y que mereces la pena, así que ni se te ocurra escaparte con otro, ¿de acuerdo? —Mel le lanzó a Zazz una mirada feroz.

—Con esa mirada, ni loca —bromeó Zazz—. Yo también creo que él es especial —añadió en voz más baja.

Mel tuvo que marcharse después de comer para recoger a unos clientes en el aeropuerto, así que Zazz volvió a casa. Más tarde bajó a la de Theo para sacar a pasear a Cerise.

Cuando Theo la llamó unas horas después, Zazz aceptó encantada volver a sacar al perro y darle de comer.

—¿A qué hora esperas volver de…? ¿Dónde has dicho que estabas?

—No lo he dicho, pero estamos en Juan-les-Pins, ya que preguntas, y… nos hemos reencontrado con una vieja amiga que quiere que nos quedemos a cenar.

—De acuerdo, me quedaré con Cerise hasta eso de las nueve y luego la dejaré en tu casa. Disfruta de la cena con tu amiga. Ah, y dile a la abuela que he encontrado el vestido perfecto para el festival de cine.

Capítulo 38

La persona tan especial que Denice quería que conocieran resultó ser su marido, Carl. Era una década más joven que ella, y era evidente que se adoraban.

A Agnes le intrigó saber cómo habían llegado el uno a la vida del otro, porque eran una pareja poco común: Denice, con su estilo tan llamativo, y Carl, un hombre mucho más reservado en todos los aspectos. Se habían conocido cuando Denice tenía ya cincuenta y tantos años y dirigía con éxito su propia agencia de acompañantes. Carl, que era contable, necesitaba a alguien que lo acompañara a una cena de negocios en el Ritz de París.

—Entré en su despacho, le expliqué el tipo de mujer que me gustaría tener como acompañante aquella noche y le pregunté si tenía a alguien adecuado disponible —contó Carl—. Y me dijo que estaban todas reservadas. Resultó ser una mentira descarada.

—No fue mentira del todo —protestó Denice—. Aquella noche había muchísima actividad. Todas mis acompañantes, salvo una, tenían compromisos. Un par de ellas incluso asistirían a esa misma cena. La que quedaba libre no me parecía adecuada para Carl, lo supe en cuanto lo vi. Ese mismo instinto me dijo que yo era la pareja perfecta para él… y no solo para aquella noche. Desde entonces hemos estado juntos. —Denice dio un sorbo a su copa—. Cuéntame cosas de Francine. Es tan extraño pensar que tengo una sobrina… ¿Ha venido contigo en este viaje? No veo la hora de conocerla.

—También tienes una sobrina nieta —añadió Agnes—. Francine tiene una hija, Jasmine, aunque todo el mundo la llama Zazz. Menos yo.

Sentados en la terraza, bajo el aire templado de la noche y con el canto de las cigarras como fondo, disfrutaron de la comida y el champán que Denice había preparado. Fue entonces cuando Agnes se dio cuenta de que su hermana seguía siendo, en el fondo, la misma persona que había conocido de niña. Pese a todo lo que la vida le había puesto por delante, había tenido la fortaleza suficiente para conservar su dignidad y su sentido del valor propio.

Inevitablemente, la conversación viró hacia el pasado. Evocaron recuerdos de la infancia, los compartieron, los diseccionaron y los guardaron de nuevo, bajo una luz distinta. Algo achispada, Denice se levantó al final de la velada, cuando Agnes y Theo se disponían a marcharse, la abrazó y la miró con seriedad.

—Siento que nuestros padres se tomaran tan a pecho mi marcha, hasta el punto de volcarlo contigo y controlar tu vida por completo, obligándote a casarte con ese hombre tan horrible… —Denice negó con la cabeza—. Si sirve de algo, me sentí, y aún me siento, culpable por haberte dejado sola para lidiar con ellos. Perdóname, por favor.

—Te perdono, pero no fue del todo culpa tuya. También fue mía por no ser valiente como tú. Debería haberme enfrentado a ellos y no lo hice. Por suerte te tenía a ti en mi vida, Theo. Sin ti, creo que Oscar me habría destruido por completo, si es que no me hubiera matado.

—Lo siento mucho —susurró Denice.

Agnes le dedicó una sonrisa.

—Miremos al presente y al futuro, olvidemos el pasado todo lo que podamos. Ahora volvemos a estar la una en la vida de la otra. Tenemos que fijar una fecha para que conozcas al resto de la familia: Francine, Jasmine y Edwin, el marido de mi hija. Te llamaré pronto, ¿de acuerdo?

—Procura hacerlo. Y tenemos que tener una charla de hermanas sobre ti y Theo. Hacéis una pareja perfecta… No entiendo por qué no te divorciaste de Oscar y te casaste con Theo hace años.

—Es una larga historia —afirmó Agnes—. Algún día te la contaré entera.



Agnes guardó silencio durante el trayecto de regreso, absorta en sus pensamientos sobre Denice y la vida que había llevado. Parecía que, para ambas, todo se había reducido a sobrevivir en un mundo a veces hostil. Las dos habían afrontado dificultades inesperadas que jamás habrían imaginado de niñas. La forma en que Denice se marchó de casa le acarreó sus propios problemas, pero también dejó a Agnes cargando con las consecuencias que aquella ausencia desencadenó. La determinación de su padre por hacer que Agnes obedeciera y viviera según sus normas le arrebató la libertad. Su vida había cambiado para siempre por culpa del comportamiento, quizá egoísta, de su hermana. Pero le era imposible guardar rencor: Denice había hecho lo único que podía hacer en aquel momento. Agnes solo deseaba haber tenido la mitad de su coraje, haber desafiado a su padre y haberse negado a casarse con Oscar Agistini.

Las palabras de Denice, aquellas sobre que ella y Theo eran la pareja perfecta, le vinieron a la mente. Su querido Theo. Siempre

había estado ahí para ella. Había sido más marido que Oscar: la había protegido, cuidado y amado durante años, aunque sin poder estar a su lado. Él fue quien finalmente le dio la oportunidad de huir de Oscar, comenzar una vida distinta, más segura, lejos de su violencia. El recuerdo de aquel momento la envolvió por completo mientras permanecía en silencio en el asiento del copiloto, de camino a Cannes…

Francine estaba en el colegio aquella mañana de septiembre, y Agnes se había quedado sola en casa cuando Theo volvió de una gira. Llevaba tres meses fuera, desde poco después del día del festival de cine en el que Agnes creyó haber visto a Denice. Aquellos tres meses habían sido duros. Complacer a Oscar se había vuelto casi imposible. Todo lo que hacía estaba mal, y había sufrido sus puñetazos en más de una ocasión, aunque solía tener cuidado de golpearla en lugares que se pudieran cubrir. Hasta el último incidente, tres días atrás, cuando la empujó con tanta fuerza que perdió el equilibrio y cayó por las escaleras, golpeándose la cara contra la barandilla y rompiéndose el brazo derecho al aterrizar hecha un ovillo en el suelo.

Oscar, acto seguido, adoptó su papel de marido atento: la llevó al hospital y explicó tanto a enfermeras como a médicos que se había tropezado con la alfombra de la escalera. Se mostró como un esposo cariñoso y preocupado. A pesar del dolor, Agnes se alegró para sus adentros cuando la enfermera africana que la atendió lo mandó salir de la sala para esperar en la zona de familiares, con tono firme. La última vez que había ido al hospital con moratones, tras «haberse golpeado con la puerta de la cocina», esa misma enfermera le había

dicho sin rodeos que dejara al maltratador, que había ayuda disponible. Pero Agnes no tenía adónde ir, así que se había quedado.

Cuando Theo entró por la puerta aquella mañana y vio el hematoma multicolor en su cara y el yeso en el brazo, exigió saber la verdad. Agnes se la dijo.

—Me empujó por las escaleras.

—¿Dónde está Oscar ahora?

—En Mónaco, por una reunión de trabajo.

—Vamos a sacarte de aquí. ¿Puedes preparar unas cosas imprescindibles para ti y para Francine? Si no puedes llevar mucho, no te preocupes; compraremos lo que necesitéis. Cuando termines, iremos a buscar a Francine al colegio. Te vas de aquí hoy. No soporto verte así.

Agnes asintió sin hablar. Sabía que había llegado el momento. No podía soportarlo más. Y no era bueno que Francine creciera en un ambiente tan tóxico. No tenía ni idea del plan de Theo, pero confiaba ciegamente en él. Haría lo que le pidiera.

Treinta y seis horas después, tras el primer vuelo de su vida —para ambas—, habían aterrizado en el Reino Unido. Theo las condujo luego al suroeste del país, explicándole que las llevaba a un lugar donde estarían a salvo y lejos de Oscar. La última parte del trayecto fue en el ferri que cruzaba el río hasta Dartmouth. De pie en la cubierta, Agnes contempló la pequeña localidad ribereña situada cerca de la desembocadura del Dart, y sintió cómo la tensión acumulada en los últimos días empezaba a disiparse. Supo, con una certeza serena, que sanaría en aquel lugar. Que allí, ella y Francine estarían a salvo.

Durante los días siguientes se alojaron en un pequeño bed and breakfast *de la carretera principal mientras Theo buscaba un alquiler permanente. Acabó decidiéndose por una pequeña casita amueblada en una de las callejuelas del pueblo. Cuando Agnes objetó que no tenía dinero para devolverle el favor, él la abrazó y le dijo que no se preocupara, que todo se arreglaría y ya hablarían de eso más adelante. Agnes le prometió que le devolvería hasta el último penique en cuanto pudiera. Theo fue al colegio para ayudarla a matricular a Francine. También la presentó a Sylvie Aubert, la esposa inglesa de un viejo amigo músico suyo que se había establecido en Dartmouth cuando su grupo se disolvió. Si alguna vez necesitaba ayuda, debía acudir primero a Sylvie, le dijo.*

Tanto Agnes como Francine quedaron desoladas cuando, diez días después, Theo tuvo que marcharse, aunque él les aseguró que volvería por Navidad. Y así fue… cada Navidad desde entonces.

Theo se dio cuenta de que tenía las mejillas húmedas cuando llegaron a Cannes, pero no dijo nada hasta que entraron en casa. Entonces la rodeó con los brazos y la sostuvo con fuerza.

—¿Ha sido demasiado duro el día de hoy? Deberías estar contenta de haber empezado a reconstruir la relación con Denice —la alentó, observando su rostro.

Agnes le dedicó una sonrisa débil.

—Ha sido un poco duro, sí, pero me ha encantado verla de nuevo. Escucharla hablar de cómo logró salir adelante me ha hecho acordarme de cuando tú me salvaste y nos llevaste a Dartmouth. Te debo tanto, Theo… Dudo que hubiera logrado escapar de Oscar sin ti. Sé que te he devuelto el dinero que me prestaste, pero jamás

podré pagarte tu amor, tus cuidados y tu bondad hacia Francine y hacia mí.

—Llevas más de cincuenta años en mi vida —murmuró Theo—. Y eso es lo mínimo con lo que soñaba y lo que siempre he deseado: el amor de mi vida, a mi lado, aunque no siempre haya sido fácil. —Y la atrajo hacia sí antes de inclinarse para besarla.

Cuando Agnes le devolvió el beso, sintió cómo la felicidad crecía en su interior.

Capítulo 39

Cuando regresaron aquella noche, había un mensaje en el contestador de Suzette en el contestador, la gestora inmobiliaria del *notaire.* Preguntaba si podía ir al día siguiente a tomar fotos y medidas y proponía una mañana de puertas abiertas antes de que terminara el festival.

—Sé que les aviso con poca antelación, pero ya tenemos clientes en cartera que nos han pedido expresamente este tipo de propiedad y que están en la ciudad ahora mismo. En cuanto los detalles estén en la web, estoy segura de que habrá un gran tirón internacional, sobre todo de estadounidenses.

Agnes llamó a la gestora a primera hora de la mañana y aceptó sus propuestas. Se lo contó a Francine por teléfono y esta empezó a hacer planes enseguida.

—Habrá que preparar la casa. Dejarla lo más atractiva posible. No tenemos tiempo de pintar, así que la limpiaremos a fondo. El día de la jornada de puertas abiertas pondremos flores en todas las habitaciones, café en la cocina, nada de trastos por medio. Al menos Zazz dejó el patio apañado el otro día. Y ya hemos limpiado el dormitorio que Oscar había dejado abandonado. También haremos la cama.

Agnes se echó a reír.

—No creo que haga falta exagerar. El *notaire* tiene claro que quien la compre querrá renovar y modernizar, tirar tabiques y demás.

—Aun así, hay que enseñarla lo mejor posible —insistió Francine.

—Bien, pero no esperes que vaya a ayudarte a decorar —advirtió Agnes—. Te lo dejo a ti. Theo y yo os prepararemos la cena esta noche. Nos vemos sobre las ocho. Así nos contáis vuestra visita a Mónaco, y hay algo de lo que tengo que hablar con vosotros.

—Dímelo ahora —pidió Francine.

—No, puede esperar. ¿Está Jasmine en casa ahora?

—Sí, pero saldrá en nada.

—La llamaré para decirle que venga a cenar también. Espero que pueda.

—*Maman,* ¿qué pasa?

—Solo necesito hablar con vosotros y contaros algo emocionante. —Y Agnes colgó.

Agnes y Theo siguieron la rutina matinal de él, que Agnes había adoptado con gusto: desayunaron, fueron al mercado temprano y después hicieron una parada para tomar algo en su cafetería favorita. Ya en casa, prepararon juntos los ingredientes de la cena. Agnes miró a Theo y le dedicó una sonrisa: se movían instintivamente uno alrededor del otro por la cocina; se conocían demasiado bien. En el fondo, sabía que Denice tenía razón cuando dijo que eran la pareja perfecta. Ojalá les hubieran permitido serlo en el pasado.



Arriba, en casa de Oscar, Francine y Edwin pasaron la mañana «acicalando» la casa, como decía Edwin. Zazz, que había salido por la mañana a entrevistar a una inglesa que era la presidenta de una asociación franco-británica, prometió traer flores del mercado a la vuelta.

A Edwin le sonó el móvil cuando, al terminar, se sentaron a tomar un merecido café acompañado de un dulce *pain aux raisins.*

—Ah —exclamó cuando lo leyó; luego miró a Francine.

—¿Es el correo que estabas esperando? —preguntó ella.

—Sí, pero aún no hay fecha definitiva para la reunión. Así que me libro unos días antes de tener que volver.

—Me alegro de que no tengas que salir corriendo —celebró Francine justo cuando se oyó la puerta de entrada—. Me gusta estar aquí contigo.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Zazz entrando a la carrera con ramos de rosas blancas, que puso en manos de Francine—. Tengo que recoger mi cuarto antes de que llegue.

—Papá y yo te hemos hecho la cama —dijo Francine mientras llenaba dos jarrones—. Y hemos metido los zapatos y otras cosas en el armario, así que está bien.

—Gracias.

Mientras Francine repartía las rosas entre los jarrones, llamaron a la puerta.

—Los pongo en el salón mientras abres —se ofreció Zazz.

Durante la siguiente hora y media, Suzette midió todas las estancias, hizo muchas fotos y tomó muchas notas en su móvil. Después de la última foto en el patio, apagó el teléfono y se volvió hacia Francine y Edwin.

—Listo. Me vuelvo a la oficina y empiezo con la comercialización. Al salir a la venta por primera vez en más de cincuenta años, esta casa tiene muchísimo potencial. Creo que, en lugar de poner un precio cerrado, pediremos ofertas por encima de dos millones y medio de euros y volará. Sé que casas similares, más arriba en la

calle, se han dividido en dos apartamentos, y uno se vendió la semana pasada por un millón de euros.

Al cerrar la puerta tras Suzette, Francine volvió aturdida a la cocina.

—No me creo la cifra de salida. ¿Y tú? Es muchísimo dinero.



Esa noche, Francine, Edwin y Zazz bajaron juntos a cenar con Theo y Agnes. Tras contarles la visita de la agente y la decisión de pedir ofertas, Francine se volvió hacia Agnes.

—Entonces, ¿qué es eso que querías contarnos, *Maman?*

—Un par de cosas. Primero, tengo que hablaros del descubrimiento de una de las maniobras más turbias de Oscar. Theo y yo llevamos unos papeles que encontró al revisar los archivos para que el *notaire* los comprobara. —Respiró hondo—. Oscar me robó la herencia de mis padres: mintió sobre mí y falsificó mi firma. Por lo visto, con ese dinero se compró su barco. Un barco al que llamó Agnes.

—Ay, *Maman,* la manera en que te trató no tiene perdón de Dios —gruñó Francine.

—Pero recuperaré el dinero cuando se venda el barco —la tranquilizó Agnes con una sonrisa—. Gracias a Theo. Pasemos al patio. Theo tiene los aperitivos allí. Tengo noticias muy emocionantes. Y queremos oír lo de vuestro día en Mónaco.

—Zazz nos dijo que fuisteis a Antibes Juan-les-Pins a ver a una vieja amiga ayer —comentó Francine, aceptando el aperitivo de Theo.

—Efectivamente —asintió Theo, mirando a Zazz—. Gracias por ocuparte de Cerise.

—Cuando quieras —respondió ella.

—¿Conozco yo a esa amiga? —preguntó Francine.

—No, pero has oído hablar de ella y la vas a conocer pronto —afirmó Agnes—. Y creo que la veré mucho a partir de ahora.

Francine la miró, perpleja.

—¿La vas a ver mucho?

—Sí. Tu tía Denice tiene ganas de conocerte a ti y a su sobrina nieta, Jasmine. —Agnes sonrió feliz mientras esperaba la reacción de Francine.

—¿Tu hermana, Denice? ¿La que se fugó? —Francine frunció el ceño, mirando a su madre.

—¿No te parece una noticia maravillosa? —dijo Agnes, exultante.

—Guay —intervino Zazz—. Primero aparece Serge, medio hermano de mamá y tío mío, además del primo Al, que es sobrino nieto de Theo. Y ahora tenemos una tía perdida y su marido. Nos estamos convirtiendo en una familia extensa y disfuncional de campeonato.

—Ahora que ambos están jubilados, viajan mucho. Pero me ha llamado esta mañana para decir que han reorganizado planes y que ella y Carl vendrán el día después de la jornada de puertas abiertas para conocernos a todos.

—¿Estás segura de que es ella? ¿No será alguien que se hace pasar por tu hermana perdida? —quiso saber Francine.

—¿Francine? ¿Cuándo te has vuelto tan cínica? —protestó Agnes —. Por supuesto que es ella. Conozco a mi hermana aunque llevemos años sin contacto. Y estoy muy feliz de recuperarla. Lo

mínimo sería que te alegraras por mí. *Donc!* Cambiemos de tema, *maintenant.* Contadnos vuestro día en Mónaco.

—Estuvo bien —respondió Edwin, al notar que a Francine le había dolido el arrebato de su madre—. No viviría allí, eso sí. Muy bullicioso y turístico. Vimos barcos preciosos y la visita al Casino fue impresionante.

Mientras todos daban cuenta del confit de pato con patatas salteadas y ensalada, la conversación regresó a la venta de la casa de Oscar.

—La casa está todo lo lista que puede estar, salvo los últimos detalles para el día de puertas abiertas —expuso Francine, ya repuesta—. Solo espero que el *notaire* y Suzette acierten cuando dicen que se venderá rápido. ¿No crees que quizá la están tasando al alza? —preguntó, mirando a Theo.

—Non —respondió él—. Ahí arriba hay mucha demanda. Saben que tienen entre manos una propiedad con la que cobrarán comisión pronto.

—Que no sea demasiado pronto: recordad que me quedaré sin casa cuando se venda —apuntó Zazz—. Aún faltan unos meses para septiembre, cuando me mude con Mel.

—Podrías tomarlo como una señal —replicó Francine—. Una señal de que debes abandonar esa idea absurda y volver a casa a buscar otro trabajo. —Percibió la mirada de desaprobación de Edwin y se contuvo con un suspiro. Le costaba apartarse, no sonar crítica cada vez que hacía una sugerencia, y sabía que Zazz interpretaría esas palabras como intromisión—. Perdona, no es asunto mío. —Tomó la copa de tinto y bebió un sorbo.

—Eso no va a pasar, mamá. Mel ya me ha dicho que puedo dormir en su sofá cama.

—Y aquí siempre tendrás habitación —añadió Theo en voz baja—. Así que no hace falta que te preocupes por que se quede sin techo —se dirigió a Francine.

—Gracias, Theo —dijo Zazz con gratitud—. Siempre que necesites que cuide a Cerise, cuenta conmigo.

Capítulo 40

La mañana de la jornada de puertas abiertas organizada por la oficina del *notaire* amaneció luminosa y soleada. Francine se levantó temprano para dar los últimos retoques a la casa y colocar flores frescas en el salón. Suzette llegaría hacia las nueve y media, y había un flujo constante de visitas programadas cada diez minutos a partir de las diez menos cuarto. El *notaire* había insistido en que todos los visitantes eran compradores serios y recomendó que dejaran a la agente enseñar la casa sin interferencias. En cuanto Suzette llegó, Francine y Edwin se marcharon.

—¿Qué hace Zazz esta mañana? —le preguntó Edwin.

—Ha dicho que iba a pasar la jornada recabando información en uno de los museos —respondió Francine—. Y tiene cita en la peluquería a mediodía, para prepararse para esta noche.

—¿Y nosotros? ¿Qué vamos a hacer? —quiso saber su marido.

Francine negó con la cabeza.

—Fingir que estamos de vacaciones y callejear un poco, supongo. También tenemos que pensar cuánto más nos vamos a quedar. No es que tenga prisa por irme, pero no podemos quedarnos aquí eternamente.

—Podríamos, si quisieras —señaló Edwin.

Francine lo miró, sorprendida.

—¿Lo dices en serio? Nuestra vida está en Devon, y mi madre vive allí.

—Quizá Agnes decida volver aquí ahora que Oscar ha muerto.

—Es una posibilidad —concedió Francine—. Sobre todo ahora que Denice ha vuelto a su vida.

—Creo que le influiría más Theo que su hermana —observó Edwin —. En la última semana parecen más unidos que nunca.

Francine se quedó pensativa.

—¿De verdad crees que, después de tantos años, eso podría pasar?

Edwin asintió.

—Sí. Pero el tiempo dirá si tengo razón. Entonces, ¿qué te parece si pasamos la mañana mirando escaparates de agencias inmobiliarias? Solo por diversión. ¿Fingimos que vamos a venirnos a vivir aquí?

—Vale, por hacer algo —rio Francine—. Mientras no nos dejemos tentar. Porque, sinceramente, no lo veo viable. Pero antes voto que vayamos a por un café en el local de Piers.

Un par de horas después, cuando regresaron a la casa de Oscar, encontraron a Suzette en la cocina tecleando rápidamente en su portátil.

—Hola. Solo estoy esperando a que la última pareja termine su segunda visita y me marcho. Luego volveré a la oficina y estaré pendiente de las novedades. —Sonrió—. Por los comentarios que he oído, me atrevería a decir que pronto llegarán ofertas serias.



Zazz sacó con cuidado el vestido verde de la percha y se lo puso por la cabeza justo cuando llamaron suavemente a la puerta de su habitación.

—¿Puedo pasar? —inquirió Francine, con un leve titubeo en la voz.

—Claro. Has llegado en el momento perfecto: puedes subirme la cremallera.

Zazz se dio la vuelta agradecida. Estaba convencida de que en los últimos días se había producido un pequeño cambio en la actitud de su madre, sin saber muy bien por qué. Estaba menos mandona y arisca, más parecida a la de antes de irse de Dartmouth.

—¿Tienes ganas de esta noche? —preguntó Francine mientras subía la cremallera despacio.

—Sí, aunque también estoy algo nerviosa —confesó Zazz—. ¿Voy bien? No estoy acostumbrada a ser el centro de atención: normalmente soy quien presenta algo o a alguien en redes, no quien se muestra en público. Dicho esto, ¿podrías hacerme una foto? Probablemente la necesite para Instagram, al menos.

—El vestido es precioso y te queda de maravilla —la alabó su madre—. El color te favorece muchísimo. ¿Dónde está tu móvil?

—Ahí, en la cama.

Francine tomó la foto y Zazz la observó.

—Te agradezco que llegaras justo a tiempo para ayudarme con la cremallera, pero ¿has subido por algún motivo en especial?

Francine le sonrió y se encogió de hombros.

—Solo quería ver si necesitabas ayuda para arreglarte y también decirte… —vaciló—. Perdona si te he puesto las cosas difíciles últimamente. No es que se me haya olvidado que ya eres adulta e independiente, pero me ha costado distinguir la diferencia entre entrometerme sin querer y limitarme a darte un consejo maternal que tú puedes aceptar o ignorar. —Hizo una pausa—. Y, claro,

tampoco ayudó que vinieras aquí sin avisar a nadie, para ver a Oscar. —Levantó la mano cuando Zazz iba a replicar—. Está bien. Entiendo por qué lo hiciste. Solo me apena haberte puesto tan difícil para confiar en mí. En fin, tu padre está abajo deseando verte arreglada, así que te dejo terminar el maquillaje. Nos vemos abajo.

Francine cerró la puerta tras de sí.

Cinco minutos después, Zazz bajó al salón para reunirse con sus padres y esperar a Dominic. Cuando él llegó, aceptó encantado un pequeño aperitivo con ellos antes de que salieran, cogidos de la mano, hacia el Palais des Festivals.

Capítulo 41

Aunque solo quedaban tres noches, el festival de cine seguía en pleno auge, y la expectación crecía en torno a qué película ganaría la codiciada Palma de Oro el domingo por la noche y qué actores se llevarían los premios individuales, mientras todo el mundo intentaba adivinar las decisiones del jurado antes de la gran gala.

Zazz se encontraba al inicio de la alfombra roja, agarrada de la mano de Dominic, esperando su turno para avanzar por ella y subir los escalones del Palais des Festivals.

—No me creo que esté aquí —susurró.

Los *paparazis,* apostados al fondo en filas de cuatro o cinco, gritaban sin descanso a las celebridades que subían los famosos veinticuatro escalones: «¡Una sonrisa!» o «¡Mira hacia aquí!».

—Créetelo. —Dominic le dio un suave apretón en la mano—. En cuanto empecemos a caminar te cegarán los *flashes.* Estás tan guapa esta noche que todos se preguntarán quién eres.

—Gracias, pero mira quién está delante de nosotros —repuso Zazz —. ¿No es esa la cantante adolescente que está arrasando en las listas? Nadie me va a mirar después de ella. Lo cual será un alivio. No puedo imaginarme cómo sería vivir con la exposición constante que sufren ella y todas las demás estrellas.

—Allá vamos —anunció Dominic—. Hombros atrás y sonríe. Es nuestro turno de desfilar.

Zazz respiró hondo y, tan segura como pudo, avanzó a su lado sobre la alfombra roja, mientras los dos eran recibidos por una descarga de *flashes* desde todas las direcciones.

—Te lo dije —murmuró Dominic.

Zazz tragó saliva y trató de sonreír. ¿No decían que todo el mundo tenía derecho a quince minutos de fama? Tal vez aquellos fueran los suyos.

Una vez sentados en el abarrotado auditorio, Zazz suspiró aliviada.

—Bueno, te vas a llevar la alegría del día —susurró Dominic—. Mira quiénes están ahí: George y Amal Clooney.

—Ahora puedo decir que he estado en la misma sala que ellos —exclamó Zazz entre risas.

Cuando se apagaron las luces, Dominic le tomó la mano y ambos se acomodaron para ver la película.

Dos horas después, cuando se encendieron de nuevo, Zazz se removió en el asiento y lo miró.

—Por favor, no me preguntes si me ha gustado. —Suspiró—. Si al menos hubiera salido George…

—Vamos, sigamos a la multitud y salgamos de aquí —rio Dominic —. Creo que nos merecemos una copa después de esto.

Cuando descendían de nuevo por la alfombra roja, las multitudes ya se habían reducido, aunque aún quedaban *paparazzi* esperando a las últimas estrellas. Nadie reparó en Dominic y Zazz cuando abandonaron el brillo de los focos y se perdieron entre las calles de Cannes.

—¿Te apetece *pizza?* —preguntó él.

—Suena genial —respondió Zazz—. ¿Habrá algún sitio abierto a estas horas?

—Durante el festival, abren toda la noche. Ven, mi local favorito está por aquí. —Dominic le dio la mano mientras cruzaban la calle

hacia las Allées de la Liberté, donde los restaurantes seguían abiertos y animados.

Una vez sentados allí, con copas de vino tinto mientras esperaban las *pizzas,* Zazz y Dominic miraron alrededor.

—Esta ciudad es única durante el festival, ¿verdad? En otras épocas del año ya tiene ambiente, pero durante estos diez días adquiere una energía especial, casi mágica. Es como un sueño romántico e irreal. Me encanta.

—El lunes por la mañana todo volverá a la realidad —le aseguró Dominic—. Hay otros festivales y congresos muy concurridos a lo largo del año, pero ninguno tiene este glamur. Me gusta viajar, conocer otros sitios, pero adoro volver aquí. Sinceramente, no viviría en ningún otro lugar.

Las *pizzas* llegaron en ese momento y ambos se lanzaron a comer. Al cabo de un par de bocados, Dominic habló:

—Mel está encantada de que vayas a compartir piso con ella a partir de septiembre.

—No tanto como yo —le contradijo Zazz—. Es un sitio precioso.

—Entonces, ¿vas a quedarte a vivir aquí los próximos seis meses? ¿O más tiempo?

—Si todo va bien, y por favor, no se lo digas a mi madre, no tengo intención de volver a vivir en Reino Unido a corto plazo. Me encanta estar aquí. Claro que depende de que consiga aumentar unos cuantos miles de seguidores más en Instagram y YouTube si quiero sobrevivir. Tengo un pequeño colchón, pero nunca se sabe lo que deparará el futuro.

—Mi futuro acaba de volverse mucho más brillante sabiendo que te quedas —se sinceró Dominic—. Así podremos conocernos de

verdad… si quieres.

Zazz le sonrió.

—Me encantaría.

Capítulo 42

El viernes por la mañana, Agnes apenas podía contener su entusiasmo ante la idea de que Denice y Carl fueran a almorzar con ellos para conocer por fin a Francine y a Jasmine. Cuando Theo regresó de sacar a Cerise a su primer paseo del día, fueron juntos al mercado, como de costumbre, aunque esta vez compraron ingredientes para un almuerzo especial.

El pronóstico anunciaba un día caluroso, con temperaturas que podían alcanzar los veintisiete grados, así que decidieron no cocinar y preparar una comida fría: una buena selección de quesos, una tabla de embutidos, langostinos, una gran ensalada y varios panes artesanos de su *boulangerie* favorita. De postre, un cuenco de fresas locales con *crème fraîche,* la famosa nata fermentada. Y, por supuesto, champán. La ocasión lo merecía.

De vuelta en casa de Theo, mientras desayunaban un café y una palmera en el patio, Agnes lo miró de reojo.

—¿Francine te ha dicho algo sobre si duda de que Denice sea realmente mi hermana?

—*Non.* ¿Por qué?

—Aquel día, cuando les contamos que habíamos visto a Denice, estaba tan suspicaz que pensé que podría haberte preguntado qué opinabas tú.

Theo negó con la cabeza.

—Creo que fuiste tan tajante al asegurar que era ella que al final te creyó.

—Espero que sí. No quiero conversaciones incómodas que arruinen el día.

Theo le sonrió.

—Deja de preocuparte. Todo saldrá bien. Vamos, hay que empezar a preparar la casa. ¿A qué hora quedasteis?

—Hacia el mediodía.

Francine y Edwin fueron los primeros en llegar. Agnes se sintió algo alicaída al notar lo tensa que estaba su hija ante el encuentro con una pariente que desconocía. Pero antes de poder tranquilizarla, Denice y Carl irrumpieron con la exuberancia que Agnes tan bien recordaba de su hermana, aquella energía que irradiaba en cada interacción y le hacía imposible pasar desapercibida. Llamarla «el alma de la fiesta» era, literalmente, la única manera de describir a la Denice adolescente.

Una vez dentro, Denice se volvió hacia Francine y la envolvió en un fuerte abrazo.

—No tienes ni idea de lo mucho que significa esto para mí: primero reencontrarme con Agnes y ahora conocer a mi sobrina perdida. Ese bastardo de Oscar tiene que rendir muchas cuentas. Gracias a Dios que está muerto. Estamos todos mejor sin él. ¿Te han dicho alguna vez lo mucho que te pareces a tu madre?

Francine solo pudo asentir, medio asfixiada por la fuerza del abrazo.

Al soltarla, Denice se volvió hacia Edwin, le dio un firme apretón de manos y le plantó dos besos en las mejillas.

—Y tú debes de ser el marido. Encantada de conocerte.

En ese momento se oyó abrir la puerta de entrada de golpe y Zazz entró corriendo.

—Abuela, siento llegar tarde. Espero que la tía abue… Oh, ya estás aquí. —Se detuvo en seco al verlos a todos—. Hola, soy Zazz.

Denice abrió los brazos y avanzó hacia ella.

—Si vuelves a llamarme tía abuela, te desheredo. Soy Denice, ¿entendido?

Zazz asintió.

—Entendido.

—En ese caso, ven aquí y dame un abrazo. —Mientras la rodeaba con los brazos, le susurró al oído—: Y te prometo que nunca te llamaré Jasmine.

Se oyó un chasquido cuidadosamente controlado cuando Theo descorchó el champán antes de servirles una copa a todos.

—Hora del brindis —anunció, mientras Zazz repartía los vasos—. Por la familia.

—Por la familia —repitieron todos al unísono.

—¿Estás bien, mamá? —le susurró Zazz, mientras Denice seguía a Agnes a la cocina—. Tienes cara de estar en *shock.*

Francine sonrió.

—Creo que nuestras vidas no volverán a ser las mismas con Denice entre nosotros.

El teléfono de Edwin sonó en ese momento. Con una mirada de disculpa, se levantó y salió al patio para contestar.

Cinco minutos después volvió y le susurró a Francine:

—Tengo que irme mañana.

—¿Vas a volver? ¿O me voy contigo? —preguntó en voz baja.

—Solo estaré fuera un par de días. Mi idea es regresar y pasar algo más de tiempo aquí contigo.

—Entonces me quedaré a esperarte —le aseguró Francine—. Luego nos iremos juntos, dentro de una semana o diez días.



Zazz, que se había levantado temprano para su ya habitual carrera matutina con Mel, se despidió de su padre antes de irse. Él esperaba el taxi que lo llevaría al aeropuerto para tomar su vuelo matinal al Reino Unido, después de rechazar la oferta de Theo de llevarlo a esas horas.

Mel la aguardaba en su punto de encuentro habitual, y pronto ambas corrían por el muelle.

—¿Qué tal la tía perdida? —preguntó Mel.

—Genial. Creo que extrovertida y extravagante la definen perfectamente —puntualizó Zazz—. ¿Te puedes creer que dirigió una agencia de *escorts* durante años? No pasa desapercibida en una multitud. Es totalmente opuesta a mi abuela, pero se nota que son hermanas. Le interesó muchísimo todo el tema de mis redes sociales. Dijo que iba a buscarme, seguirme y contarles a todas sus amigas parisinas sobre mí. Y aquí viene la parte emocionante.

Mel la miró, curiosa.

—Tiene un contacto en la oficina de prensa del Palais des Festivals y va a intentar conseguirme un pase general como creadora de contenido. No sabía que eso era otra vía de acreditación que usan ahora para todos los eventos del Palais, no solo el festival de cine. Le he prometido quererla para siempre si lo logra.

—Hablando de amor —replicó Mel—, mi hermano anda por ahí con una expresión bobalicona. Muy parecida a la que se te pone a ti cuando sale su nombre en la conversación.

Zazz se echó a reír.

—Ya te he dicho que somos solo amigos. Por ahora —añadió—. Bien, hora de dar la vuelta y comprar los cruasanes del desayuno. Tengo que hacerle compañía a mi madre, que mi padre se ha ido a casa unos días.

Aún era pronto para confesarle a nadie, ni siquiera a Mel, lo que realmente sentía por Dominic.

Capítulo 43

A última hora de la tarde del sábado, Agnes y Theo se disponían a salir a pasear para empaparse del ambiente del penúltimo día del festival cuando llamó monsieur Caumont.

—He recibido una oferta muy buena de un comprador por la casa, al contado, y le aconsejo que la acepte —les contó—. El comprador querría formalizar la compraventa en semanas y no en meses, lo cual no creo que sea un problema para ustedes, ¿no? El calendario es más problema para mí que para ustedes.

Agnes le dio las gracias, aceptó la oferta y dijo que el plazo adelantado no suponía ningún problema. De hecho, veían con buenos ojos una firma rápida.

Al salir a caminar, Agnes y Theo comentaron lo deprisa que se había vendido la casa.

—Y por un precio tan alto. Ya sé que monsieur Caumont dijo que era una propiedad codiciada, pero es mucho dinero.

—Aquí la vivienda es cara —observó Theo—. Y el hecho de que la casa lleve tantos años sin estar en venta la vuelve deseable a ojos de la gente.

—Es un gran alivio saber que pronto será de otra persona y dejará de formar parte de mi vida para siempre.

—¿Te quedarás aquí mientras se tramita todo? —preguntó Theo en voz baja—. ¿O volverás a Devon y regresarás solo para la firma final?

—Creo que… —Agnes se detuvo—. No lo sé. Parece que la venta podría cerrarse antes de lo habitual, así que quizá sea mejor

quedarse. Pero, al fin y al cabo, mi vida está allí y tendré que volver en algún momento. —Negó con la cabeza.

—Eres feliz aquí, ¿verdad? —dijo Theo con suavidad.

—Sí.

—Entonces quédate, por favor. Empieza una nueva vida aquí.

—No creo que sea una decisión tan fácil —objetó Agnes—. También están Francine y Edwin, además de Jasmine.

—Jasmine ya vive aquí —le recordó Theo—. Y probablemente piensa quedarse todo el tiempo posible. Volvamos a casa. Necesito hacer una cosa.

—Ah, vale. —Agnes se sorprendió ante el abrupto final de la conversación y del paseo que apenas habían iniciado.

Theo guardó silencio durante el camino de regreso y, una vez entraron, se dirigió al salón.

—Siéntate, por favor. Quiero tocarte algo.

—Me moría de ganas de pedirte que tocaras el piano desde que llegué —confesó Agnes—. Ojalá no hubieras dejado el saxofón.

Theo la miró intensamente unos segundos antes de acercarse al piano, sacar el banquillo, acariciar las teclas con cuidado, pensativo, y empezar a tocar la única melodía capaz de dejar a Agnes hecha un ovillo emocional.

Cerró los ojos mientras la letra de «Windmills of Your Mind» nadaban en su mente. Aquellas frases le resonaban por dentro. Sabía que siempre lo había amado y, aun así, no había hecho más que herirlo de la peor manera. Acarició el colgante celta que rara vez se quitaba y trató de contener las lágrimas.

Cuando la última nota se desvaneció, Theo giró en el banquillo y la miró, diciendo su nombre de una forma que la puso en guardia.

—Creo que los recuerdos que despierta esta canción lo significan todo para los dos —declaró, con los ojos clavados en su collar—. Me encanta verte con ese colgante —añadió en voz baja—. En mis visitas a Devon no te lo veía. Pensé que ya no lo tendrías.

—Lo he atesorado todos estos años. Muchas veces me limitaba a sostenerlo, esperando sentirte cerca.

—¿Y lo conseguías?

—Descubrí que el truco era sujetar el collar y poner nuestra canción, pero entonces no podía dejar de llorar. Estuve años sin ponérmelo: era un recordatorio demasiado punzante de lo que había perdido por mi propia estupidez. Ahora, casi no me lo quito.

—Me hace tan feliz tenerte aquí… Quédate, por favor —le suplicó Theo—. Tú completas mi hogar… y mi vida.

Agnes negó con la cabeza.

—Hace mucho que acordamos no hablar de lo que podría haber sido.

—*Je sais.* Lo sé. Pero no puedo evitar pensar, esperar, rezar para que, ahora que todo es distinto, nuestra amistad por fin pueda convertirse en la relación que los dos hemos deseado durante tanto tiempo. Y que seguimos deseando. —La miró, esperanzado—. Quizá haya llegado la hora de seguir tu corazón. Ya sabes que siempre te he animado a que lo hagas.

Agnes vaciló.

—¿No crees que ya es demasiado tarde para nosotros?

—Por fin te has librado del matrimonio que te causó tanto dolor y ahora eres libre para seguir adelante. Cuando se ama a alguien, nunca es demasiado tarde —afirmó Theo—. Podemos estar juntos,

como hemos soñado todos estos años. Nunca es tarde para ser felices y estar enamorados.

Agnes sonrió.

—La verdad es que sería maravilloso, lo reconozco. Pero olvidas que tú vives en Francia y yo en Inglaterra.

—Bah, cuando todo esté resuelto, no será un problema. Yo voy a verte. Tú vienes a verme. Lo decidimos juntos. Podemos estar donde queramos. Seis meses aquí, seis allí. Haremos que funcione, si estás dispuesta a intentarlo.

Hubo una breve pausa antes de que Agnes hablara.

—Si tú quieres —susurró con una sonrisa temblorosa.

—Agnes, no quiero que vuelvas a dejarme. He soñado con una vida contigo desde que te conocí. Ahora, por fin tenemos la oportunidad de tener una relación de verdad. ¿Por qué crees que nunca me casé? Tú eres la única mujer con la que he querido hacerlo.

Agnes apretó los labios para no echarse a llorar.

—Podrías haber tenido tu propia familia. Siento mucho haber sido la razón por la que no la tuviste.

—Tú, Francine y Zazz sois mi familia; siempre lo habéis sido y siempre lo seréis. Nada cambiará eso, te lo prometo. Sé que me repito, *mais* me hace tan feliz tenerte aquí… Cuando todo esté en orden, espero que decidas quedarte conmigo. Ya resolveremos la logística de dónde, pero por fin estaremos juntos, como siempre hemos querido y como merecemos.



El sábado por la noche, Francine no sabía qué hacer: se sentía intranquila y echaba de menos a Edwin, aunque aún no habían pasado ni veinticuatro horas. Estaba sola en la casa, ya que Zazz se había ido antes para pasar la velada con Dominic. Por un instante pensó en qué estarían haciendo Agnes y Theo, antes de decidir que, tras la emoción de los últimos días, seguramente agradecerían unas horas de tranquilidad.

Aburrida, mientras hojeaba una de las revistas náuticas de lujo de Oscar que habían dejado en la estantería, pensó en Piers. ¿Estaría en su barco esa noche? Él mismo le había dicho que solía estar allí la mayoría de las tardes, aunque quizá un sábado fuese distinto. Los sábados eran días de hacer planes con gente o ir a fiestas. Impulsivamente, decidió comprar una *pizza* para llevar y acercarse a ver si Piers querría compartirla. Si no estaba, volvería y la cenaría sola allí.

Media hora más tarde, con una *pizza* y una bolsa de *frites* en la mano, Francine se acercaba al barco de Piers con un nudo en el estómago. El corazón le dio un brinco al verlo en la cubierta, solo.

—¿Te apetece un poco de compañía? He traído algo de cena, por si tienes hambre —dijo.

—Vaya sorpresa más buena —agradeció Piers, ayudándola a subir a bordo—. No hacía falta que trajeras comida, pero de repente me muero por un trozo de *pizza.*

Cinco minutos después, Piers había abierto una botella de vino y ambos daban cuenta de la cena.

—¿Dónde está tu marido esta noche?

—Ha tenido que volver al Reino Unido dos días —explicó Francine —. Y Zazz está fuera con cierto Dominic. —Alzó una ceja hacia Piers,

que se limitó a sonreír—. Por eso he tenido que sobornarte con comida para que me hagas compañía y así no sentirme igual de sola que «Billy el solitario».

Piers la miró, desconcertado.

—Es una expresión inglesa —aclaró Francine.

—No tienes que sobornarme para que te haga compañía —replicó Piers en voz baja—. Me gusta estar contigo, pero sospecho que Edwin está un poco receloso de nuestra amistad.

—Ya le he contado lo unidos que estuvimos en el pasado, pero ahora somos mayores y solo somos buenos amigos con una larga historia compartida.

—Buenos amigos con una larga historia —repitió Piers despacio, mirándola.

—Sí —reiteró Francine en tono firme—. Seguiremos en contacto ahora que nos hemos reencontrado. —Vaciló—. Siempre tendremos una amistad especial.

—*D'accord,* una amistad especial —repitió Piers lentamente—. ¿Más vino?

Francine alargó la copa.

—Gracias. La casa de Oscar se ha vendido —le informó, con ganas de cambiar de tema, consciente de que estaban entrando en terreno pantanoso—. Un problema menos. ¿Te acuerdas de lo de ese tal Serge Cortez que podía ser mi hermanastro? Pues lo es. Ya lo he conocido. Seguí tu consejo y me relajé, y al vernos nos llevamos bien. Ese fue el sorpresón número uno de mi vida. Compartir la herencia con él fastidia un poco, sobre todo a mi madre, pero es lo que hay. Al menos mi madre por fin va a ver algo de dinero de Oscar.

Piers asintió, pensativo.

—Eso está bien. ¿Y la sorpresa número dos? No me digas que te han salido más hermanastros, o incluso hermanastras.

—No. La segunda fue que apareció Denice, la hermana perdida de mi madre. —Ella le explicó a grandes rasgos cómo había sido—. Y ahora estoy esperando la tercera sorpresa. —Rio—. Porque no hay dos sin tres, ¿no?

—*Peut-être* que la tercera sea que mi Dominic y tu Zazz igual acaban juntos —se aventuró Piers—. Quizá.

—¿Es que no lo están ya? —soltó Francine, antes de caer en lo que quería decir—. ¿Te refieres a comprometerse? ¿Hacerlo formal?

Piers asintió.

—Menuda ironía, ¿verdad?

—Sería bonito —opinó Francine—. Pero si pasa, no será pronto. Zazz está empeñada en triunfar como *influencer.*

Apartó de golpe el pensamiento, inesperado e inoportuno, sobre lo que podría haber ocurrido entre ella y Piers años atrás. Para esos «¿y si…?» ya era muy tarde.

El reloj del ayuntamiento dio la hora y Francine se sobresaltó al darse cuenta de que eran las once.

—Será mejor que vuelva a casa. Como me descuide, mi hija me echa el cerrojo.

—Te acompaño. —Piers se puso en pie—. Sin discusión —añadió, cuando ella iba a protestar—. Es tarde.

De regreso, Francine agradeció tener a Piers a su lado. Los juerguistas del sábado por la noche abarrotaban las calles y sabía que, si hubiera ido sola, podían haberse propasado con ella.

En la puerta, Piers le dedicó una sonrisa melancólica.

—Cuánto tiempo desde la última vez que tú y yo nos despedimos aquí. —Le dio un beso suave en cada mejilla—. *Bonne nuit, mon amie spéciale.* —Y se marchó.

Al entrar, Francine miró hacia la escalera de caracol y vio luz en la habitación de Zazz. Sin pensarlo, la llamó:

—¿Te apetece un vaso de leche con cacao antes de dormir?

—Sí, por favor. Dame cinco minutos y bajo.

—Quédate donde estás. Te lo llevo cuando esté listo —ofreció Francine.

Cuando subió a la buhardilla con dos tazas, Zazz estaba cerrando el portátil.

—Pensé que ibas a salir con Dominic esta noche —se extrañó Francine, tendiéndole la bebida.

—Volví hace cosa de una hora y me puse a preparar contenido para la semana que viene —respondió Zazz—. Tú, en cambio, has estado hasta tarde, ¿no?

—Sí, tomando *pizza* y *frites* con Piers en su barco —le contó Francine—. Estaba un poco baja de ánimos y necesitaba compañía. Tú estabas fuera y no quería interrumpir a *Maman* y Theo, así que… —Se encogió de hombros—. Piers es un viejo amigo. Aún tenemos mucho que contarnos para ponernos al día.

—Mamá, ¿sabes que en septiembre me mudo con Mel?

Francine asintió mientras bebía.

—La casa se ha vendido tan rápido que, aunque quisiera quedarme aquí sola, y la verdad es que no me apetece, en una o dos semanas tendría que irme igualmente. La abuela se ha sumado a la insistencia de Theo de que tiene más sentido que viva allí abajo

el resto del verano, así que, cuando tú y papá volváis a casa, me mudaré con Theo unos meses.

—Buena idea —aplaudió Francine—. La abuela se vendrá con nosotros, supongo, así que Theo agradecerá tu compañía. Y yo estaré más tranquila sabiendo que él te… —se interrumpió al ver la mirada de Zazz y cómo negaba con la cabeza—. Perdón. Costumbre. Ya sé que no necesitas que nadie te vigile.

Apuró la taza y se levantó.

—Yo ya me voy a la cama. Nos vemos por la mañana. Duerme bien.

En su dormitorio, Francine tarareó, contenta, mientras se preparaba para acostarse. Su relación con Edwin se estaba reavivando y parecía que Zazz y ella se estaban entendiendo mejor. Y recuperar a Piers como amigo también era bueno. Recibir su parte de la herencia sería la guinda del pastel. Decidir en qué gastarla iba a ser divertido. Quizá compraran un pequeño apartamento allí, como refugio. La vida pintaba muy bien en aquel momento y, cuando Edwin regresara, sería aún mejor.

Capítulo 44

Más tarde, ya en su habitación, tras desearle buenas noches a Theo, Agnes pensó en lo que él le había dicho y sonrió. La idea de que por fin pudieran vivir juntos como pareja siempre le había parecido un sueño lejano e inalcanzable, pero Theo parecía convencido de que era posible si ambos lo deseaban. Y ella lo deseaba, y mucho.

El sobre aún sin abrir encima del tocador atrajo su mirada. Lo tomó y, distraída, pasó un dedo bajo el sello. ¿Sería un último mensaje lleno de odio de Oscar? ¿O tal vez una disculpa por el trato que le había dado durante tantos años? Si tuviera que apostar, no lo haría por la segunda opción. Pero un mensaje de odio podía tirarse sin más, olvidarse para siempre. ¿Debería hacerlo? ¿Dejarlo cerrado y quemarlo? *Non.* No podía. Sencillamente no podía.

Al sacar el papel doblado del sobre, otro trozo cayó al suelo. Sin mirarlo, lo recogió y lo dejó junto al sobre, en el tocador. Abrió entonces la hoja doblada y vio la inconfundible letra de Oscar. Empezó a leer la última carta que le había escrito su difunto marido.

> A mi esposa, Agnes Agistini:
> Gracias a Zazz, mi supuesta «nieta», puedo escribirte esta carta. Un mechón de su pelo me ha resultado muy muy útil.
> Nos remontaremos a la semana anterior a nuestro matrimonio, ese matrimonio del que sé que deseabas librarte desde el principio, razón por la que jamás te di el divorcio. Aquellos días pasé un largo fin de semana en Mónaco con mis amigos. Mi hermano, aunque estaba invitado, se negó a acompañarnos.
> Siempre me había preguntado si Francine era realmente una hija de luna de miel, como todos daban por hecho.

La llegada inesperada de Zazz a mi vida me brindó la oportunidad de descubrir la verdad. Adjunto los resultados del ADN.
Jasmine Mansell no es, repito, no es mi nieta.
Lo cual plantea la pregunta: ¿de quién es nieta, entonces? Y, más importante aún… ¿quién fue el padre de Francine? Mon Dieu, supongo que mi hermano Theo, ¿no? Siempre supe que estaba enamorado de ti. Parte de la razón por la que me casé contigo fue para impedir que fueras suya.
Hace poco he sabido que tengo un hijo, algo que tú no pudiste darme. Según la ley francesa, como hijo ilegítimo, tendrá derecho a mi herencia. Tú recibirás lo que la ley estipula para el cónyuge superviviente, y Francine no recibirá nada.
Adjunto los resultados de ADN para que los veas y se los entregues al notario; él sabrá cómo proceder, aunque las pruebas no se hayan hecho a través de un tribunal francés.
Oscar

Temblorosa, Agnes tomó el papel del tocador. Lo estudió unos instantes y volvió a meterlo, junto con la carta de Oscar, en el sobre antes de dejarse caer sobre la cama.

A su mente acudió aquella noche especial en el barco junto a Theo, en Antibes. Jamás se le había ocurrido pensar que Francine pudiera haber sido concebida aquella noche. Ni siquiera había pasado por su cabeza la posibilidad de quedarse embarazada. Aquella noche solo sabía que amaba a Theo y que lo deseaba.

¿Cómo recibiría él la noticia? Sabía que adoraba a Francine, que había disfrutado cada momento de su vida como su supuesto tío, pero ¿cómo reaccionaría al descubrir que, durante los últimos cincuenta y tres años, había podido ser mucho más?

Solo había una forma de saberlo. A primera hora de la mañana le enseñaría la carta y la prueba de que Francine era su hija, no la de

Oscar. Solo podía rezar para que él acogiera aquella noticia inesperada con alegría.

Capítulo 45

Tras una noche agitada, Agnes se despertó a la mañana siguiente antes de que saliera el sol. Como sabía que no tenía ninguna posibilidad de volver a conciliar el sueño, se vistió deprisa y bajó a la cocina, llevándose consigo el sobre y su contenido. Encajó una cápsula en la cafetera y se quedó en silencio, mirando cómo caía el café.

Cinco minutos después, cuando apareció Theo, ella le echó una sola mirada y rompió a llorar. Él estuvo a su lado al instante.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

Agnes negó con la cabeza.

—No, no estoy enferma. No sé qué siento ahora mismo —sollozó —. Menos mal que Oscar ya está muerto, porque en este momento lo asesinaría con mis propias manos.

—¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas aquel sobre con mi nombre? Anoche lo abrí por fin —declaró mientras cogía el sobre y sacaba la carta—. Me escribió esta carta y además adjuntó una prueba de lo que dice.

—¿Puedo leerla? —preguntó Theo en voz baja.

—Oh, desde luego. Debes hacerlo —asintió Agnes, y se la entregó.

Los dos minutos que Theo tardó en leer la carta y echar un vistazo a los resultados de ADN fueron de los más angustiantes que Agnes había vivido, mientras aguardaba su reacción. Al fin, él la miró.

—Lo siento tanto… —susurró Agnes.

—Solo tengo una pregunta. ¿Sabías desde el principio que yo era el padre de Francine y me lo ocultaste?

—No, por supuesto que no. Aquella noche en Antibes, cuando hicimos el amor, ni se me pasó por la cabeza que podía quedarme embarazada —Agnes sacudió la cabeza con fuerza—. Durante la luna de miel, Oscar no paraba de hablar de los bebés que traeríamos al mundo y yo, como todos, di por hecho que Francine era fruto de ese momento. Si hubiera sabido que era tuya, te lo habría dicho. Podría haberlo cambiado todo. No te lo habría ocultado.

—No te veo capaz de hacerlo. Tú y yo siempre hemos sido totalmente sinceros el uno con el otro. Ojalá lo hubiera sabido antes, pero me alegra saberlo ahora. Tendremos que llevar esto a monsieur Caumont para que haga lo que corresponda legalmente —dijo Theo, dejando la carta sobre la mesa.

Agnes esbozó una sonrisa débil.

—No sé qué pensará de este nuevo giro.

—Me da igual lo que piense —le garantizó Theo—. No podría estar más feliz con la noticia. Lo que te dije el otro día iba en serio: tú y Francine siempre habéis sido mi familia, y ahora es oficial.

—También tenemos que contárselo a Francine y a Jasmine —reflexionó Agnes—. Creo que Francine se alegrará. Y en cuanto a Jasmine, tu ascenso de tío abuelo a abuelo la va a entusiasmar.



El lunes por la mañana, Agnes y Theo se dirigieron al despacho de monsieur Caumont. Sin cita previa, dijeron a la recepcionista que necesitaban ver con urgencia al notario, porque había salido a la luz

algo que alteraría de forma drástica la tramitación del testamento de Oscar. A los cinco minutos los hicieron pasar a su despacho.

—Gracias por recibirnos —dijo Agnes, tendiéndole el sobre—. Al revisar los papeles de Oscar, además de la carpeta de la que ya tiene noticia, Theo encontró este sobre con mi nombre. Anoche, por fin, lo abrí. Necesita ver lo que contiene.

Con cuidado, el notario sacó el contenido y lo leyó. Alzó la vista hacia Agnes con un gesto inquisitivo, negando levemente con la cabeza.

—La herencia de monsieur Oscar Agistini no deja de deparar sorpresas. Así que ahora, después de que usted reciba su porción legal, la cuarta parte, las tres partes restantes serán heredadas por monsieur Serge Cortez en solitario. Le notificaré el cambio de su posición, ahora que es el único hijo de Oscar Agistini. Creo que le agradará. ¿Han informado ya a madame Francine Mansell de su nueva situación?

Agnes negó con la cabeza.

—*Non,* pensamos hacerlo hoy.

—*Bon.* ¿Creemos que esta… irregularidad, llamémosla así, del testamento del difunto será la última?

—Eso espero, sinceramente —respondió Agnes.

Al acompañarlos a la salida, el notario se volvió hacia Theo con una sonrisa.

—Permítame que le felicite, aunque con retraso, por la feliz llegada de su hija.

Theo rio.

—Con mucho retraso, desde luego, pero lo agradezco igual.



Agnes iba callada mientras volvían andando del despacho del notario.

—Me pregunto cómo reaccionará Francine al perder la herencia de Oscar —caviló.

—No creo que le afecte demasiado —repuso Theo pensativo—. Nunca soportó a Oscar y siempre ha dicho que no quería nada suyo. Su principal preocupación era que tú recibieras algo, así que, en conjunto, me parece que se lo tomará con filosofía.

—Eso espero —asintió ella—. ¿Cuándo se lo decimos?

—Cuanto antes. A Zazz también. Podemos subir ahora mismo a la casa, a ver si están.

—Hagámoslo… y que sea mi última visita a esa casa —pidió Agnes.

Zazz salió justo cuando ellos llegaban.

—Abuela. Theo. ¿Qué hacéis aquí? Pensé que no volveríais a poner un pie en esta casa. —Se rio.

—Esta es la última vez —le confirmó Agnes—. Tenemos que hablar con tu madre y contigo. ¿Tienes prisa o puedes quedarte un rato?

Zazz miró el reloj.

—Puedo quedarme unos diez minutos, luego tengo que ir a la biblioteca a investigar antes de que cierre a mediodía. —Los siguió hacia el interior—. Espero que no vengáis a contarnos que ha aparecido otro pariente perdido. Os digo que mamá se va a volver loca si lo hay.

—No exactamente —musitó Agnes.

Zazz la miró, sorprendida, pero no dijo nada.

—Mamá está en la cocina.

Francine se levantó de un salto al verla entrar.

—*Maman,* ¿qué haces aquí?

—Te prometo que es la última vez que vengo —aseguró Agnes—. ¿Hay café?

—Yo los pongo —se ofreció Zazz.

—Agnes y yo venimos del notario —informó Theo.

—Ay, ¿y ahora qué? —suspiró Francine—. No me digas que el comprador se ha echado atrás.

—No, no es eso. —Agnes tomó aire—. Primero necesito remontarme a antes de que nacieras. Yo estaba enamorada de Theo y él de mí. Tuvimos un día y una noche gloriosos de despedida antes de que yo cumpliera lo que mis padres exigían y me casara con Oscar. —Miró a Francine—. ¿Recuerdas el sobre con mi nombre que encontraste en el escritorio de Oscar? Anoche, por fin, lo abrí. Era una carta de Oscar, y también venían los resultados de una prueba de ADN hecha con un mechón de pelo de Jasmine.

Agnes se detuvo para tomar aire. Antes de que pudiera seguir, Theo le cogió la mano y habló.

—La prueba decía que Zazz no era su nieta —sentenció Theo—, lo cual le hizo preguntarse quién era tu padre. Sabía lo unidos que habíamos estado Agnes y yo antes de la boda, así que, claro está, no le costó atar los cabos y llegar a la única respuesta posible: yo. Soy tu padre y el abuelo de Zazz. Y he de decir que, aunque es un *shock* enorme, no puedo estar más feliz.

Un silencio atónito acogió sus palabras.

—Pues a mí me parece una noticia estupenda —intervino Zazz, dejando los cafés en la mesa y rompiendo la tensión—. Porque tú

siempre has estado en nuestras vidas y eres el abuelo perfecto con el que siempre soñé. Ya no eres el tío Theo, sino el abuelo.

Francine tomó una taza y se sentó.

—¿De verdad no teníais ni idea?

—*Non,* yo todavía estoy asimilándolo —confesó Agnes—. Pero, como Theo, no puedo estar más contenta. Que Oscar no tenga lazos de sangre con vosotras y que Theo sí… —Sonrió—. Es una noticia maravillosa.

—No acabo de creerlo —admitió Francine—. ¿Habéis estado teniendo una aventura durante más de cincuenta años?

—Por desgracia, no. —Sonrió Theo—. Pero sí hemos tenido una amistad un poco especial. He querido a tu madre todo ese tiempo. Tú eres el fruto de la única noche que pasamos juntos, antes de que Agnes se casara con Oscar. Y, como todos, dimos por hecho que fuiste concebida en la noche de bodas.

—Hay otra cosa que cambia —añadió Agnes, rompiendo el nuevo silencio—. Me temo que ya no figuras en el testamento. No recibirás nada.

—Quería dártelo a ti de todos modos —la tranquilizó Francine—. Para compensar… —se encogió de hombros—, ya sabes, el pasado.

Agnes sonrió.

—No lo habría aceptado, pero gracias. Siento que no vayas a recibir nada directamente de Oscar: te prometo que me ocuparé de que en el futuro recibas algo.

—Pero tú sí lo recibirás, ¿verdad? —preguntó Francine.

—La pequeña parte legal que le corresponde a la esposa cuando su marido muere —asintió Agnes—. La herencia francesa es extraña en esto: salvo mención expresa, todo pasa a los hijos. No hay una

previsión especial para el cónyuge, aparte del derecho a residir en la casa hasta su muerte o, si se vende, una cuarta parte de la herencia; las otras tres cuartas partes van a los hijos. En este caso, a Serge Cortez.

—Siento muchísimo que el no saber la verdad haya causado tantos problemas a lo largo de los años. —Agnes se mostró compungida—. Y es culpa mía por haberme casado con el hermano equivocado. Siempre he querido a Theo. Ojalá me hubieran permitido casarme con él entonces.

Theo le apretó la mano.

—Ahora estaremos juntos el resto de nuestros días. ¿Quizá incluso casados? —preguntó, inclinándose para darle un beso.



Cuando Agnes y Theo se marcharon y Zazz se fue a la biblioteca, Francine se dio cuenta de que estaba temblando por el impacto de la bomba que acababan de soltar Theo y su madre. Cogió el teléfono, rezando para que Edwin estuviera libre y pudiera contestar. Un cálido alivio le recorrió el cuerpo al oír su voz.

Se trabó al hablar, casi atragantándose con las palabras que intentaba decir.

—No te lo vas a creer… —Tomó aire—. Oscar dejó una carta para mi madre con una prueba de ADN ilegal que mandó hacer en Inglaterra. Usó un mechón de pelo de Zazz, ni más ni menos —Francine se mordió el labio inferior mientras intentaba calmarse—. Parece que tenías razón. Mamá y Theo están mucho más unidos de lo que yo imaginaba. Oscar no es, no era, mi padre. Resulta que es Theo.

Hubo dos o tres segundos de silencio antes de que Edwin hablara.

—Vaya, es una noticia inesperada, pero en general parece algo bueno, ¿no? Siempre has detestado a Oscar y, en cambio, siempre has querido a Theo. ¿Y no es mejor tenerlo a él como pariente sanguíneo que a Oscar?

—Oscar, cómo no, aprovechó la ocasión cuando Zazz apareció por sorpresa —prosiguió Francine—. Ya sabía yo que esa escapada de Zazz para verlo terminaría en lágrimas, con él sacando tajada de su presencia.

—Pero ahora son lágrimas de alegría —protestó Edwin—. Deberías estarle agradecida. Fue su llegada a la vida de Oscar lo que permitió que toda la verdad se destapara. Has ganado a un hombre al que quieres y conoces como padre. Ya sé que has perdido una herencia, pero tampoco es que quisieras nada de Oscar, ¿no?

Francine negó con la cabeza.

—No. Solo quería asegurarme de que mamá por fin recibiera algo de él.

—Creo que Agnes tiene todo lo que siempre ha querido —opinó Edwin.

—Me alegra que por fin haya funcionado todo para que estén juntos —dijo Francine—. Los dos han sufrido por culpa de Oscar. —Hizo una pausa—. Supongo que debería pensar en volver a casa. Te echo de menos, y ya no hay motivo para quedarme. Mamá ya no me necesita. Además, tiene a Theo para ayudarla si hace falta.

—Iba a sorprenderte mañana —confesó Edwin—. Tengo un vuelo por la mañana. Debería estar contigo sobre las dos.

—Oh, ¡qué buena noticia! ¿Le pido a Theo que vaya a buscarte?

—No, no quiero molestarlo. Cogeré el tranvía hasta Niza y luego un tren. Nos vemos mañana. Te quiero, Frankie.

—Yo también te quiero —respondió Francine, sonriendo por el apodo, y colgó.

Capítulo 46

Al día siguiente todos recibieron con alivio la noticia de que los compradores habían firmado y abonado al notario todas las cantidades pactadas, incluida una suma extra por la temprana fecha de entrega. Sin embargo, Agnes era la que más feliz estaba con diferencia. Muy pronto su vida quedaría totalmente libre de Oscar y de sus tácticas inmorales, que de algún modo habían tejido una telaraña en torno a su existencia durante demasiado tiempo, además de haber mantenido a su hermana lejos de ella. Ahora Agnes y Denice hablaban todos los días, y Agnes estaba encantada de tener a su hermana de vuelta en su vida. Denice era un verdadero soplo de aire fresco y nunca se mordía la lengua al expresar lo que sentía por Oscar, «ese cabrón retorcido», como solía decir.

Agnes sabía que Theo contaba los días que faltaban para que se cortaran por fin los hilos omnipresentes de su hermano en sus vidas y pudieran avanzar juntos. También se daba cuenta de que, cuando Francine y Edwin regresaran a su vida cotidiana en el Reino Unido, esperaban que ella se marchara con ellos. Al menos Francine. Sospechaba que Edwin estaba más en sintonía con cómo eran las cosas entre ella y Theo ahora que ella era libre.

No soportaba la idea de dejarlo ni siquiera una semana. Estaban muy unidos. Sabía que Theo quería que se quedara y, con los planes que estaba trazando para ambos, actuaba como si ya estuviera decidido que lo haría. Por supuesto, sabía que en algún momento tendría que volver al Reino Unido para arreglar ciertos asuntos, pero

pensaba posponerlo todo lo posible y, entonces, ella y Theo irían juntos.

Mientras tanto, tenía que decirle a Francine y Edwin que no regresaría con ellos a Dartmouth y asegurarles que sabía que su casa estaba en buenas manos hasta que todos decidieran qué hacer con ella.



Cuando Edwin llegó a casa aquella tarde, Francine se arrojó a sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Me alegra tanto que estés de vuelta —exclamó—. ¿Qué tal Dartmouth?

—Bien, no hace tanto calor como aquí, pero ha hecho sol —contestó Edwin, soltándola—. Te eché de menos allí. ¿Te apetece dar un paseo? ¿Tomar el aire? ¿Quizá un poco de *glace?*

—Sí. Puedo ponerte al día mientras caminamos. No consigo encajar lo que siento por el hecho de que Oscar no sea mi padre y de que Theo ocupe su lugar. Eres la única persona con la que puedo hablar de verdad de esto.

Cuando ya andaban por la Croisette, de la mano, ella le explicó lo confusa que se sentía.

—No me cuesta aceptar que mi madre y Theo sean ahora, sin lugar a dudas, una pareja, pero me cuesta pensar en ellos como en mis padres. Mamá está claro que es mamá, pero el tío Theo, aunque hace años que le llamo Theo a secas, es distinto. Que de repente resulte ser mi padre no significa que yo pueda, con la misma rapidez, empezar a llamarlo papá, aunque lo quiero y me alegra que sea mi padre. Estoy muy contenta de ser su hija.

—¿Has hablado de esto con él o con Agnes? —preguntó Edwin.

Francine negó con la cabeza.

—No. No quiero hacerle daño. Está tan orgulloso de mí… Mamá dice que le cuenta a cualquiera que quiera escucharle lo de su hija recién descubierta.

—Creo que tienes que hablar con él, o al menos con tu madre —la animó Edwin.

Francine asintió.

—Creo que tienes razón. Hablaré primero con mamá. Le explicaré que me llevará tiempo llamarlo papá, pero que lo quiero y espero que los dos lo entiendan. Zazz, por supuesto, no tiene ningún problema en llamarlo abuelo: lo hace todo el rato, y eso me hace sentir todavía peor.

—Es joven, y los jóvenes parecen aceptar los cambios con más facilidad que el resto de mortales, sobre todo si ya somos viejos —la consoló Edwin—. Ya verás, dentro de unos meses estarás todo el día que si papá esto, que si papá lo otro.

Francine se echó a reír.

—Espero que tengas razón.



—*Maman,* Theo, tengo que deciros un par de cosas. Edwin y yo estamos pensando en volver a casa por la tarde el día en que se firme la venta de la villa de Oscar, o al día siguiente. Dependerá de los vuelos. ¿Os parece bien? ¿O es demasiado precipitado?

Los cuatro estaban sentados alrededor de la mesa del patio de Theo, disfrutando de una cena de pasta. Mientras Francine hacía su

pregunta, Agnes notó cómo Theo se tensaba a la espera de su respuesta.

—*Non,* no es precipitado para mí porque no me voy. Ahora que por fin podemos ser pareja, me quedaré con Theo.

—Te quedas este verano. Está bien —respondió Francine—. Podemos volver cuando estés lista para regresar.

—Theo y yo iremos a Dartmouth juntos, cuando estemos listos —zanjó Agnes, con una voz que no admitía réplica.

Francine, que por fin entendía lo que su madre estaba diciendo, la miró a ella y a Theo alternativamente.

—¿Y tu casa?

—Es tu hogar mientras quieras —indicó Agnes—. Nuestro acuerdo no tiene por qué cambiar solo porque quizá yo no vuelva a vivir allí de forma permanente.

—De acuerdo —aceptó Francine, volviéndose despacio hacia Theo —. La otra cosa es que quizá necesitemos una cama para una noche. Siempre podemos ir a un hotel, pero…

—Aquí siempre hay sitio para vosotros —contestó Theo—. No tenéis que pedirlo. Esta también es vuestra casa ahora. ¿Por qué no os quedáis un par de días?

—Gracias. —Francine sonrió con gratitud.

Más tarde, cuando subían hacia Le Suquet, Edwin dijo:

—¿Quieres que pensemos en serio lo de trasladarnos aquí, ahora que tu madre parece decidida a quedarse? El otro día vimos algunas villas bonitas.

—Lo sé, pero es un paso enorme, aunque toda mi familia acabe viviendo aquí. Creo que debemos volver a casa, pensarlo bien y luego decidir qué hacemos.



Hacer las maletas para mudarse a casa de Theo fue rápido, y resultó providencial. Monsieur Caumont llamó a Agnes para decirle que firmarían al día siguiente. En cuanto lo supieron, Edwin llamó para reservar los vuelos y tuvo la suerte de conseguir asientos en un vuelo de primera hora de la tarde de ese mismo día.

Cuando salió de la casa por última vez, Francine se sorprendió al sentirse un poco emocionada y se mordió el labio. Esta temporada en Cannes le había dejado buenos recuerdos y, aunque no guardaría un gran cariño por aquella casa, marcharse ese día sí marcaba el final de una etapa de su vida, y por fin cerraba aquel capítulo.

—Hola, *Maman* —saludó Francine cuando llegaron a casa de Theo —. He dejado la villa bien cerrada. ¿Dónde dejo las llaves?

—Dámelas y las pondré en el gancho de la cocina, donde Theo guarda todas sus llaves. Se las llevaré al notario cuando vaya — ordenó Agnes, tendiendo la mano.

Capítulo 47

La mañana de la firma, Agnes y Serge estaban sentados uno junto al otro en el despacho del notario. Monsieur Caumont y otro notario que actuaba en representación del comprador ausente repasaron páginas y más páginas de jerga legal que exigían rubricar cada hoja: unas veces por su parte, otras por la del nuevo propietario o de ambos. La operación duró más de una hora, hasta que las llaves pasaron a manos del otro notario y las transferencias quedaron completadas.

Al salir, Agnes dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ha sido mucho más largo de lo que esperaba —reconoció—. Comprar o vender una vivienda en Inglaterra es mucho menos complicado en esa fase final. Todo ese firmar página tras página y leer en voz alta cláusula tras cláusula… —Negó con la cabeza—. Anda, volvamos a la casa. Nos merecemos una copa.

Theo había sugerido celebrar una pequeña fiesta después de la cita con el notario. Ahora que era oficialmente el tío de Serge, consideró que era su responsabilidad y decidió organizarla en su casa.

Cuando Agnes y Serge entraron, encontraron a Theo, Edwin, Francine, Zazz, Rachel y Al esperándolos impacientes. El champán reposaba en una cubitera con hielo y los aperitivos estaban ya dispuestos sobre la mesa.

—¿Quiénes son los nuevos propietarios? —preguntó Zazz mientras Theo servía las copas—. ¿Alguien famoso?

—Ni idea —respondió Serge—. No estaban presentes. Su notario tenía poder de representación y firmó todo en su nombre.

—En cuanto a su apellido, monsieur Caumont tuvo dificultades para pronunciarlo y yo ni siquiera lo recuerdo —intervino Agnes—. Me imagino que ya lo sabremos, pero, sinceramente, no me interesa. Solo me alegra que la casa esté fuera de mi vida, tener algo de dinero, que Serge haya recibido su legítima herencia y que todos podamos seguir adelante.

—Brindemos por eso —sugirió Theo—. Por los nuevos comienzos y por nuestra familia ampliada.

—Por los nuevos comienzos y por nuestra familia ampliada —repitieron todos, chocando las copas.



Dos horas más tarde, la familia Cortez se había marchado y Edwin bajaba las maletas de ambos, listo para partir. Theo había insistido en llevarlos él mismo al aeropuerto, y pronto el equipaje estuvo cargado en el coche.

Francine y Edwin abrazaron a Agnes con fuerza al despedirse.

—Nos veremos pronto —le prometió Francine—. Cuídate. No dejes que Zazz se aproveche.

—¡Como si lo hiciera! —protestó Zazz mientras abrazaba a su madre.

—Nuestra nieta puede aprovecharse de nosotros todo lo que quiera —la contradijo Theo, ayudando a Edwin con las maletas—. Para eso están los abuelos. Y yo, desde luego, no pienso quejarme.

Tras verlos marcharse, Agnes y Zazz regresaron a la casa. Zazz subió directamente a su habitación, mientras una pensativa Agnes

iba a la cocina a preparar café para las dos. Hacía días que notaba a Zazz más callada de lo habitual y sospechaba que algo la preocupaba. Estaba decidida a averiguar qué era.

En su nueva habitación, Zazz tomó una caja de la *boulangerie* que había comprado antes y suspiró con satisfacción. Sabía que el sofá cama de Mel no sería muy cómodo y que septiembre aún quedaba lejos. Además, vivir allí los próximos meses le daba la oportunidad de conocer mejor a Theo en su papel de abuelo, algo que la ilusionaba de verdad. Pero antes tenía que decirle algo a Agnes, aprovechando que estaban solas.

Abajo, le tendió la caja de dulces.

—He pensado que nos vendría bien algo que nos animara, así que he traído un par de tartaletas de fresa —empezó Zazz, sentándose y dejando que Cerise se acomodara enseguida a su lado—. Abuela, sé que tú y el abuelo estáis muy felices, pero sigo sintiéndome culpable por haber venido aquí a escondidas, como dice mamá, y que todo se viniera abajo por culpa de un mechón de mi pelo.

Agnes la miró con ternura. Así que eso era lo que la atormentaba.

—Si hubiésemos autorizado al notario a hacer las pruebas de paternidad, todo se habría venido abajo igualmente en cuestión de semanas —observó Agnes—. Créeme, Zazz, es bueno que la verdad haya salido a la luz. No le des más vueltas. Soy más feliz que nunca, y tu abuelo también. Ambos estamos muy agradecidos a ese mechón de tu pelo. Come tu tartaleta.

Zazz la observó.

—Acabas de llamarme Zazz, no Jasmine.

—Puedes agradecérselo a tu abuelo y a Denice. Ambos me dijeron que debía llamarte como tú quisieras. Al parecer, me estaba

delatando la edad al insistir en usar tu nombre completo en lugar de tu apodo moderno.

Zazz se levantó y la abrazó.

—Gracias.

Habían terminado el café y las tartas cuando sonó el móvil de Zazz. Era Dominic.

—Perdona, abuela —se disculpó Zazz, levantándose y saliendo al patio.

Agnes la miró con cariño. Dominic era un muchacho encantador y, claramente, estaba prendado de Zazz. Tenía un buen presentimiento sobre esa relación.



Zazz había salido con Dominic, y Theo y Agnes cenaban tarde en el patio, bajo la luz de la luna llena, cuando Theo anunció:

—Hay un cabo suelto que aún debemos atar antes de quedar completamente libres de Oscar.

Agnes lo miró.

—¿Cuál?

—Sus cenizas.

Agnes suspiró.

—Las había olvidado. ¿Siguen en el armario?

Theo asintió.

—Sí.

—¿Las esparcimos en algún lugar que detestara, como acto de karma? ¿O en uno que le gustara? ¿Quizá en la tumba de tus padres, en Cannes?

—Pensaba que podríamos dar un paseo a la luz de la luna por la playa y esparcirlas en el Mediterráneo. Le gustaba el mar.

Agnes guardó silencio un momento.

—De acuerdo. Hagámoslo.

—No debería haber mucha gente a estas horas —comentó Theo —. Y una vez lo hayamos hecho, podremos seguir con nuestras vidas.

Una hora después, como sabía que Cerise dormía hecha un ovillo en la cama de Zazz esperando a su nueva persona favorita —algo que hacía todas las noches desde que ella se había mudado—, Theo sacó la urna del armario, la colocó con cuidado en una bolsa de lona y salieron discretamente de la casa.

Aún quedaban algunas personas por la calle, aunque ya era tarde. Caminaron hacia la playa de la mano. Algunos restaurantes del *bord de mer* seguían abiertos, y cruzaron la carretera para andar por la arena.

Había otras parejas paseando por la orilla, y se cuidaron de no acercarse a ellas.

—¿Crees que estarán haciendo lo mismo que nosotros? —susurró Agnes—. Si es así, Oscar tendrá bastante compañía.

—No —respondió Theo—, creo que simplemente están dando un paseo romántico por la playa iluminada por la luna.

Caminaron hasta llegar a una zona completamente desierta, donde Theo sacó con cuidado la urna de la bolsa y retiró la tapa.

—Voy a ir sacudiéndola despacio mientras caminamos —dijo. Unos minutos después añadió—: Ya está, Oscar. No puedo decir que haya sido un placer ser tu hermano, pero te deseo lo mejor en la eternidad.

Agnes permaneció en silencio. No le quedaban palabras que dirigirle a Oscar, ni siquiera de despedida.

De vuelta, Theo tomó la mano de Agnes y la giró hacia él.

—Ahora que por fin ha desaparecido de nuestras vidas, Agnes, mi amor… ¿te casarás conmigo?

—Sí —respondió al instante—. Donde quieras y cuando quieras.

Theo la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza, sellando su amor y su recién hallada felicidad con un beso.

Epílogo

Un año después

Tras la boda de Agnes y Theo en el Ayuntamiento de Antibes, Denice y Carl celebraron el banquete nupcial en el jardín de su villa en Juan-les-Pins. Agnes no había querido casarse con Theo en la alcaldía de Cannes, y Antibes resultó ser el escenario perfecto. Francine, siguiendo la tradición inglesa, aceptó ser la madrina, y Zazz estaba encantada de ser la dama de honor de su abuela. Agnes apenas puede creerse que por fin se haya casado con su verdadero amor. En cuanto a Theo, sabe que es el hombre más feliz y afortunado del mundo por poder llamar esposa a Agnes. Mientras permanecen el uno junto al otro para cortar su tarta nupcial de un solo piso, Agnes no puede evitar pensar en cuánto ha cambiado su vida desde aquel día en que Theo la llamó para decirle que Oscar había muerto. Una muerte que transformó su mundo para siempre.

Denice apenas puede contener las lágrimas: está tan feliz por su hermana… y por sí misma. Haber recuperado el contacto con Agnes le ha devuelto una enorme alegría. Adora a Francine y trata a Zazz como a una nieta predilecta que nunca hace nada mal. Denice y Carl visitan Cannes con frecuencia, y las dos hermanas están más unidas que nunca.

Francine y Edwin acabaron decidiendo mudarse para estar más cerca de Agnes y Theo, y Francine confesó que echaba de menos a Zazz. Acaban de comprar una preciosa villa en Mougins, a pocos minutos en coche de Cannes. Edwin se ha aficionado al golf y su hándicap mejora cuanto más juega. Francine sigue trabajando de

editora de vez en cuando, aunque la decoración de la nueva casa ocupa gran parte de su tiempo, y se ha implicado mucho con la organización benéfica local, Sunny Bank, sobre todo en la sección de libros de segunda mano. Theo está encantado de que su hija lo llame papá cada vez que se ven.

Zazz se ha mudado a la villa *Belle Époque* con Mel y está tremendamente feliz. El contacto de Denice en la oficina de prensa del Palais des Festivals la registró encantado como creadora de contenido para varias conferencias y exposiciones que se celebran allí, incluido el propio festival de cine. Sigue escribiendo su columna de estilo de vida para Marcus y ahora vende artículos con regularidad a periódicos nacionales británicos y a varias revistas de lujo. Agnes espera recibir en cualquier momento la noticia de que Dominic le ha puesto un anillo en el dedo.

Los Cortez forman parte de la familia ampliada, y tanto Rachel como Serge, junto a su esposa, están presentes esta tarde. Albert tenía otro compromiso y no ha podido venir. Rachel, mientras tanto, alimenta a Cerise con diminutos trozos de jamón del banquete que aún permanecen sobre la mesa.

Mientras todos disfrutan del pastel y del champán, Denice hace una seña al trío de músicos instalados en la terraza junto a la piscina, y estos alzan sus instrumentos. Agnes mira a Theo justo cuando las notas de «Windmills of Your Mind» comienzan a flotar en el aire. Theo le tiende la mano y, al tomarla, la atrae hacia sí, la rodea con los brazos y, juntos, comienzan a balancearse suavemente al compás de la melodía que, sin duda, es su canción.

Agradecimientos

Como siempre, muchísimas gracias al equipo de la editorial inglesa Boldwood por ser la editorial tan brillante que es. Quiero dar las gracias de todo corazón a mi equipo de edición: a Caroline Ridding (que tiene la paciencia de una santa), a Rose, la correctora de estilo, y a Rachel, la correctora de pruebas.

Gracias a todos los blogueros que hacen una labor tan encomiable dando a conocer los libros, y muchísimas gracias a los administradores y lectores de dos de mis grupos de lectura favoritos: The Friendly Book Community y Riveting Reads and Vintage Vibes.

Y, por último, aunque no por ello menos importante, muchas gracias a todos mis lectores.

Con cariño,

Jennie

xxx

Sobre la autora

Jennifer Bohnet es la autora *best seller* de más de catorce títulos de ficción, entre los que destaca *Secretos bajo el cielo de la Riviera*. Es originaria del suroeste de Inglaterra, pero ahora reside en la Bretaña rural, en Francia.

Odisea Ediciones le agradece la atención
dedicada a *Secretos bajo el cielo de la Riviera*, de Jennifer Bohnet.
Esperamos que haya disfrutado de la lectura y le invitamos a visitarnos
en nuestra web, donde encontrará más información sobre nuestras publicaciones.

Primera edición: mayo de 2026
Título original: *Secrets Beneath a Riviera Sky*
Publicado originalmente en inglés por Bolwood Books Ltd.

© Jennifer Bohnet, 2025
© de la traducción, Isabel Fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Esta traducción se ha publicado mediante acuerdo con The Agency srl di Vicki Satlow.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño e imagen de cubierta: Debbie Clement Design
Ilustración de cubierta: Shutterstock - A7880S - Lana Brow
Corrección: Teresa Ponce y Alicia Melchor

Publicado por Odisea Ediciones
Calle Roger de Flor, 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013 Barcelona
info@grupoatico.com
www.grupoatico.com

ISBN: 978-84-16811-08-3
THEMA: FS
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Agradecimientos



Un sueño italiano

Frost, Kate
9788416811090

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos amigas. Dos vidas que parecen perfectas. Y un viaje que lo va a cambiar todo.

Fern Chambers y Stella Shaw siempre han sido inseparables. Han compartido risas, decisiones y silencios que ahora empiezan a pesar

demasiado.

Stella acaba de ganar la lotería, pero ese no es su único secreto y lo que de verdad esconde podría romper para siempre su amistad. Fern, por su parte, vive una vida que desde fuera parece perfecta, pero todo cambia cuando los cimientos de su matrimonio empiezan a tambalearse.

A punto de cumplir los cuarenta, Capri se presenta como el escenario ideal para celebrarlo: lujo, libertad y la promesa de volver a ser quienes eran. Pero bajo el sol y el *glamour,* laten verdades incómodas, reproches callados y decisiones que ya no se pueden seguir posponiendo.

Porque lejos de casa, donde todo parece posible, los secretos salen a la luz, las lealtades se ponen a prueba y el amor aparece cuando menos lo esperas… o cuando más peligroso resulta.

Lo que empieza como el viaje de sus vidas puede convertirse en el principio del fin.

¿Será Capri su salvación o el lugar donde todo se rompa para siempre?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amando a Jared (Serie Te amo 1)

Ortiz, Nuria
9788416811007
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Violeta, una de las fisioterapeutas más solicitadas de Chicago, recibe una mala noticia: Jared, el chico al que amó y que la avergonzó en el instituto, ha sufrido un grave accidente de moto que lo ha dejado en silla de

ruedas. Y Violeta es la única que puede ayudarlo a ponerse en pie de nuevo. ¿Habrán cicatrizado las heridas de un amor no correspondido después de tanto tiempo? Incluye un adelanto exclusivo de Te amo, Bradley

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te amo, Bradley (Serie Te amo 2)

Ortiz, Nuria
9788416811014
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de 2 millones de lecturas en Wattpad Bradley sentía cada vez más envidia de sus dos hermanos. Los dos disfrutaban del amor y convivían, mientras que él estaba solo. Pero un día, cuando ya había perdido toda esperanza, encuentra a Ashley, una estudiante de pediatría que teme a salir de la rutina y decepcionar a la gente de su alrededor. Bradley tendrá que ganarse su confianza poco a poco, enseñarle a disfrutar de la vida y del amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



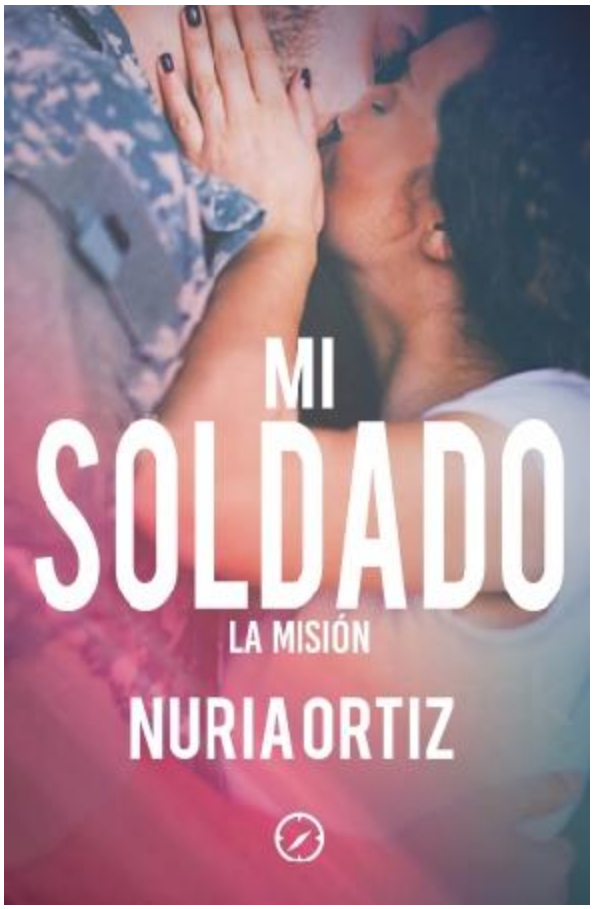
Mi soldado. El comienzo

Ortiz, Nuria
9788416811021
242

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de medio millón de lecturas en Wattpad ¿Puede un viaje a Miami cambiar tu vida para siempre? Itziar tiene dieciocho años y acaba de terminar sus estudios. Para celebrarlo, ha organizado un viaje a Miami con sus amigos, pero a su padre no le gusta la idea de que vayan solos, así que decide enviar a un adulto para que los supervise y se asegure de que se comportan como es debido. Cuando los jóvenes llegan al aeropuerto, Itziar se lleva una sorpresa: el adulto que los acompañará es Alexander, un joven soldado con el que ha estado manteniendo correspondencia durante años y del que está enamorada. ¿Cómo reaccionará Itziar ante su presencia?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Mi soldado

Ortiz, Nuria
9788416811038
458

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Más de medio millón de lecturas en Wattpad ¿Puede un viaje a Miami cambiar tu vida para siempre? Itziar tiene dieciocho años y acaba de terminar sus estudios. Para celebrarlo, ha organizado un viaje a Miami con sus amigos, pero a su padre no le gusta la idea de

que vayan solos, así que decide enviar a un adulto para que los supervise y se asegure de que se comportan como es debido. Cuando los jóvenes llegan al aeropuerto, Itziar se lleva una sorpresa: el adulto que los acompañará es Alexander, un joven soldado con el que ha estado manteniendo correspondencia durante años y del que está enamorada. ¿Cómo reaccionará Itziar ante su presencia?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

